LABOULAYE

—

CUENTOS

Y

LEYENDAS

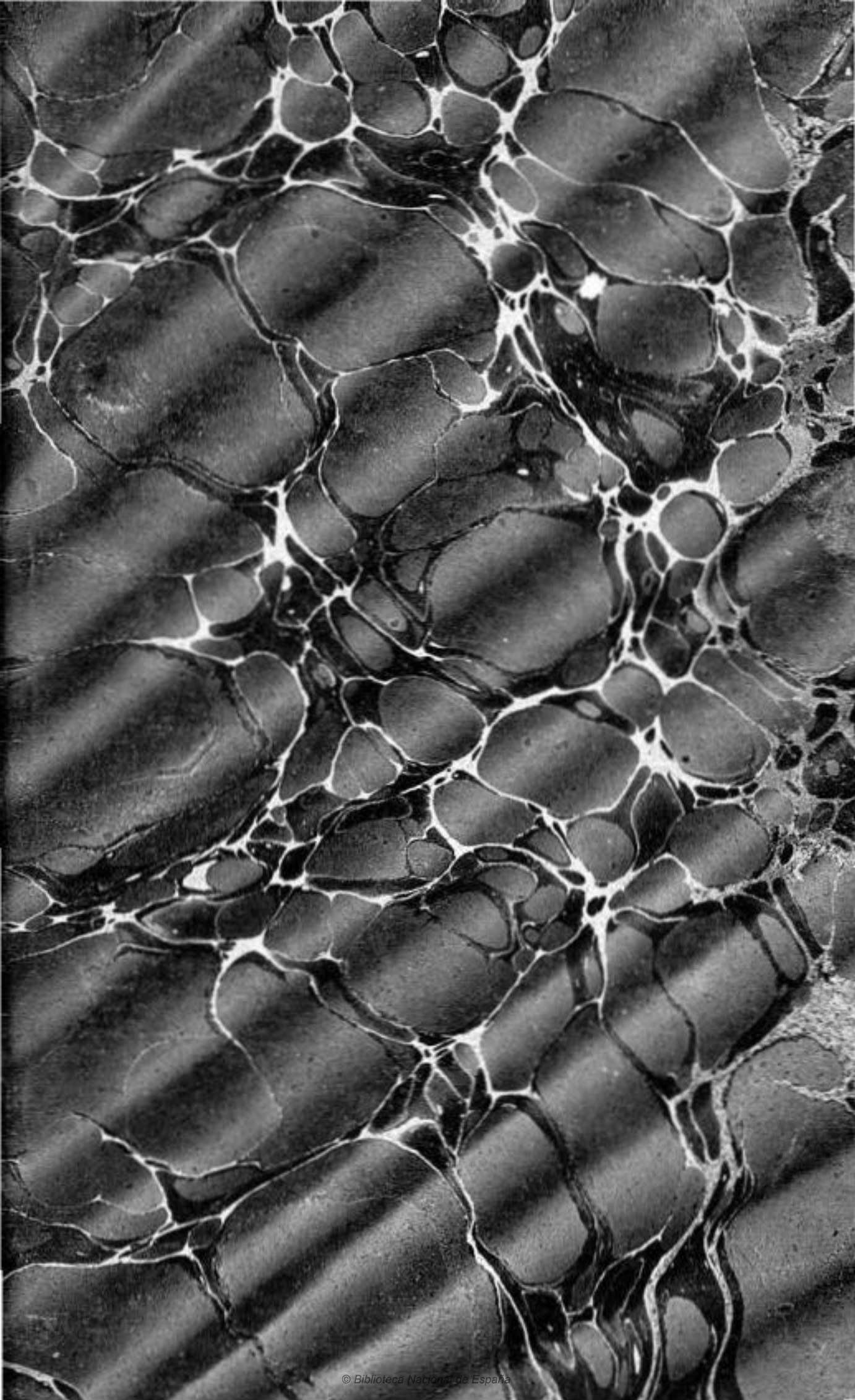
1.
54559

© Biblioteca Nacional de España

398-6

1
54,559

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

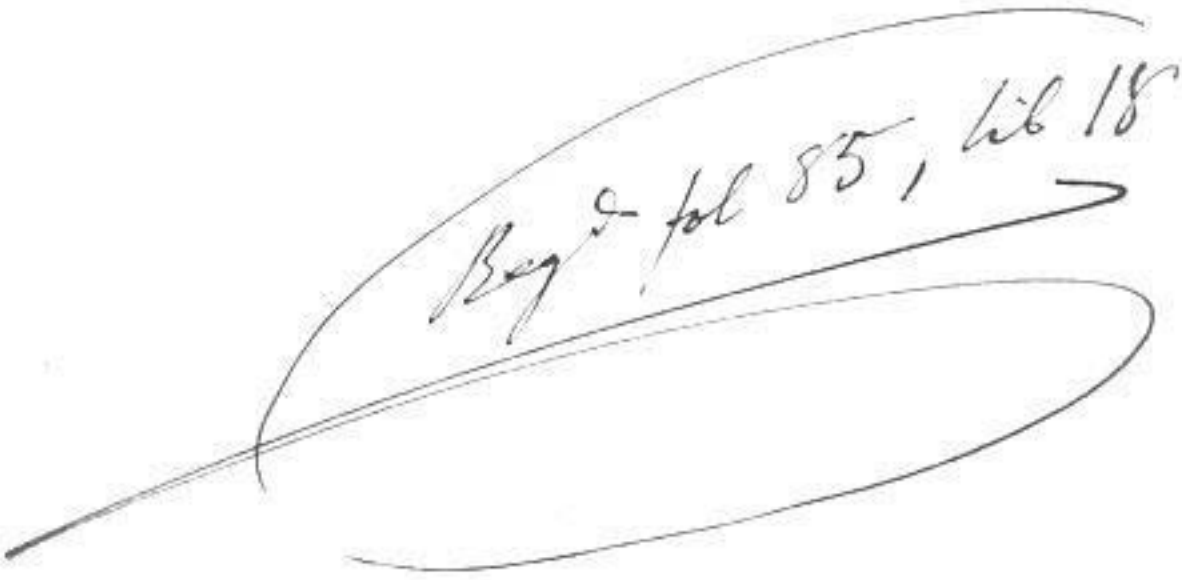
© Biblioteca Nacional de España

CUENTOS

Y

LEYENDAS

© Biblioteca Nacional de España



Paris. — Charles Unsinger, imprimeur, 83, rue du Bac.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Mi prima Maria. (Page 3.)

© Biblioteca Nacional de España

R.

CUENTOS
Y
LEYENDAS

POR

M. EDUARDO LABOULAYE
Miembro del Instituto de Francia

TRADUCIDAS DEL FRANCES AL CASTELLANO

POR

D. MARIANO URRABIETA

Edicion ilustrada con 60 grabados

POR M. BOILVIN

PARIS
LIBRERIA DE CH. BOURET
23, calle Visconti, 23

MEXICO
LIBRERIA DE CH. BOURET
18, calle San José el Real, 18

Propiedad del Editor.

1878

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

MI

PRIMA MARIA

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

MI

PRIMA MARIA

I

En una fria y húmeda mañana de noviembre, una pobre mujer, miserablemente vestida, estaba sentada á la cabecera del lecho de su niña enferma. Era el año de 1848, año terrible, en que la guerra civil habia ensangrentado las calles de Paris: Jorge, marido de Magdalena (que asi se llamaba la pobre mujer) habia sido muerto en una barricada donde defendia el motin creyendo

© Biblioteca Nacional de España

que defendia sus derechos. Aquella muerte fatal habia dejado en la miseria y el abandono á la familia que vivia con el trabajo de su jefe, y á duras penas Magdalena pudo alquilar una guardilla en el sexto piso de una casa de la calle de Helder. Magdalena lavaba encajes y tenia que habitar un barrio caro para conservar sus parroquianas, por cuya razon se resignó á salir del arrabal en donde se habia casado y donde acababa de perder á su querido Jorge. Desgraciadamente para ella, en tiempos de revolucion se esconde el lujo; la labor escaseaba y Magdalena comenzaba á tener deudas. El panadero no queria fiar mas. Magdalena tocaba al instante fatal que pierde á tantos desdichados y hace de una obrera honrada una pordiosera, que muy luego degradará la desesperacion, hija del hambre.

Allí estaba sentada, con los ojos enrojecidos por las veladas y las lágrimas, contemplando á su niña devorada por la fiebre, y buscando en vano en su pensamiento cómo hallaria para el dia siguiente trabajo y pan, cuando una mano firme

© Biblioteca Nacional de España

dió vuelta á la llave de la puerta, haciendo estremecer á la madre y á la hija.

La persona que entraba era una sirvienta vestida con elegancia. Su talle ajustado, su graciosa y limpia gorra inclinada hácia atras, su delantal festoneado, todo anunciaba una doncella de casa grande. Acercóse con aire desenvuelto, y abriendo su mano, en la que traia una moneda de oro, dijo á Magdalena:

— Tomad, buena mujer, esta moneda de parte de mi señora.

— ¿Qué significa ese dinero? ¿quién me lo envia? preguntó la viuda del obrero abriendo ojos tamaños.

— Es mi señora, la casera, respondió la criada alargando con la punta de sus dedos la pieza de oro que Magdalena ni siquiera miraba.

— Vuestra señora nada me debe que yo sepa; no he trabajado para ella.

— Cierto, repuso la doncella encogiéndose de hombros, asi es, la señora tiene sus obreras; pero la portera, Madama Remy, ha dicho á la

© Biblioteca Nacional de España

señora que no habiais podido pagar el alquiler y que teniais enferma á la niña, y como la señora es muy caritativa, aunque tiene á su cargo muchos pobres, me dijo: « Rosa, sube á ver á la buena mujer de la guardilla y llévala esta limosna. » Y aquí está, tomadla, que bajo corriendo.

Y la doncella arrojó la moneda encima de una silla, casi el único mueble que habia en aquella triste morada.

— Esperad, exclamó Magdalena, yo no soy pordiosera, no pido limosna á nadie Pagaré mi alquiler atrasado en cuanto haya trabajado una semana, llevaos ese dinero, añadió con tenaz impaciencia, os repito que no lo quiero, que yo no alargo la mano.

— La señora me ha mandado que os traiga esos veinte francos, contestó Rosa con tono desdeñoso, y yo no recibo órdenes sino de mi señora, de lo demas no hago caso ninguno. Solo los que pagan tienen derecho para mandar.

Magdalena llegó á la puerta ántes que Rosa.

— Recoged ese oro, gritó con tono imperioso,

© Biblioteca Nacional de España

recogedlo y salid de aquí. ¿Creeis que voy yo á recibir socorros de esos señores que han dado muerte á mi marido? ¿Creeis que quiera yo nada de vuestros amos ni de vos? Marchaos, añadió con una voz trémula de ira, y cuidado con volver á poner aquí los piés, pues os advierto que saldreis, no por la puerta, sino por la ventana.

— Está bien; se lo diré á mi señora y os echarán de la casa por ingrata, que no quiere admitir favores...

No se oyó lo restante de la frase, pues Magdalena habia arrojado la moneda de oro al corredor y cerrado la puerta con tal violencia, que poco faltó para que cogiera los dedos á la doncella del ama de la casa.

Magdalena se paseaba de prisa por el cuarto, con los ojos extraviados, ora mirando á su hija, ora buscando el cielo al traves de las nubes y la niebla.

— ¡Oh! afrenta, ¡oh! miseria; ¡á qué puesto me ha reducido mi mala suerte!

Tomó á su niña en brazos, la estrechó colvul-

© Biblioteca Nacional de España

sivamente, y por fin rompió á llorar con amargura.

— ¿Qué tienes mamá? decia la niña; ¿Por qué no quieres tomar el dinero que te envia esa buena señora? Ayer te quejabas que no tenias un poco de caldo para mi; pues habrias podido comprarlo.

— Cállate, Julia, contestó Magdalena; tendrás caldo, soy mas rica de lo que tú te figuras.

Y abriendo un cofre arrinconado en la guardilla, revolvió sus trapos y buscó como si pudiera encontrar alguna cosa. Pero hacia tiempo que todo lo habia vendido, hasta su anillo de noviaje, y solo le quedaban algunos harapos sin valor alguno.

Magdalena suspiró, cerró el viejo baul, y mirando en su derredor entre aquellas paredes peladas, tomó el único colchon de su lecho, su postrer recurso, le cargó en su cabeza y bajó rápidamente la escalera con direccion al Monte de piedad.

— No llores, decia á la niña que tenia miedo

© Biblioteca Nacional de España

de quedarse sola, no llores. Vuelvo al instante y traeré carne para hacer caldo; tú me ayudarás á preparar la comida, mondarás conmigo las cebollas y las zanahorias; espérame, que pronto nos divertiremos y mañana tendré trabajo. Cuando no habia que hacer, el bueno de tu padre decia: « ¡Paciencia, paciencia! Dios no abandona nunca á la gente honrada. »

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

II

Es de pensar que la doncella Rosa, tan indignamente tratada, no habia echado en saco roto las palabras de Magdalena; pues su señora, madama de la Guerche habia salido, y como solo estuviera en casa su hija Maria, con esta se desahogó, y muy conmovida y agitando los brazos, á ella le contaba las injurias que la habia dirigido aquella mujer y los peligros que la amenazaron.

— Si, señorita, decia con lágrimas en los ojos; me han ultrajado y ha faltado poco para cosas mayores. A mí no me importa, porque estoy

© Biblioteca Nacional de España

muy por encima de esa gentuza, pero lo siento por la señora y por vos tambien, señorita. Razon tiene la portera cuando dice á menudo : « Las señoras son demasiado bondadosas y por eso las faltan al respeto. Con los pobres hay que tener orgullo y hacerles sentir que se les favorece al darles limosna : asi se gobiernan todas las personas de alto rango. »

— Está bien, que la portera guarde para si sus reflexiones y tú puedes hacer otro tanto. Dame el envoltorio de franela y de ropa blanca que he cosido este invierno.

— ¿ Vais á salir, señorita?

— Si, voy á subir á la guardilla de esa infeliz mujer : es en el sexto piso, la segunda puerta á la derecha, ¿no es verdad?

— No vayais, señorita, que os va á suceder alguna desgracia. No conoceis á esa mujer, tiene ojos de tigre. Siquiera que os acompañe álguien, voy á llamar á Bautista.

— No llames á nadie y estate quieta, no te necesito.

© Biblioteca Nacional de España

Y dejando á Rosa estupefacta, Maria subió á la guardilla, sin hacer caso de las gesticulaciones de horror de su doncella.

Miéntras la jóven está en camino, quiero hacer su retrato, pues sin duda se ha adivinado ya que la señorita de la Guerche es mi prima Maria.

Sin ser bonita, á mi me agrada. No tiene el talle fino, ni el andar gracioso, y su rostro es ancho y cuadrado; pero sus ojos son tan bellos, su mirada tan suave y límpida, y cuando se rie enseña una dentadura tan blanca, y es tan franca, tan bondadosa su sonrisa, que á la verdad, para mi no hay mujer preferible á mi prima. Es piadosa, y hasta devota; pocos son los dias que no va á la iglesia, y un sermon es una fiesta para ella; pero su religion no choca con nadie; jamas María se ensalza, ni murmura de los demas, siempre está pronta á defender á los ausentes, á proteger á los que atacan, á disculpar á los caidos : no sé qué es lo que entiende por religion en el fondo de su alma, pero exteriormente su religion es toda dulzura y bondad. Maria, que

© Biblioteca Nacional de España

jamas se acuerda de sí, piensa siempre en los otros, y toda su felicidad se funda en la felicidad ajena. Una cristiana como mi prima convertiria al mundo entero solo con su ejemplo. Así, pues, no obstante su escasa hermosura, en mi vida he visto yo mujer mas hermosa que mi prima María.

© Biblioteca Nacional de España

III

Magdalena habia olvidado una cosa cuando llevaba á empeñar su único colchon, y era que para sacar de allí su última riqueza necesitaba el consentimiento porteril. La majestuosa Madama Remy habia detenido al paso á la pobre mujer, y como celadora vigilante de los derechos del casero, la significó que volviera á subir el colchon á su guardilla. En vano Magdalena la explicaba que necesitaba algun dinero para dar de comer á su hija.

— Todo eso son palabras, repetia la austera

© Biblioteca Nacional de España

conserje; vuestros muebles responden del pago del alquiler y yo no conozco otra cosa.

Y sobre esto, tomó lentamente un polvo de rapé y cerró al instante la puerta de la calle sin hacer caso de los ruegos de Magdalena.

© Biblioteca Nacional de España

La situacion era grave, en atencion á que la obrera no brillaba por su paciencia; sin embargo, conocia que la portera tenia alguna razon y quizas iba á retirarse cuando se presentó Rosa. No teniendo nada que hacer, la doncella venia á contar á su buena amiga madama Remy la singular idea que se le habia ocurrido á su señorita, esperando que su profunda cordura seria aprobada por la prudente portera, quien deploraria al mismo tiempo con ella la locura de los amos. Al ver á Magdalena con su colchon y á madama Remy apoyada en la puerta cochera, con los brazos cruzados, Rosa se quedó sorprendida y la preguntó:

— ¿Qué haceis ahi?

A lo cual madama Remy, celebrando que la secundaran y admirasen en el ejercicio de sus funciones, contó detalladamente y en alta voz á su querida Rosa las singulares pretensiones de Magdalena.

— Hay personas con ideas bien particulares, dijo con un tono agrio la doncella; se niegan á aceptar un socorro, y desocupan el cuarto sin pa-

© Biblioteca Nacional de España

gar : ¡me gusta el orgullo entendido de ese modo!

— ¿Qué es lo que estais diciendo? preguntó bruscamente Magdalena que habia oido mal, pero que comprendia que se ocupaban de ella.

— Yo no os hablo, repuso Rosa con el mayor desden, no os conozco, estoy conversando con madama Remy.

— Pues habeis de tener mucho cuidado con vuestras palabras, replicó Magdalena, cuya virtud favorita no era la dulzura; cuando yo vivia con mi marido en el arrabal he sabido corregir á mas de una cotorra que charlaba demasiado : no me hagais salir de mis casillas.

— Ya lo ois, madama Remy, gritó la sirvienta; esa mujer me amenaza y me insulta, y os tomo por testigo. ¡Y decir que no se tiene consideracion mas que á tales personas! Justamente ahora la señorita sube á la guardilla con ánimo de socorrer á gente que lo merece tan poco!

— ¿Sube á mi cuarto vuestra señorita? ¿Y para

© Biblioteca Nacional de España

qué? ¿No os tengo dicho que no pido nada y que no quiero que nadie pase mi puerta?

— La señorita es la hija del casero, contestó gravemente la portera, y esta en su derecho vigilando á los inquilinos.

— Es que ha querido juzgar por si misma de vuestra cortesía, añadió Rosa en tono de burla; veremos si la arrojareis de la guardilla cuando os ofrezca la limosna de que no sois digna.

— Pues visto está, gritó Magdalena dejando caer su colchon que sostenia contra la pared; nadie tiene derecho para introducirse en mi domicilio, y si vuestra señorita tiene intenciones de espiarme ó de ultrajarme, que sea rica ó no, que sea hija del casero ó no lo sea, recibirá lo que merece.

Y sobre esto, Magdalena se precipitó á la escalera.

— ¡Socorro! gritó Rosa; ¡socorro! ¡detened á esa mujer!

— ¿Qué sucede? exclamó M. de la Guerche que entraba en aquel momento.

© Biblioteca Nacional de España

— Corred, señor, voceaba la doncella haciendo como que queria desmayarse, corred, van á ase-

sinar á la señorita. Es allá arriba, en el sexto piso, en casa de la viuda del insurrecto.

Rosa se iba por fin á desmayar, cuando obser-

© Biblioteca Nacional de España

vó que la habian dejado sola para volar en auxilio de Maria; hasta la portera marchaba escalera arriba con una escoba en la mano. Rosa reflexionó que un desvanecimiento solitario no tendria interes, y echó á correr como los demas, movida por la curiosidad que se hizo superior al peligro.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

IV

Aunque Magdalena era jóven todavía y la daba alas la cólera, sin embargo, no se suben cien escalones de un tiron y sin reflexionar un momento. En el piso segundo pensó que se habia arrebatado con sobrada presteza; en el cuarto se dijo que Rosa era una tonta y nada mas; y por último, cuando llegó á lo alto de la casa, comprendió que debia rechazar friamente una limosna que la hacian por lástima, y que era ocasion de demostrar mucha dignidad: se arregló el pa-

© Biblioteca Nacional de España

ñuelo que llevaba en la cabeza, tiró las dos puntas de su camisola, y andando casi de puntillas, sin poder calmar la agitacion de su corazon, abrió la puerta temblando, lo mas suavemente posible: apretaba los labios, tenia muy pálido el semblante, en su alma mugia la tempestad. De repente se detuvo, como si una mano invisible la hubiera clavado en el descansillo.

¿Qué veia pues? ¿Qué espectáculo desconocido la petrificaba de aquel modo? Enfrente de ella, aunque vuelta de espaldas, estaba mi prima María, teniendo en la falda á la niña, que habia sacado de sus harapos para vestirla con una camisa blanca y un largo chaleco de franela que envolvia á la enfermita hasta las rodillas. En aquel instante la ajustaba á la cabeza una gorrita de indiana y con su pañuelo bordado enjugaba el sudor de la fiebre que corria por la frente de la criatura. Esta pobre niña, conmovida y temblorosa, enlazaba con sus bracitos el cuello de mi prima, y María la besaba con el cariño de una madre.

© Biblioteca Nacional de España

— Ahora, Julita, la dijo, tienes que acostarte. Espera, que voy á traer sábanas blancas y un

calentador para que no tengas frio al entrar en la cama, y ya verás como acabamos con esa pícara fiebre.

© Biblioteca Nacional de España

— ¡Ah! señorita, no me dejeis, murmuraba la niña estrechándose contra su bienhechora; ¡estoy tan bien en vuestros brazos!

— Llámame mamá chiquita, y obedéceme como á tu madre, decia María; vuelvo al instante.

Se volvió, y al volverse lanzó un grito: tenia delante á Magdalena inmóbil y llorando, que quiso hablar sin que acertase su boca á pronunciar una palabra. Su ira, contenida repentinamente y vencida por una emocion contraria, la produjo un sacudimiento tal, que no recobró el sentido sino á fuerza de sollozos.

— Señorita, exclamó, permitidme que os dé un abrazo, y creedme, no haceis favores á una ingrata.

— Abrazadme, buena Magdalena, contestó mi prima con su amable sonrisa; vuestra gratitud me traerá felicidades; pero que sea pronto, pues no podemos dejar á esta niña en unas sábanas apestadas por la fiebre. Vuelvo al momento.

Magdalena, demasiado conmovida para dar un

© Biblioteca Nacional de España

paso, la siguió con la mirada, y prorumpiendo en llanto exclamó :

— Eso es lo que se llama un corazon de oro ; esta si, nos quiere y nos comprende; no nos humilla con su lástima.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

V

En tanto que se restablecia la calma en el sexto piso, en el cuarto porteril todo estaba agitado. M. de la Guerche, hombre sensato, hubo de comprender que María no corria ningun peligro, y asi fué que se expresó con bastante rudeza para dar gracias á la portera y á Rosa por las alarmas de su apresuramiento. Las dos mujeres, rodeadas de los criados de la casa y de las vecinas del barrio, no sabian, en suma, cómo explicar todo el ruido que habian hecho. Madama Remy que

© Biblioteca Nacional de España

era la prudencia personificada se ocupaba en despedir á los curiosos para no disgustar al señor y Rosa lanzaba gruesos suspiros y murmu-

raba bastante alto para que la oyeran, que los amos no eran mas que unos ingratos.

Cuando al cabo del alboroto las dos mujeres se encontraron solas, Rosa, metiendo las manos en los bolsillos del delantal, exclamó:

— ¿Qué tal? ¿tenia yo razon al decir que solo se protege á los pícaros? ¿Habeis oido cómo me

© Biblioteca Nacional de España

ha tratado el señor porque yo queria socorrer á la señorita?

— Si, os ha dicho: « Eres una loca, anda á tus quehaceres. »

— Está bien, está muy bien, madama Remy, y sus palabras no son nada; pues ¿y la mirada? ¿y el desden? ¿qué hariais si estuvierais en mi lugar? Yo no puedo seguir en una casa donde me desprecian.

— Paciencia, Rosa, contestó la portera; en la vida hay dias buenos y dias malos, y es preciso tomarlos como vienen. ¡Qué quereis! los ricos son como todos los hombres, tienen sus caprichos y es preciso ser indulgentes con ellos. Todo criado debe soportar á sus amos, debe perdonarles alguna cosa: ¿qué hay perfecto en el mundo?

— Teneis razon, madama Remy; pero sin embargo, el señor habria debido tratarme con mas respeto delante de la gente, y la señorita, ántes de subir á la guardilla, debió pensar que me comprometia á mi despues de lo que habia ocurrido.

© Biblioteca Nacional de España

— ¿Quién lo niega? No cabe duda, Rosa; pero es así, la riqueza echa á perder á los hombres. Yo misma, que no habia nacido para ser portera, siendo hija de un labrador acomodado, ya lo sabeis; pues bien, yo misma conozco que si fuera rica tendria mis caprichos. Cada dia saldria á mi mesa una sopa con coles y luego un ganso asado; es una debilidad, no digo que no, pero os juro que seria satisfecha.

— ¡Ah! si yo fuera rica, exclamó Rosa, no haria yo lo que hace la señorita; en lugar de vestirme humildemente, llevaria encajes en la gorra, en el pañuelo y en el delantal; porque yo tengo un alma grande y jamas, por ningun motivo, me rozaria con la canalla.

— Cada cual su idea, repuso madama Remy, y es lo que os decia. Calmaos, la señorita os hará un regalo como lo tiene de costumbre; debeis excusarla hoy y atender al proverbio: « Trátate á tí mismo como quisieras que te tratara el prójimo. »

Y sobre esto la portera, orgullosa porque ha-

© Biblioteca Nacional de España

bia dado á conocer su ciencia, abrió majestuosamente la caja del rapé, en tanto que Rosa subió á la habitacion de su amo diciéndose que nadie en la casa podia comprenderla: sus gustos eran demasiado distinguidos para todas aquellas personas de poco más ó ménos.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

VI

Un mes despues de esta escena memorable, María era mas que la amiga, era casi la hermana de Magdalena. Con efecto, no solo la habia proporcionado trabajo recomendándola á todas sus relaciones, sino que cada dia iba á hacer labor al lado de la niña Julia. Frecuentemente subia con un libro lleno de estampas y emprendia una lectura que la madre y la hija escuchaban con igual interes. Y este libro, que habla á todas las edades, á todas las condiciones, que no ha perdido

© Biblioteca Nacional de España

nada de su interes en dos mil años, era la Biblia.

— ¡Ah, señorita! solia decir Magdalena miéntras lavaba y planchaba sus encajes, ¡qué bueno era Jesus, y qué bien se ve que era pobre como aquellos á quienes consolaba! Sus palabras penetran el corazon. ¿Cómo es que he llegado yo á los años que cuento, sin que nadie me haya dado á leer ese libro divino?

— Todos los domingos lo leen en la iglesia, Magdalena, ¿por qué no ibais? Sin embargo, sois cristiana. Esa estampa que teneis ahí clavada en la pared y que representa un sacerdote en el altar y una mujer arrodillada; esa estampa á cuyo pié está escrito : *Precioso recuerdo si sois fiel*, ¿no es un regalo que recibisteis por vuestra primera comunion?

— Teneis razon, señorita, vivo como una mujer pagana; perdonadme, me han educado tan mal y he padecido tanto... Para nosotros los pobres, la iglesia es el lugar donde bautizan á nuestros hijos y donde nos entierran; no entramos en

© Biblioteca Nacional de España

otros pormenores. Sé que allí se pronuncian buenas palabras y alguna que otra vez he ido á oirlas; pero se practican tan poco esas buenas palabras que no creemos mucho en los que las predican. Vos, señorita, me haceis comprender á Nuestro Señor; sois bondadosa como él.

— Callaos, Magdalena, no digais esas cosas; yo no soy mas que una pobre pecadora como todas las hijas de Eva.

— Mamá chiquita, decia la niña, que no podia ya separarse de Maria, léeme las bonitas historias que están al principio del libro; son las que mas me gustan.

— Nada mas fácil, dijo Maria.

Y abriendo la Biblia al acaso, leyó lo que sigue :

« Habiendo visto Sarah al hijo de Agar, esclava egipcia, jugando con su hijo Ismael, dijo á Abraham :

« Echa fuera á la esclava y á su hijo, pues el hijo de la esclava no será heredero con el mio. »

« Abraham levantóse de mañana, y cogiendo

© Biblioteca Nacional de España

pan y un odre de agua, púsolo sobre los hombros de Agar, y le entregó su hijo y despidióla. Largo tiempo anduvo errante por el desierto de Bersabea, y habiéndosele acabado el agua del odre, abandonó á su hijo que se echó debajo de un árbol, y se fué á sentar á la distancia de un tiro de flecha, porque dijo: « No quiero ver morir á mi hijo. »

« Y comenzó á llorar.

« Mas un ángel la llamó desde el cielo diciéndola: « ¿Qué haces, Agar? Levántate, toma el muchacho, pues yo le haré cabeza de una grande nacion. »

« En esto abrió Dios los ojos á Agar, la cual viendo allí cerca un pozo de agua, fué corriendo y llenó un odre y dió de beber al muchacho.

« Y se quedó con él en el desierto de Sahara, donde creció bajo la proteccion del Señor. »

— Enséñame la estampa, dijo la niña á María.

Y contempló con infantil admiracion el grabado que representaba á Agar con su cofia blanca, á

© Biblioteca Nacional de España

Ismael con su túnica y cinturon y al ángel con su bonita cabellera rizada.

— Mamá, mamá, gritó de repente á Magdalena, Agar eres tú, yo soy Ismael, y el ángel es mi buena Maria.

— Si tu eres Ismael, dijo Maria riendo á la niña Julia, harás como él cuando seas mayor, serás cazadora, y como el hijo de Agar llevarás el arco y las flechas al hombro.

— Eso no, cuando yo sea mayor, sé muy bien lo que haré.

— ¿Y qué harás? preguntó la madre.

— Es un secreto, contestó la niña poniéndose un dedo en la boca, y solo á Maria se lo diré.

— Te escucho, hija mia.

— Pues bien, buscaré una niña enferma, la pondré en mi falda, la vestiré, la acariciaré, la sanaré y acabaré por decirla: Llámame mamá chiquita.

Y habiendo hablado así se arrojó en los brazos de Maria.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

VII

Mi cuento se acabó. No es largo ni notable, y le repito tal como me fué referido hace cosa de doce años. Desde esa fecha todo ha cambiado mucho en la casa de la calle de Helder. Madama Remy se ha retirado á su país por causa de vejez y sin haber realizado su sueño del ganso diario en su mesa, aunque es de advertir que mi prima la ha señalado una pension que la pondrá

© Biblioteca Nacional de España

al abrigo de la miseria. Rosa no ha podido permanecer en una casa cuyos amos tienen tanto roce con los pobres : se ha casado con un cochero inglés, quien, á lo que dicen, suele darla de palos, pero que ha logrado acomodarla al servicio de una duquesa; Rosa lleva encajes en su gorra, lo cual, con su nariz puntiaguda y su rostro enjuto, la da mas que nunca el aspecto de ave de rapiña.

La guardilla del sexto piso está desalquilada; pero hay en el entresuelo una jóven lavandera de encajes que se llama Julia, con trabajo bastante para ocupar á dos obreras. Ya principia á hablarse de la boda de la linda lavandera con un dibujante de labores que tiene un buen establecimiento allí cerca.

En cuanto á mi prima Maria, que ha pasado ya de los treinta, no ha querido contraer matrimonio, con gran sentimiento de sus padres, inconsolables por tener á su lado una jóven obsequiosa y atenta que les hace olvidar los enojos de la vejez. Consagrada enteramente á sus obras ca-

© Biblioteca Nacional de España

ritativas, Maria ha retrocedido ante el matrimonio, porque se tiene por bastante fea, segun ella dice alegremente, para labrar la felicidad de un hombre de mundo, y porque tiene sobradas criaturas que cuidar en casas ajenas para poder ocuparse de las que le diera el cielo. La secunda en su ministerio, pues efectivamente ejerce un verdadero ministerio, una persona fiel y muy celosa, una especie de cerbero, que infunde terror por todas partes: Magdalena que no ha podido calmarse con los años. Cuando llama un pobre y pregunta por la señorita de la Guerche, Magdalena se suaviza en todo lo que su naturaleza irascible la permite; no pasa dia sin que suba sola ó acompañando á la señorita á todas las guardillas del barrio, y siempre con mucho gusto; pero si se presenta una visita mundana, algun curioso, y especialmente alguna doncella parlanchina de la vecindad, Magdalena no tarda mucho en mostrar su mal genio. No quiere ceder su señorita sino á los pobres

© Biblioteca Nacional de España

y á los desvalidos. Sin embargo, en mi favor hace une excepcion. Cuando yo llego y hay en la casa otras personas, Magdalena me dirige una mirada risueña, miéntras se oye su voz mas bronca para ahuyentar á los importunos. A veces me engaña á mí tambien su rudeza y me dispongo á salir; pero al instante su mano ase mi brazo con fuerza y me dice bruscamente, como un perro que ladra :

« Entrad, sé que la teneis afecto. »

Nada puede distraer á Magdalena de la pasion que profesa á su señorita; frecuentemente María tiene que intervenir porque no perdona ni áun á su hija; pero todo es inútil, no se cambiará el carácter de Magdalena que será gruñona hasta el último dia de su vida. Nadie comprende el cariño de mi prima á una mujer tan desagradable. Sin embargo, cuando veo yo cómo Magdalena contempla á su señorita, cómo la acaricia con la mirada, cómo adivina todo cuanto puede desear, disculpo sus furores. Se conoce que toda su vida pertenece á la que

© Biblioteca Nacional de España

fué á sentarse en el desolado hogar de la viuda y de la madre, llevando allí lo que no da el oro, lo que es mas necesario al pobre que un pedazo de pan, esto es, un poco de respeto y de amistad.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

PERLINO

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

PERLINO

CUENTO NAPOLITANO

— Abuela, ¿por qué os reis?
— Por no llorar, hijo mio.
(*La Caperucilla encarnada*, version búlgara.)

I

LA SEÑORA PALOMBA

El sabio Caton ha dicho, no sé donde, que solo de tres cosas se habia arrepentido en su vida: la primera de haber confiado un secreto á una mujer, la segunda de haber pasado un dia entero sin hacer nada, y la tercera de haber viajado por mar, siendo así que habria podido tomar un ca-

© Biblioteca Nacional de España

mino mas sólido y seguro. Las dos priméras cosas que deploraba Caton se las abandono al que quiera encargarse de ellas; no es prudente ponerse mal con la mas preciosa mitad del género humano, y no todo el mundo tiene derecho para murmurar de la pereza; pero por lo que hace á la tercera máxima, deberia escribirse con letras de oro en todos los buques como aviso dirigido á los imprudentes. Por no reflexionar en ello me he embarcado yo á menudo; ni la experiencia ajena ni la nuestra nos sirven jamas de escarmiento. Sin embargo, en cuanto salia del puerto recobraba la memoria; y ¡cuántas veces, en la mar como en otras partes, he sentido aunque tarde no ser un Caton!

Un dia especialmente, todavía lo recuerdo, hice entera justicia á la sabiduria del antiguo romano. Habia salido de Salerno con un sol admirable; mas, apénas en la mar, nos sorprendió una tormenta que nos llevó hácia Amalfi con una rapidez inoportuna. En un instante vi que la tripulacion palidecia, gesticulaba, gritaba, juraba, lloraba,

© Biblioteca Nacional de España

dirigia preces al cielo, y luego no vi nada mas. Combatido por el viento y la lluvia, calado hasta los huesos, estaba yo tendido en el fondo de la barca, con los ojos cerrados y el corazon enfermo, olvidando completamente que viajaba por mi gusto, cuando un brusco sacudimiento me hizo volver en mi á punto que me asia un robusto brazo. Mas arriba y tirándome por los hombros, estaba el barquero con el aire regocijado y la mirada ardiente : — Valor, Excelencia, gritaba plantándome en el suelo ; la barca está en tierra, nos hallamos en Amalfi. ¡Arriba! una buena comida acabará de reanimaros ; la tormenta pasó y esta tarde iremos á Sorrento.

El tiempo, el mar, el loco, la hembra y la fortuna
Giran como los vientos, cambian como la luna.

Sali chorreando como Ulises despues de su naufragio, y como él muy deseoso de besar la tierra que no se mueve. A mi frente veia los cuatro marineros con el remo al hombro, prontos á escoltarme en triunfo hasta la posada de la Luna

© Biblioteca Nacional de España

que se distinguia en lo alto : sus paredes blanqueadas con cal brillaban á los rayos del dia como la nieve en los montes. Aunque no con el orgullo de un vencedor, seguí á mis hombres y subí triste y lentamente una escalera que no se acababa nunca, mirando las olas que se estrellaban en la orilla como furiosas porque nos libertamos de ellas. Por fin entré en la hostería á eso de las doce, cuando todo dormia y hasta la cocina estaba desierta, no encontrando allí quien me recibiera, sino es una cria de flacos polluelos que al acercarme yo se pusieron á piar con tanto ruido como los gansos del Capitolio. Atravesé por en medio de los animalejos enjutos para refugiarme en una azotea arqueada toda bañada de sol y sentándome á horcajadas en una silla, y apoyando mis brazos y mi cabeza en el respaldo, no me entretuve en hacer reflexiones, sino en secarme, en tanto que la casa, la poblacion, el mar y hasta los cielos, todo daba vueltas á mis ojos.

Entregado me hallaba á este entretenimiento cuando la posadera se adelantó hácia mí arras-

© Biblioteca Nacional de España

trando sus zapatillas con una nobleza de reina. El que ha estado en Amalfi no olvidará nunca á la enorme y majestuosa Palomba.

— ¿Qué desea su Excelencia? me preguntó con una voz mas agria que de costumbre.

Y contestándose á si misma añadió:

— Comer aqui es imposible; los pescadores no han podido salir con este maldito tiempo, y no hay pescado.

— Señora, dije yo sin levantar la cabeza, tomaré lo que haya, sopa, macarrones, cualquier cosa; mas necesito sol que comida.

La digna Palomba me miró con una sorpresa mezclada de lástima y respondió en estos términos:

— Mil perdones os pido, Excelencia; os habia creido inglés por ese libro encarnado que asoma en vuestro bolsillo. Desde que ese picaro libro, que lo dice todo, ha recomendado el pescado de Amalfi, no hay milor que quiera comer otra cosa sino lo que está ahí escrito. Pero ya que os poneis en la razon, trataremos de complaceros. Lo

© Biblioteca Nacional de España

único que os suplicamos es que tengais un poco de paciencia.

Y sobre esto la buena mujer, asiendo al paso dos pollos que chillaban á mi lado, los retorció el pescuezo sin darme tiempo para que me opusiera al asesinato de que yo era cómplice; despues de lo cual, sentándose junto á mi, empezó á desplumar las dos víctimas con la sangre fria de un corazon magnánimo.

— Señor, exclamó al cabo de un instante, la catedral está abierta y todos los extranjeros van á visitarla miéntras se hace la comida.

Yo exhalé un suspiro por toda respuesta.

— Excelencia, añadió la digna matrona, á quien sin duda estorbaba yo en sus preparativos culinarios, ¿no habeis visto la nueva carretera que conduce á Salerno? Pues hay una vista soberbia del mar y de las islas.

— ¡Ay! pensé para mis adentros, esta mañana y en carruaje debi yo haber tomado la carretera.

Y no respondi.

© Biblioteca Nacional de España

— Excelencia, prosiguió con voz muy fuerte la Palomba, bien decidida á desembarazarse de mi, hoy es dia de mercado, y es un bonito espectáculo: trajes pintorescos, vendedoras de lengua suelta que da gusto y naranjas á montones; por un carlino se compra una docena.

Trabajo inútil: no me habria yo levantado por la reina de Nápoles en persona.

— ¡Eh! ¡Señor! gritó la mujer que comenzaba á perder la paciencia; estais mas dormido que Perlino cuando bebia su oro potable.

— ¿Perlino? ¿Qué Perlino? murmuré abriendo los ojos lánguidamente.

— ¿Qué Perlino? repuso la posadera; ¿acaso hay dos en la historia? ¿Un hombre tan instruido como Vuecencia puede ignorar las aventuras de Perlino, que conocen aqui hasta los niños de cuatro años?

— Pues figuraos que no sé nada, y contadme la historia de Perlino, excelente mujer: os escucharé con un interés imponderable.

La Palomba emprendió la narracion con la gra-

© Biblioteca Nacional de España

vedad de una matrona romana. La historia era bonita; quizas la cronología dejaba algun tanto que desear, pero la buena mujer hacia gala en su cuento de un conocimiento tan perfecto de las cosas y los hombres, que poco á poco levanté la cabeza, y clavando los ojos en la que ya no me miraba, escuché lo que sigue atentamente.

© Biblioteca Nacional de España

II

VIOLETA

Si hemos de dar crédito á los antiguos, Pœstum no ha sido siempre lo que es hoy. Segun dicen los pescadores, en el dia se compone de tres casas ruinosas donde no se encuentra mas que calenturas, búfalos é ingleses, siendo asi que fué una gran ciudad habitada por una poblacion muy numerosa, en tiempos muy lejanos, como si dijéramos en el siglo de los patriarcas,

© Biblioteca Nacional de España

cuando todo el pais estaba en poder de los paganos griegos, que otros llaman sarracenos.

En aquellas épocas vivia en Pœstum un traficante bueno como el pan, dulce como la miel y rico como el mar, que se llamaba Cecco, de estado viudo y sin mas que una hija á quien queria entrañablemente. Violeta (que asi se llamaba la niña), era blanca como la leche y rosada como la fresa. Tenia magnificos cabellos negros, ojos celestes, mejillas aterciopeladas como las alas de una mariposa, y un lunar en la extremidad del labio. Si á esto se añade que era despierta como un diablillo, que poseia la gracia de una Magdalena, formas de Vénus y dedos de hada, no habrá para qué añadir que jóvenes y viejos se enamoraban de ella á primera vista.

Cecco pensó en casarla asi que hubo cumplido quince primaveras. A la verdad, los cuidados que le inspiraba eran muchos.

— El naranjo, se decia, echa su flor sin saber quién la cogerá; un padre tiene una hija y durante largos años atiende á ella como á las niñas

© Biblioteca Nacional de España

de sus ojos, para que el mejor dia un desconocido le robe su tesoro, sin darle las gracias. ¿En dónde hallaré yo un marido digno de mi Violeta? Nada, la dejaré escoger, puesto que su riqueza lo permite, y hermosa y astuta como es, será capaz de domesticar á un tigre, si se le antoja hacerlo.

Despues de estas reflexiones, el buen Cecco se daba maña para hablar de casamiento á su hija; pero era lo mismo que si arrojara sus discursos á la mar. En cuanto tocaba la cuestion Violeta se quejaba de jaqueca, y el pobre padre, mas confuso que un monje que pierde la memoria en medio de su sermon, cambiaba de asunto y sacaba de su bolsillo algun regalito que siempre tenia dispuesto para el caso. Unas veces era una sortija, otras un dedal de oro: Violeta le besaba y al punto asomaba de nuevo la sonrisa como el sol despues de la lluvia.

Un dia, pues, que Cecco, con mas picardia, comenzó por donde acababa ordinariamente, y que Violeta tenia en sus manos un collar tan hermoso que le habria sido dificil afligirse, el buen hom-

© Biblioteca Nacional de España

bre volvió á la carga, y acariciando á Violeta, la dijo :

— Amor y alegria de mi corazon, apoyo de mi vejez, corona de mis canas, ¿no veré yo nunca la hora en que me llamen abuelo? ¿No conoces que me hago viejo, que mi barba se pone blanca y me grita cada dia que es tiempo de darte un protector? ¿Por qué no has de hacer tú lo que hacen todas las jóvenes? ¿Acaso ves que se mueren por eso? ¿Qué es un marido? Un pájaro en la jaula que canta á gusto de su dueño. Si tu pobre madre viviese todavia, ella te diria que jamas tuvo que derramar una lágrima para hacer su voluntad; siempre fué reina y emperatriz en la casa. Yo no me atrevia ni á resollar delante de ella, como no me atrevo delante de ti, y el caso es que no puedo consolarme de verme libre.

— Padre mio, contestó Violeta tirándole de la barba, tú mandas, dispon de mi mano, elígeme un esposo; yo me casaré cuando tú quieras y con quien quieras. No te pido mas que una cosa.

— Sea cual fuere te la concedo, exclamó Cecco

© Biblioteca Nacional de España

sorprendido y hechizado con aquella docilidad inesperada.

— Pues, padre mio, todo lo que te pido es que el hombre á quien entregues mi mano no parezca un perro.

— ¡Idea de criatura! exclamó el buen padre radiante de júbilo. Con razon se dice que la belleza y la locura suelen andar juntas. Si no tuvieras toda la inteligencia de tu madre no dirias tales cosas. ¿Crees por ventura que un hombre sensato como yo, crees tú que el traficante mas rico de Pœstum será bastante necio para aceptar un yerno con cara perruna? No tengas cuidado, que yo te elegiré, ó mejor dicho, tú te elegirás el mas guapo y amable de los hombres. Mas te digo: si se te antojara un príncipe, con mi dinero te lo compraria.

A los pocos dias de esta conversacion Cecco convidó á comer á la flor de la juventud en veinte leguas en contorno. El festin fué soberbio; se comió mucho, se bebió mucho mas y se charló por los codos. Cuando sirvieron los postres Cecco

© Biblioteca Nacional de España

se retiró á un rincon del comedor, y sentando á Violeta sobre sus rodillas, la dijo en voz baja:

— Mi querida hija, mira aquel lindo jóven de ojos azules que tiene una raya en medio de la cabeza; ¿crees tú que seria desgraciada la mujer que se casara con ese querubin?

— Por Dios, padre mio, contestó la niña riéndose: pero ¿no ves que parece un galgo?

— Y es verdad, exclamó el buen Cecco, pues parece un galgo. No sé dónde tenia yo los ojos

© Biblioteca Nacional de España

que no lo he visto. Y ese arrogante capitan de frente despejada, de cuello prieto, ojos saltones y robusto pecho, ¿no te parece que es todo un hombre?

— ¡Ay! padre mio, si se asemeja á un mastin; tendria miedo de que me mordiera.

— Sí, mirándolo bien, es lo que dices, efectivamente, respondió Cecco suspirando, lo dejaremos. Quizas preferirias un personaje mas grave y formal. Si las mujeres no fueran locas, jamas tomarian marido de ménos de cuarenta años. Antes de esta edad, el hombre es un fatuo que permite que le adoren, y solo pasada la cuarentena el hombre está á punto para amar y obedecer. ¿Qué piensas de ese consejero de justicia que habla tan bien y que se escucha cuando habla? Cierto es que sus cabellos comienzan á encanecer; pero has de tener entendido que la cordura está reñida con el cabello negro y no con las canas.

— Padre mio, olvidas tu promesa. ¿No ves que ese buen señor tiene toda la traza de un

© Biblioteca Nacional de España

perro de aguas con sus ojos encarnados y los rizos que le caen sobre las orejas?

Lo mismo sucedió con todos los convidados, ni siquiera uno de ellos se libró de los dardos de Violota. Este, que suspiraba temblando, era un perro turco; aquel con su largo pelo negro y sus ojos castaños, era un perro faldero; no hubo compasion para nadie. Dícese, en verdad, que entre todos los hombres no hay uno que no parezca un perro cuando le ponen la mano bajo la nariz tapándole la boca y la barba; bien debeis saberlo vosotros que todos sois sabios, pues se asegura que si venis á Italia á remover piedras antiguas, es con la idea de aprovechar algo de la sabiduria de nuestros muertos, la cual, á mi juicio, no debe ser mercancia comun en vuestro pais.

— Mi hija es demasiado lista, pensó Cecco, y no la venceré nunca con razones.

Y sobre esto se encolerizó, la llamó ingrata, testaruda, hija de necio, y acabó por amenazarla con que la meteria en un convento para todo lo restante de su vida. Violeta lloró, y él se arrojó

© Biblioteca Nacional de España

á sus piés, pidió mil perdones y prometió que no la volveria á hablar de semejante asunto. El dia

siguiente se levantó sin haber dormido, abrazó á su hija, celebró mucho que no tuviera los ojos encarnados y esperó la hora en que el viento que hace girar las veletas soplara hácia su domicilio.

No andaba esta vez descaminado. Con las mu-

© Biblioteca Nacional de España

jeres suceden mas cosas en una hora que en diez años con los hombres y no se ha escrito para ellas esta prohibicion : *Por este camino no se pasa*.

© Biblioteca Nacional de España

III

NACIMIENTO Y DESPOSORIOS DE PERLINO

Un dia que habia fiesta en aquellas inmediaciones, Cecco preguntó á su hija qué es lo que la podria comprar que la agradara.

— Padre mio, contestó la muchacha, si me quieres, me comprarás medio cántaro de azúcar de Palermo y otro tanto de almendras dulces; cinco ó seis botellas de agua de olor, un poco de almizcle y de ámbar, cuarenta perlas, dos zafiros

© Biblioteca Nacional de España

y un puñado de granates y rubies; me traerás tambien veinte ovillos de hilo de oro, diez varas de terciopelo verde, una pieza de seda cereza, y ademas, no te olvides de comprarme una artesa y una paleta de plata.

Mucho le sorprendió á Cecco el tal capricho; pero como muy buen marido que habia sido, no ignoraba que con las mujeres es mejor obedecer que raciocinar, y así fué que por la tarde llegó á casa con una mula cargada. ¿Qué no habria hecho por obtener una sonrisa de su hija?

En cuanto Violeta hubo recibido todos aquellos regalos, se subió á su cuarto para hacer una pasta de azúcar y almendra, desleida con agua y jazmin. Hecha la pasta, lo mismo que un alfarero ó un escultor, la amasó con su paleta de plata y

© Biblioteca Nacional de España

sacó una figura de mozo de una hermosura notable. Hízole el cabello con hilos de oro, los ojos con zafiros, los dientes con perlas, la lengua y los labios con rubíes, y luego vistió á la figurilla de terciopelo y seda y la dió el nombre de Perlino, porque tenia el tono blanco y rosado del nácar de la perla.

Concluida su obra magistral que habia puesto encima de una mesa, Violeta aplaudió con palmadas y se puso á bailar en derredor de Perlino; cantábale tiernísimas canciones, le decia las palabras mas afectuosas, le enviaba besos capaces de hacer palpitar á un mármol; pero todo era inútil, el muñeco seguia inmóbil. Violeta lloraba de despecho, cuando recordó muy oportunamente que su madrina era una hada. Ahora bien, ¿qué madrina, sobre todo siendo hada, no da oidos á la primera súplica de su ahijada? Y hé aquí á la niña suplicando tanto y tanto, que su madrina la oyó á doscientas leguas y la compadeció en el alma. Sopló (no necesitan mas las hadas para hacer un milagro), y de repente, Perlino abre un ojo, luego

© Biblioteca Nacional de España

los dos; vuelve la cabeza á la derecha, á la izquierda, estornuda como una persona natural, y

por último, mientras Violeta rie y llora de gozo, el tal personaje echa á andar por la mesa, gravemente, á pasito corto, como una viuda que sale

© Biblioteca Nacional de España

de la iglesia ó como un alcalde que sube al tribunal.

Mas contenta que si hubiese ganado el reino de Francia á la lotería, Violeta toma á Perlino en brazos, le besa en ambas mejillas, y habiéndole dejado con mucho tiento en el suelo, se recoge el vestido con sus dos manos, y se pone á bailar en su derredor cantando lo que sigue:

Baila, baila conmigo,
Perlino de mi alma,
Baila, baila conmigo,
Seré tu esposa amada.
Tú serás, rey, Perlino,
Y yo la reina en nuestra hermosa casa.

Entrambos somos jóvenes,
Casémonos, Perlino.
Correr y saltar,

© Biblioteca Nacional de España

Bailar y cantar,
Esa es la vida:
Vida feliz para los dos esposos
Si tu haces siempre lo que yo te pida.

Baila, baila conmigo,
Perlino de mi alma,
Baila, baila conmigo,
Seré tu esposa amada.
Tú serás rey, Perlino,
Y yo la reina en nuestra hermosa casa.

Cecco, que estaba repasando la cuenta de sus mercancías porque un millon de escudos al año le parecia escaso beneficio, oyó desde su mostrador el ruido que hacian encima de su cabeza, y exclamó diciendo:

— ¡*Per Baccho!* ¿qué pasa por ahí arriba? ¿se disputan?

Subió, y habiendo empujado la puerta descubrió un espectáculo admirable. Enfrente de su hija encendida como la grana, tal era el placer que la absorbia, estaba el Amor en persona, el

© Biblioteca Nacional de España

Amor con su justillo de terciopelo y seda. Con sus dos manos en las manos de la niña, Perlino sal-

taba y bailaba poseido de una animacion imponderable, como si no debiera detenerse nunca.

En cuanto Violeta distinguió al autor de sus dias, le hizo la mas humilde reverencia, le presentó su amado y le dijo :

© Biblioteca Nacional de España

— Señor y padre mio: me has repetido muchas veces que querias verme casada, y á fin de

complacerte me he elegido un marido de mi gusto.

— Muy bien has hecho, hija mia, respondió Cecco adivinando el misterio; todas las mujeres

© Biblioteca Nacional de España

deberian imitarte. Mas de una conozco yo que se cortaria un dedo de la mano, y no el mas pequeño, si asi lograra fabricarse un marido á su antojo, un maridito de azúcar y de flor de naranja. ¡Qué de lágrimas enjugarias si quisieras divulgar tu secreto! Dos mil años hace que las mujeres se quejan y dentro de otros dos mil seguirán quejándose y diciendo que no las comprenden y que las sacrifican.

Y habiendo hablado asi, dió un abrazo á su yerno, consintió en el acto en el matrimonio y pidió dos dias para preparar la boda, pues no se necesitaba ménos para convidar á todos los amigos del contorno y para encargar una comida que fuese digna del traficante mas rico de Pœstum.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

IV

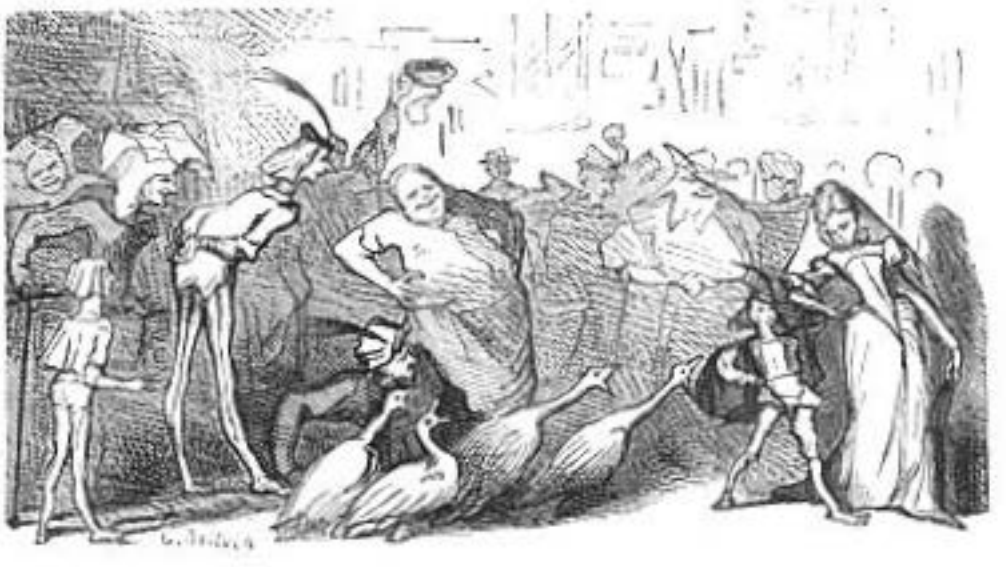
EL RAPTO DE PERLINO

De léjos acudieron para asistir á un casamiento tan particular : llegó gente de Salerno y de la Cava, de Amalfi y de Sorrento, y hasta de Ischia y Puzol. Ricos ó pobres, jóvenes ó viejos, amigos ó envidiosos, todos querian conocer á Perlino. Desgraciadamente, no se ha hecho jamas una boda

© Biblioteca Nacional de España

sin que el diablo intervenga en ella: no habia previsto la madrina de Violeta lo que debia suceder.

Esperábase entre los convidados á una persona muy encopetada, una marquesa de las cercanías á quien llamaban la dama de los Escudos Sonantes. La tal señora era tan malvada y tan vieja



como Satanás: tenia el cútis amarillo y arrugado, los ojos cavernosos, hundidas las mejillas, la nariz engarabitada y la barba puntiaguda; pero como poseia grandísimos tesoros, todos la adoraban y se disputaban el honor de besar su mano. Cecco la saludó inclinándose hasta el suelo y la ofreció

© Biblioteca Nacional de España

asiento á su derecha, contento y orgulloso porque presentaba su hija y su yerno á una mujer que le dispensaba la honra de asistir á su banquete, aunque su fortuna pasaba de cien millones.

Todo el tiempo que duró la comida la dama de los Escudos Sonantes no apartó su vista de Perlino : la codicia devoraba su corazon. La marquesa habitaba un castillo digno de las hadas; las piedras del edificio eran de oro y todo el empedrado de plata. Habia en aquel castillo una galeria en la cual habian reunido todas las curiosidades de la tierra, á saber: un reloj que daba siempre la hora que se deseaba, un elixir que curaba la gota y la jaqueca, un filtro que cambiaba el pesar en gozo, una flecha del amor, la sombra de Escipion, el corazon de una coqueta, la religion de un médico, una sirena disecada, tres cuernos de unicornio, la conciencia de un corte-

© Biblioteca Nacional de España

sano, la urbanidad de un advenedizo, el hipógrifo de *Orlando*, cosas que nunca se han visto ni se verán mas que allí; pero faltaba un rubi en aquel tesoro, y era el querubin de Perlino.

Aun no habian servido los postres, cuando la dama habia ya resuelto apoderarse de él. Era muy avara, y no obstante, siempre que deseaba algo lo queria al instante y á toda costa. Compraba todo lo que se vende y hasta lo que no se vende, y en cuanto á lo restante lo robaba, con-

© Biblioteca Nacional de España

tando con que no era de temer la justicia de Nápoles. Dios nos libre de médico ignorante, de mula con resabios y de mujer malvada, dice el proverbio. Asi que se levantaron de la mesa, la dama se acercó á Perlino, que, nacido hacia tres dias, áun no estaba alerta contra la malicia de la gente, y despues de haberle hablado de las riquezas y hermosura del castillo de los Escudos Sonantes, le dijo :

— Amiguito, vente conmigo y te daré el puesto que quieras en mi palacio. Vamos á ver, elige : ¿te gustaria ser paje con vestiduras de oro y seda, chambelan con una llave de diamantes en el talle de la casaca, ó suizo con una alabarda de plata y un ancho tahali de oro que pondrá tu pecho mas brillante que un sol? Di una palabra y todo es tuyo.

El pobre inocente se quedó deslumbrado; pero por poco que hubiese respirado el aire natal, era ya napolitano, esto es, lo contrario de un imbécil.

— Señora, respondió con mucha candidez,

© Biblioteca Nacional de España

dicen que trabajar es oficio de bueyes y que no hay nada mas sano que el reposo. Yo quisiera vivir sin hacer nada y ganando mucho, como los canónigos de San Jenaro.

— ¡Cómo! exclamó la dama de los Escudos Sonantes, ¿á tu edad quisieras ya ser?...

— Eso mismo, señora, interrumpió Perlino, y si ganara doble sueldo mejor que mejor.

— Se cumplirá tu voluntad, repuso la marquesa; y entre tanto ven que te enseñe mi carruaje, mi cochero inglés y mis seis caballos.

Y le arrastró hácia el peristilo.

— ¿Y Violeta? dijo débilmente Perlino.

— Viene detras, contestó la dama empujando al imprudente que no hacia resistencia.

Una vez en el patio presentaba á su admiracion los caballos que sacudian relinchando sus hermosos arreos de seda encarnada con cascabeles de oro, y le hacia subir al carruaje para que probase los almohadones y se mirase en los espejos. Estando en esto, de repente cierra la portezuela y

© Biblioteca Nacional de España

los caballos arrancan á escape con direccion al castillo de los Escudos Sonantes.

En este tiempo Violeta recibia con mucha gracia los cumplidos de la asamblea, hasta que sorprendida con la ausencia de Perlino, que no se separaba de ella mas que su sombra, corre á buscarle por todas las salas sin dar con él: sube á lo alto de la casa para ver si habia salido á tomar el fresco, y tampoco le halla. Mas desde allí divisa á lo léjos una nube de polvo y uña carroza que huia hácia las montañas con seis caballos lanzados al galope. No cabia duda: la habian robado el novio. El corazon de Violeta desfallece; y seguidamente, sin pensar que estaba con la cabeza al aire, peinada de novia, con vestido de encaje y zapatos de raso, sale de la casa de su padre y

© Biblioteca Nacional de España

echa á correr detras de la carroza llamando á gritos á Perlino y tendiéndole los brazos.

Vanas palabras que arrebataba el viento. El ingrato se dejaba seducir con promesas y lisonjas; jugaba con los anillos que la marquesa llevaba en

los dedos y creia ya que el dia siguiente se despertaria siendo príncipe y señor. ¿Qué quereis? Los hay mas viejos que él y que no son mas cuerdos. ¿Cuándo se sabe que la bondad y la belleza valen mas que todos los tesoros en la casa? Se sabe cuando ya es tarde, cuando faltan ya los dientes para roer las cadenas que tan fácilmente se ataron á las manos.

© Biblioteca Nacional de España

V

LA NOCHE Y EL DIA.

Todo el dia lo pasó corriendo la pobre Violeta sin que la detuvieran ni barrancos, ni arroyos, ni abrojos, ni zarzas: el que padece por amor no siente el trabajo. Cayó la tarde y se vino á encontrar en un bosque sombrío, rendida de cansancio, muerta de hambre, con sangre en manos y piés; tuvo miedo, se quedó inmóbil mirando en su derredor, y la pareció que en las tinieblas de la no-

© Biblioteca Nacional de España

che surgian miles de ojos que la seguian y la amenazaban. Trémula se arrojó al pié de un árbol llamando en voz baja á Perlino para darle el postrer adios.

Contenia el aliento, pues por miedo no se atrevia á respirar, cuando oyó que hablaban los árboles que tenia á su lado. La inocencia tiene el privilegio de comprender todas las criaturas de Dios.

— Vecino, decia un algarrobo á un olivo que no tenia mas que la corteza, mira esa niña tan imprudente que se tiende en el suelo. Dentro de una hora saldrán los lobos de sus madrigueras y si no la devoran, el rocío y el frio de la mañana la darán una fiebre que la matará. ¿Por qué no sube á mis ramas? Podria dormir en paz y yo la ofreceria gustoso algunos de mis dulces frutos para reanimar sus fuerzas agotadas.

— Tienes razon, vecino, contestaba el olivo. Esa niña, ántes de dormirse, lo que deberia hacer es registrar mi tronco hueco donde han escondido las ropas y la zampoña de un *pifferaro*. No es de

© Biblioteca Nacional de España

desdeñar una piel de cabra cuando hay que sufrir la frescura de la noche ; y á la verdad el vestidito de encaje y los zapatos de raso son bien ligeros para una niña que corre mundo.

Violeta oyó el consejo y lo aprovechó completamente. Cuando hubo buscado á tientas la chaqueta de estameña, el capote de piel de cabra, la zampoña y el sombrero puntiagudo del pifferaro, subió animosamente al algarrobo, comió de sus frutos azucarados, bebió el rocio de la noche, y

© Biblioteca Nacional de España

bien envuelta, se arregló lo mejor que pudo entre dos ramas. El árbol la rodeó con sus brazos paternos, las palomas torcaces que salieron de sus nidos la cubrieron de hojas, el viento la meció blandamente y se durmió pensando en su amado.

Al despertarse el dia siguiente tuvo miedo. El tiempo estaba hermoso, pero en el silencio de los bosques sentia mas su soledad la infeliz niña. Todo vivia y se animaba en su derredor: ¿quién pensaba en la pobre abandonada? Violeta se puso á cantar pidiendo auxilio á todo cuanto pasaba á su lado sin hacer caso de ella.

¿Donde está mi amado?
¡Oh, brisa, respóndeme!
¿Está entre los árboles?
¿Está entre las flores?
¿Llora por su amada
Envuelta en la noche?
Respóndeme ¡oh brisa!
Vuélveme mi esperanza y mis amores.

Perseguidle vosotras,
Bonita mariposa, viva abeja;
Es el jazmin mas suave y oloroso,
Es la granada sonrosada y bella.

© Biblioteca Nacional de España

Puro como la flor de la mañana,
Tiene en su frente el blanco de la azucena,
Tiene en los ojos el azul del cielo,
Y en la boca el perfume de la violeta.

Búscale tú, ligera golondrina,
Y vosotros tambien ¡oh pajarillos!
En los bosques, los campos,
A orillas de las fuentes y los rios.
Si no quereis que muera,
Corred todos, buscadle, descubridle,
Decidle mi dolor y mis temores,
Devolvédmele, pues, amigos mios.

La brisa pasó murmurando, la abeja huyó á buscar su botin, la golondrina persiguió á las moscas hasta en lo alto de los cielos, los pájaros cantaron y revolotearon en la enramada y nadie se cuidó de la niña desamparada, que se bajó del árbol suspirando y echó á andar hácia adelante fiándose en su corazon para descubrir el paradero de su amigo Perlino.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

VI

LOS TRES ENCUENTROS.

El camino que tomó Violeta fué el cauce de un torrente medio seco que bajaba del monte. Los laureles sacaban del fondo del agua sus cabezas cubiertas de flores, y la hija de Cecco penetró en aquella verdura seguida por las mariposas que revoloteaban en su derredor como en torno de un lirio agitado por el viento. Marchaba mas de prisa que un desterrado que vuelve á su hogar;

© Biblioteca Nacional de España

pero hacia un calor bochornoso y á eso de las doce tuvo que detenerse.

Al acercarse á un charco de agua para refrescarse los piés que la abrasaban, vió una abeja que se estaba ahogando. Violeta alargó su pié, la

abeja subió por él, y una vez en seco, se quedó un instante inmóbil como para recobrar aliento, sacudió despues sus alas mojadas y pasándose por todo el cuerpo sus patitas mas flacas que hilos de seda, se secó bien, se atusó, y echando

© Biblioteca Nacional de España

á volar empezó á zumbar en torno de la que le habia salvado la vida.

— Violeta, la dijo, no has favorecido á una ingrata. Yo sé adonde vas, y me permitirás que te acompañe. Cuando me canse me posaré en tu cabeza. Si alguna vez me necesitas, no tienes mas que decir : *Nabucodonosor, la paz del corazon vale mas que el oro ;* quizas podré servirte.

— Jamas, pensó Violeta, pódré yo decir : *Nabucodonosor*...

— ¿Qué quieres? preguntó la abeja.

— Nada, nada, contestó la hija de Cecco; no te necesito sino cerca de Perlino.

Y siguió andando con el corazon mas desahogado. Al cabo de un cuarto de hora oyó un leve grito, era un ratoncillo blanco herido por un erizo, que si se habia salvado de su enemigo, venia chorreando sangre. Violeta tuvo lástima del pobre animal, y aunque no estaba para perder tiempo, lavó sus heridas y le dió uno de los frutos del algarrobo que reservaba para almorzar.

— Violeta, la dijo el ratoncillo, no has favore-

© Biblioteca Nacional de España

cido á un ingrato. Sé adonde vas. Llévame en tu bolsillo con lo restante de esos frutos. Si alguna vez me necesitas no tienes mas que decir : *Tricché varlacché, vestidos dorados, corazones de lacayos;* quizas podré servirte.

Violeta metió en su bolsillo al raton para que pudiera comer con descanso y continuó subiendo el torrente. A la caida de la tarde se aproximaba ya al monte, cuando de repente se desprendió de lo alto de una encina una ardilla perseguida por una horrible lechuza. La hija de Cecco no era miedosa ; pegó á la lechuza con su zampoña y la puso en fuga y despues, recogiendo á la ardilla, mas atontada que herida con el choque en el suelo, la reanimó á fuerza de cuidados.

© Biblioteca Nacional de España

La ardilla la dijo :

— Violeta, no has favorecido á una ingrata. Sé adonde vas. Ponme sobre tu hombro y cógeme avellanas para que no se me alarguen los dientes. Si alguna vez me necesitas no tienes mas que decir : *Patatin, patatan, mira bien y verás;* quizas podré servirte.

Violeta se sorprendió algun tanto con estos tres encuentros; no se prometia gran cosa de aquella gratitud en palabras, pues efectivamente, ¿qué podian hacer por ella tan débiles amigos?

— Sea como fuere, pensó para sus adentros, el bien es siempre el bien. Suceda lo que quiera, habré tenido lástima á los que padecen.

En aquel momento salia la luna de entre unas nubes y su blanca luz iluminó el vetusto castillo de los Escudos Sonantes.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

VII

EL CASTILLO DE LOS ESCUDOS SONANTES.

No tenia nada de tranquilizadora la vista del tal castillo. En lo alto de una montaña compuesta de peñascos aglomerados por los derrumbamientos, se distinguian almenas de oro, torrecillas de plata, techumbres de zafiros y rubies; pero todo ello rodeado de grandes fosos llenos de agua verdosa y defendido por puentes levadizos, rastrillos, parapetos, enormes barras de hierro y

© Biblioteca Nacional de España

troneras por donde asomaban bocas de cañones, en suma, todo el aparato de la guerra y el degüello. El bello palacio no era mas que una cárcel. Violeta subió con trabajo por ásperos y tortuosos senderos y llegó al fin por un angostô pasaje delante de una reja de hierro armada con una cerradura enorme. Llamó y no hubo respuesta; tiró de una campana y al punto se presentó una especie de carcelero mas negro y feo que el perro de los infiernos.

— Véte, mendiga, gritó, si no quieres que te sacuda el polvo. La pobreza no tiene aqui albergue. En el castillo de los Escudos Sonantes no se da limosna mas que á los que nada necesitan.

La pobre Violeta se alejó llorando.

— Valor, la dijo la ardilla cascando una avellana, toca la zampoña.

— Nunca la he tocado, contestó la hija de Cecco.

— Razon de mas, replicó la ardilla, pues el que no ha probado una cosa no sabe lo que puede hacer. Sopla y verás.

© Biblioteca Nacional de España

Violeta emprendió á soplar con todas sus fuerzas, meneando los dedos y cantando dentro del instrumento. Con esto la zampoña se infla y se

oye una tarantela capaz de poner en danza á los difuntos. La ardilla se tira al suelo, el ratoncillo no se queda atras, y hé aquí que bailan y saltan

© Biblioteca Nacional de España

como verdaderos napolitanos en tanto que la abeja zumba en su derredor. Era un espectáculo que por verle se podia pagar un carlino sin sentimiento.

Al ruido de tan agradable música se abrieron muy luego los negros postigos del castillo. La marquesa de los Escudos Sonantes tenia á su lado á sus damas de honor, á quienes agradaba ver de tiempo en tiempo si las moscas volaban siempre de la misma manera. Sin que sea curiosidad no todos los dias se oye tocar la tarantela á un pastorcillo tan lindo como Violeta.

— Ven hácia aqui, le decia la una.

— Pastor, gritaba otra, ponte por esta parte.

Y todas le enviaban sonrisas; mas á todo esto la puerta permanecia cerrada.

— Señoritas, exclamó Violeta quitándose el sombrero, sed tan bondadosas como sois bellas. La noche me ha sorprendido en el monte y no tengo habitacion ni cena. Por un rinconcillo en la cuadra y un pedazo de pan mis bailarines os harán reir toda la velada.

© Biblioteca Nacional de España

En el castillo de los Escudos Sonantes hay leyes muy severas. En cuanto anochece no abren la puerta á nadie por temor de los ladrones. Las damas de honor lo sabian muy bien, pero en la honrada casa siempre hay cuerda de horca y arrojaron un cabo de ella por la ventana. En un instante subieron á Violeta con sus bailarines hasta un cuarto muy espacioso donde tuvo que estar soplando largas horas, y bailando y cantando sin que la permitieran abrir la boca para preguntar por Perlino.

BIBLIOTECA NACIONAL

De todos modos, se consideraba muy feliz porque se abrigaba bajo el mismo techo, y la parecia que en aquellos momentos el corazon de su amado debia palpitar como

© Biblioteca Nacional de España

el suyo. Muy inocente era : creia que basta amar para ser correspondida. ¡Dios sabe qué de sueños venturosos hizo Violeta aquella noche!

© Biblioteca Nacional de España

VIII

NABUCODONOSOR.

El dia siguiente muy de mañana, Violeta que habia dormido en el granero subió á la techumbre y miró en su derredor; pero por mas que corrió por todos lados no vió otra cosa que torres con rejas y jardines desiertos. Así fué que bajó llorando, no obstante lo que hacian sus tres amiguitos para consolarla.

En el patio empedrado de plata encontró á las

© Biblioteca Nacional de España

damas de honor, sentadas en corro y ocupadas en hilar estopas de oro y de seda.

— Véte de aqui, le dijeron; si la señora viera tus harapos, la pegaria con nosotras. Sal de aqui, feo tañedor de zampoña, y no vuelvas nunca á ménos que no seas príncipe ó banquero.

— ¡Salir! exclamó Violeta; todavia no, bellas señoritas. Permitidme que os sirva, y os prometo ser tan afable y obediente que jamas sentireis el haberme tenido á vuestro lado.

Por toda respuesta se levantó la primera de ellas, que era una muchacha altaricona, delgada, seca, amarillenta, angulosa, y señalando la puerta con un ademan al pastorcillo, llamó al carcelero, quien se adelantó frunciendo el ceño y blandiendo su alabarda.

— ¡Estoy perdida! exclamó la pobre jóven; jamas volveré á ver á mi Perlino.

— Violeta, dijo con gravedad la ardilla, el oro se prueba en el crisol y los amigos en el infortunio.

— Tienes razon, replicó la hija de Cecco:

© Biblioteca Nacional de España

Nabucodonosor, la paz del corazon vale mas que el oro.

Inmediatamente la abeja echa á volar, y hé aquí que penetra hasta en medio del patio, no sé por dónde, una bonita carroza de cristal con lanza de rubíes y ruedas de esmeraldas. El tiro se componia de cuatro perros negros, gruesos como el puño, que se pisaban las orejas. Cuatro grandes escarabajos, á guisa de jockeys, guiaban con mano ligera aquel diminuto vehículo. En el fondo de la carroza, muellemente tendida sobre paños de raso azul, se ostentaba una abubilla con sombrerito de color de rosa y un vestido de tafetan tan sumamente ancho que sobresalia por encima de las ruedas. Con una pata tenia un abanico y con la otra un pomito y un pañuelo bordado con sus blasones y todo guarnecido de ancho encaje. A su lado y medio envuelto en los pliegues del tafetan estaba un mochuelo, con aire aburrido, ojos apagados, cabeza pelada, y tan viejo que su pico se cruzaba como unas tijeras abiertas. Eran recien casados que hacian las visitas de boda, un

© Biblioteca Nacional de España

matrimonio á la última moda, de esos que recibe con gusto la dama de los Escudos Sonantes.

Ante esta obra maestra, un grito de gozo y de admiracion despertó todos los ecos del palacio. La sorpresa del carcelero fué tan grande que dejó caer su pica, en tanto que las damas de honor corrian detras de la carroza que huia al galope de los cuatro perros como si llevase con toda prisa al emperador de los turcos ó al diablo en persona. Este ruido singular alarmó á la marquesa de los Escudos Sonantes, que siempre tenia miedo á los ladrones, y que acudió furiosa y bien resuelta á despedir de su palacio á todas aquellas mujeres. Pagaba para que la respetaran y no consentia que la robasen el dinero.

Mas cuando vislumbró el carruaje, cuando el mochuelo la hubo saludado con el pico y la abubilla agitó tres veces su pañuelo con indolencia, la ira de la dama se desvaneció como el humo.

— Quiero eso, exclamó; ¿en cuánto se vende?

La voz de la dama asustó á Violeta; pero el amor de Perlino la infundia valor, y asi fué que

© Biblioteca Nacional de España

respondió diciendo, que no obstante su pobreza preferia su capricho á todo el oro del mundo, bajo cuyo concepto no venderia su amada carroza por el castillo de los Escudos Sonantes.

— ¡ Qué vanos y qué necios son los pobres ! dijo la marquesa ; solo los ricos respetan santamente el oro y están dispuestos á todo por un escudo. Quiero eso, repitió con tono amenazador, y lo tendré, cueste lo que cueste.

— Señora, repuso Violeta conmovida, es ver-

© Biblioteca Nacional de España

dad que no pienso vender mi carroza, pero con gusto os la regalaria si me honráseis con un favor.

— Eso va á salir caro, murmuró la marquesa, y luego añadió en alta voz: habla, ¿qué me pides?

— Señora, contestó la hija de Cecco, me han dicho que teneis un museo en donde están reunidas todas las curiosidades de la tierra; enseñádmele, y si contiene algo mas maravilloso que esta carroza, mi tesoro os pertenece.

Por toda respuesta la dama de los Escudos Sonantes se encogió de hombros y llevó á Violeta á una larga galeria sin rival en el mundo. Alli la hizo admirar todas sus riquezas; una estrella caida del cielo, un collar hecho con un rayo de la luna, trenzado en tres hileras; azucenas negras, rosas verdes, un amor eterno, fuego que no quemaba y otras cosas rarísimas; pero no enseñó la única cosa que interesaba á Violeta: no estaba alli Perlino.

La marquesa observaba al pastorcillo y en vez de sorpresa y admiracion, no notó en él mas que indiferencia.

© Biblioteca Nacional de España

— Ya ves, dijo á Violeta, que todas estas maravillas son algo mas que tus cuatro perros; por lo tanto es mia tu carroza.

— No, señora, respondió la jóven, todo eso está muerto y la maravilla mia muy en vida. No podeis comparar vuestras piedras y guijarros con mi mochuelo y mi abubilla, personajes tan naturales y verdaderos que parece que los acaba uno de dejar en la calle. El arte no es nada al lado de la vida.

— Si no es mas que eso, prosiguió la marquesa, yo te enseñaré un hombrecillo hecho de azúcar y de pasta de almendras que canta como un ruiseñor y discurre como un académico.

— ¡Perlino! exclamó Violeta.

— ¡Ah! Ya charlaron mis mujeres, dijo la dama de los Escudos Sonantes.

Y mirando al pastorcillo con recelo añadió:

— Nada, nada, bien reflexionado, lo mejor es que salgas de aqui, ya no quiero tus juguetes de niños.

— Señora, gimoteó Violeta con voz trémula,

© Biblioteca Nacional de España

permitidme que hable con ese milagro de Perlino y tomad la carroza.

— No, contestó la marquesa, vete con tus perros.

— Dejadme que vea á Perlino.

— No quiero.

— Dejadme que pase una noche á su puerta, continuó Violeta llorando á lágrima viva. No rehuseis esta alhaja, agregó hincando una rodilla en el suelo y presentando la carroza á la dama de los Escudos Sonantes.

La marquesa vaciló al contemplar el vehículo y luego se sonrió : en el acto halló medio de engañar á Violeta, con lo cual alcanzaria gratis lo que codiciaba.

— Corriente, trato cerrado, dijo apoderándose de la carroza; esta noche dormirás á la puerta de Perlino y hasta le verás; pero te prohibo que le hables.

Venida la noche, la dama de los Escudos Sonantes llamó á Perlino para que cenara con ella, le hizo comer y beber mucho, lo que era fácil,

© Biblioteca Nacional de España

porque al mocito no le faltaba la docilidad, llenó una copa dorada de esquisito vino de Capri, y sacando de su bolsillo una cajita de cristal, tomó en ella un polvo rojizo y lo arrojó en el vino.

— Bebe esto, hijo mio, dijo á Perlino, y me dirás qué gusto tiene.

Perlino, que hacia todo cuanto le decian, se tragó el licor de un sorbo y exclamó haciendo gestos.

— Es abominable; tiene un olor de cieno y de sangre; es veneno.

— ¡Necio! contestó la marquesa, es oro potable, y el que lo ha bebido una vez, lo beberá toda su vida. Toma otra copa y ya verás como te parece mejor que la primera.

La dama tenia razon: en cuanto Perlino bebió la segunda copa sintió una sed ardiente.

— ¡Otra! ¡otra! decia.

No queria levantarse de la mesa; y para decidirle á que se acostara fué preciso que la dama le hiciera un gran cucurucho de aquellos polvos maravillosos, que guardó cuidadosamente en

© Biblioteca Nacional de España

su bolsillo como remedio contra todos los males.

¡Pobre Perlino! Efectivamente habia absor-

bido un veneno, y el mas terrible de todos. Al que bebe oro potable se le hiela el corazon miéntras tiene el fatal brebaje en el estómago. No co-

© Biblioteca Nacional de España

noce á nadie, no tiene amor á nadie, se olvida de todo, de padres, esposa, hijos, amigos y patria; no piensa mas que en sí, quiere seguir bebiendo y se beberia todo el oro y toda la sangre de la tierra sin apagar una sed que es por esencia insaciable.

¿Qué hacia Violeta? El tiempo le parecia tan largo como al pobre que no tiene un bocado de pan. Así sucedió que en cuanto la noche se puso su careta negra para abrir el baile de las estrellas, Violeta corrió á la puerta de Perlino en la persuasion de que Perlino al verla se arrojaria en sus brazos. ¡Cómo palpitaba su corazon cuando oyó subir! ¡Y qué pesar cuando el ingrato pasó delante de ella sin mirarla!

Bien cerrada la puerta y quitada la llave, Violeta se arrojó encima de una estera que la habian dado por lástima, y allí rompió en llanto, tapándose la boca con las manos para ahogar sus sollozos. No se atrevia á quejarse por temor de que la echaran fuera; pero cuando llegó la hora en que solo las estrellas tienen abiertos los ojos,

© Biblioteca Nacional de España

llamó con ansiedad á la puerta y se puso á cantar á média voz :

Perlino, á libertarte vengo,
Abreme;
Ven pronto, amado mio, que te espero,
Escúchame.
Mi corazon, Perlino, te desea,
Suspiro sin cesar en mi dolor,
Porque lo mismo el dia que la noche
No me hablan nunca mas que de mi amor.

Pero ¡ay! por mas que cantó, nada se movió en el aposento. Perlino roncaba como un esposo

© Biblioteca Nacional de España

que lleva diez años de casado y no soñaba mas que con su oro en polvo. Las horas trascurrieron lentamente, sin esperanza. Y si la noche fué larga y dolorosa, la mañana lo fué mas todavia. La dama de los Escudos Sonantes llegó al amanecer y dijo á Violeta con tono sardónico :

— Me parece que ya estarás contento, tañedor de zampoña, te he dado por la carroza lo que me has pedido.

— Te deseo iguales goces todos los dias de tu vida, murmuró la pobre Violeta ; he pasado una noche que no la olvidaré nunca.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

IX

TRICCHÉ VARLACCHÉ.

La hija de Cecco se retiró tristemente : no habia remedio, tenia que volverse á casa de su padre y olvidar al que ya no la amaba. Atravesó el patio seguida de las damas de honor que se burlaban de su sencillez, y habiendo llegado cerca de la verja se volvió como si esperase una última mirada ; pero al encontrarse tan sola la abandonó

© Biblioteca Nacional de España

el valor, y ocultando su cabeza con sus manos vertió amargas lágrimas.

— Sal de aquí, mendigo despreciable, le gritó

el carcelero asiendo á Violeta por el cuello y aplicándola una sacudida de primer órden.

— ¡Salir! dijo Violeta, no por cierto.

Y con voz firme pronunció estas palabras:

© Biblioteca Nacional de España

— *Tricché varlacché, casacas doradas, corazones de lacayos.*

Y hé aquí que el ratoncillo se arroja á las narices del carcelero y le muerde hasta hacerle sangre; y entre tanto, delante de la misma verja se eleva una pajarera tan grande como un pabellon chinesco. Sus barras son de plata y sus comederos de diamantes; en vez de mijo hay perlas y ducados ensartados en cintas de todos colores. En medio de aquella jaula magnífica y en una escala que gira á todos los vientos saltan y hacen gorjeos miles de aves y pájaros de toda corpulencia y de todos los paises : colibris, loros, cardenales, mirlos, canarios, etc., etc., y toda esta mezcolanza de pluma silba la misma cancion, cada cual en su jerigonza. Violeta que entendia el lenguaje de los pájaros como el de las plantas, escuchó lo que decian todas aquellas voces y tradujo la cancion á las damas de honor sorprendidas al hallar tan extraordinaria inteligencia y tanto positivismo entre los loros y los canarios.

© Biblioteca Nacional de España

Hé aquí lo que cantaba el coro de los pájaros :

Nada de libertad,
¡Viva la jaula!
Aquí se come y se bebe
Y no se trabaja.
Calor en el invierno,
Fresco en verano,
Esta es vida tranquila,
¡Viva el descanso!

A estos alegres gritos sucedió un gran silencio : un loro viejo, encarnado y verde, con aire grave y serio, levantó la pata, y sin cesar de dar vueltas, cantó con tono gangoso, como si exhalara graznidos, lo siguiente :

Es el ruiseñor
Vestido de negro
Todo un personaje
Digno de un entierro.

Triste como un buho
Sale de paseo
Y canta de noche,
¡Canta en el desierto!

© Biblioteca Nacional de España

Es un orgulloso
Que vive contento,
Que se cree un sabio
Y no es mas que un necio.

Su voz nos enfada
Matémosle presto
Con cuatro alfileres
Como á un vil mochuelo.

Y esa muerte merecen, por tontuna,
Todos los que desprecian la fortuna.

Y todos los pájaros entusiasmados con esta elocuencia, se pusieron á silbar con penetrante voz :

Nada de libertad,
¡Viva la jaula! etc.

Miéntras todo el mundo se agrupaba en torno de la mágica pajarera, habia acudido la dama de los Escudos Sonantes, y como es de pensar, no fué la última que codició aquella maravilla.

— Chiquillo, preguntó al tocador de zampoña, ¿me vendes esa jaula por el mismo precio de la carroza?

© Biblioteca Nacional de España

— Con mucho gusto, respondió Violeta que no deseaba otra cosa.

— Pues está hecho el trato, repuso la dama; los pobres se pintan solos para hacer tales locuras.

Todo pasó como la noche anterior. Perlino, ébrio de oro potable, entró en su cuarto sin levantar sus ojos, y Violeta se arrojó sobre su estera mas triste que nunca.

Repitió su cancion, lloró á lágrima viva, todo inútil: Perlino dormia como un rey destronado, y los sollozos de Violeta le mecian como si hubiesen sido el ruido del mar y del viento. A eso de las doce los tres amigos de Violeta, afligidos de su pesar, celebraron consejo.

— No es natural que Perlino duerma así, dijo la ardilla.

— Deberiamos entrar y despertarle, exclamó el ratoncillo.

— ¿Y cómo? preguntó la abeja que inútilmente habia buscado una rendija á lo largo de la pared.

— Yo me encargo de ello, replicó el ratoncillo.

© Biblioteca Nacional de España

Y á toda prisa se puso á roer la madera de la puerta y pronto abrió un agujero por donde podia pasar la abeja para despertar á Perlino.

Allí estaba, en efecto, tranquilamente dormido roncando con la regularidad de un buen señor que echa una siesta. Aquella calma irritó á la abeja, que picó á Perlino en el labio; Perlino suspiró y se dió una bofetada en la mejilla, mas no despertó.

— Le han aletargado, dijo la abeja que volvió á consolar á Violeta; en eso hay magia: ¿qué haremos?

— Espera, contestó el ratoncillo que no habia dejado descansar sus dientes; ahora voy á entrar yo y le despertaré, áun cuando debiera roerle el corazon.

— Eso no, se apresuró á decir Violeta, no quiero que hagan daño á mi Perlino.

El ratoncillo estaba ya en el cuarto, y en un instante saltó á la cama y se introdujo debajo de la sábana. En derechura se fué al corazon de Perlino; pero ántes de practicar el agujero, escu-

© Biblioteca Nacional de España

chó : el corazon no palpitaba ; no cabia duda, Perlino estaba encantado.

Cuando volvia con esta noticia, la aurora blanqueaba ya el cielo y acudia la malvada marquesa, siempre con la sonrisa en la boca. Violeta, furiosa porque se habian burlado de ella, y que de cólera se mordia las manos, logró contenerse, hizo una humilde reverencia y se dijo en voz baja :

— Mañana ajustaremos cuentas.

© Biblioteca Nacional de España

X

PATATIN, PATATAN.

Esta vez Violeta bajó con mas valor, porque habia recobrado la esperanza. Lo mismo que el dia ántes, encontró en el patio á las damas de honor siempre ocupadas con sus estopas.

— Vamos, muchacho, le gritaron riéndose, ¿qué diversion nos vas á dar hoy?

— Por complaceros, bellas señoritas, voy á

© Biblioteca Nacional de España

pronunciar estas palabras : *Patatin*, *patatan*, *mira bien y veràs*.

Inmediatamente la lista ardilla arrojó al suelo una avellana y hé aquí que apareció como por encanto un teatrillo de muñecos. Se levanta el telon y el escenario representa un tribunal, la audiencia de Rominagrobis. En el fondo hay un trono colgado de terciopelo encarnado y todo lleno de uñas de oro, sobre el cual aparece el alcalde, un gato rechoncho de respetable figura, aunque conserva todavia algunos restos de queso en sus largos bigotes. Recogido en si mismo, con las manos cruzadas en sus largas mangas, y cerrados los ojos, cualquiera diria que duerme, si fuese posible imaginarse que la justicia duerme nunca en el reino de los gatos.

Puesto de lado hay un banco de madera donde están atados tres ratones á los cuales les han limado los dientes y cortado las orejas, por medida de precaucion. Se sospecha que se han acercado demasiado á un pedazo de tocino rancio, y en Nápoles la sospecha casi equivale á la certidum-

© Biblioteca Nacional de España

bre para los jueces. Enfrente de los culpables se levanta un dosel de paño negro, en cuyo frontispicio se lee esta sentencia del gran poeta y mágico Virgilio :

Mata al raton, pero respeta al gato.

Bajo el dosel está el fiscal de pié, que es una comadreja con su frente en escape, sus ojos encarnados y su lengua puntiaguda, la cual poniéndose la mano en el corazon, pronuncia un bello discurso pidiendo á la ley que ahorque á los ratones. Su palabra es abundante como el agua de una fuente, y emplea una voz tan tierna, tan penetrante para implorar y solicitar la muerte de aquellos terribles animalejos, que verdaderamente indigna verlos allí, y se diria que faltan á todos sus deberes no ofreciendo por un movimiento espontáneo sus criminales cabezas á fin de calmar la emocion y secar los lloros de la excelente comadreja que tiene tantas lágrimas en el gaznate.

Una vez que el fiscal hubo concluido su ora-

© Biblioteca Nacional de España

cion fúnebre se levantó un ratoncillo menudo á defender á los acusados. Ya se habia afianzado los anteojos y se quitaba la gorra y se sacudia las mangas, cuando por respeto á la libre defensa y por interes de los culpables, el gato le prohibió el uso de la palabra. Entónces con voz solemne, maese Rominagrobis echó una reprimenda á los acusados, á los testigos, á la sociedad, al mundo entero y verdadero; se cubrió, fulminó una sentencia implacable y condenó á los ratones culpables á la pena de muerte, con horca y desuello; esto sin contar la confiscacion de bienes, el pago de costas, en plazo limitado sin embargo, dentro de cinco años, pues hasta los bribones deben ser tratados con humanidad.

Representada la farsa, cayó el telon.

— ¡Qué bonito! ¡qué animado! exclamó la dama de los Escudos Sonantes. Es exactamente la justicia de los gatos. Pastor, brujo ó lo que seas, véndeme tu teatrillo.

— Al precio de costumbre, respondió Violeta.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

— Pues hasta la noche, repuso la marquesa.

— Hasta la noche, dijo Violeta.

Y añadió en voz baja :

— Quiera Dios que me pueda cobrar todo el daño que me has hecho.

Miéntras se representaba la comedia en el patio, aprovechaba el tiempo la ardilla. A fuerza de correr por los tejados acertó á descubrir en el huerto á Perlino que se entretenia comiendo higos. Del tejado saltó á un árbol, del árbol á una mata, y llegó hasta Perlino que jugaba á la *morra* (1) con su sombra, medio seguro de ganar siempre.

La ardilla hizo una pirueta y se sentó delante de Perlino con la gravedad de un notario.

— Amigo mio, le dijo, la soledad tiene sus encantos; pero se me figura que no te divierte mucho jugar solo : ¿quieres que hagamos los dos una partida?

1. En el juego de la *morra* cada uno de los jugadores abre uno ó mas dedos y el adversario debe adivinar cuál es el número de los dedos abiertos.

© Biblioteca Nacional de España

— Tus dedos son muy cortos, contestó Perlino bostezando, y eres un pobre animalejo.

— No siempre es un defecto el tener los dedos cortos, repuso la ardilla, y he visto yo mas de un ahorcado por tenerlos largos. Ademas, señor

Perlino, si soy un animalejo habeis de saber que pertenezco á los mas listos, lo cual es preferible á poseer mucha inteligencia y dormir como un liron. Si alguna vez la felicidad llama á mi puerta durante la noche, podeis estar seguro de que abriré.

© Biblioteca Nacional de España

— Habla con claridad y sin rebozos, exclamó Perlino; hace dos dias que me pasa algo extraño. Mi cabeza está muy pesada y muy apesadumbrado mi corazon : tengo pesadillas. ¿Qué será esto?

— La explicacion es fácil, dijo la ardilla. No bebas y no dormirás; no duermas y verás muchas cosas. A buen entendedor con média palabra basta.

Y sobre esto la ardilla trepó por una rama y desapareció.

Desde que Perlino vivia retirado recobraba la razon : el aburrimiento entre dos hace malvado al hombre, en tanto que llega á alcanzar mucha cordura el que se aburre solo. En la cena observó bien el rostro y la sonrisa de la dama de los Escudos Sonantes, y se mostró tan alegre como de costumbre; pero cada vez que le presentaron la copa de olvido se acercó á la ventana para admirar el paisaje, y cada vez arrojó el oro potable al jardin. Dícese que el veneno cayó sobre unos gusanos blancos que hacian agujeros en la tierra y que desde entónces son dorados los abejorros.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

XI

EL RECONOCIMIENTO.

Al entrar en su cuarto Perlino distinguió al tañedor de zampoña que le miraba tristemente, pero no desplegó sus labios, pues deseaba estar solo cuanto ántes para ver si llamaba á su puerta la felicidad y qué traza tendria cuando entrara. No duró largo rato su inquietud. Aun no estaba en la cama cuando oyó una voz suave y lastimera; era Violeta, que en los términos mas afectuo-

© Biblioteca Nacional de España

sos le recordaba cómo ella le habia amado y dado forma con sus propias manos, debiendo luego la vida á sus plegarias; y cómo sin embargo, se habia él dejado seducir y robar miéntras ella corria en su seguimiento sufriendo penalidades que no son de desear ni para nuestros mayores enemigos. Violeta le dijo tambien con acento mas doloroso y penetrante, que hacia dos noches velaba á su puerta, por cuyo favor habia regalado tesoros dignos de un rey, y esto en balde pues no habia podido arrancarle una palabra, y concluyó manifestando que aquella noche era el fin de sus esperanzas y el término de su vida.

Al escuchar estas palabras que penetraban hasta lo mas recóndito de su alma, parecióle á Perlino que le sacaban de un sueño, que desgarraban una nube delante de sus ojos. Abrió quedito la puerta y llamó á Violeta que se arrojó en sus brazos sollozando. Perlino queria hablar, pero ella se lo impidió, porque hay instantes en que las lágrimas son mas elocuentes que las palabras.

© Biblioteca Nacional de España

— Partamos, exclamó Perlino, salgamos de este maldito castillo.

— No es fácil, señor Perlino, respondió la

ardilla ; la dama de los Escudos Sonantes no se desprende así como se quiera de lo que posee : hemos gastado todos nuestros dones para desper-

© Biblioteca Nacional de España

taros, y se necesitaria ahora un milagro para que os escaparais de esta cárcel.

— Quizas tengo yo un medio, dijo Perlino en

quien brotaba la inteligencia como la savia en los árboles durante la primavera.

Tomó el cucurucho que contenia los polvos mágicos y se llegó á la cuadra seguido de Violeta y de los tres amigos, ensilló el caballo mejor y se fué con él á la portería donde dormia el carce-

© Biblioteca Nacional de España

lero con las llaves colgadas del cinto. Al ruido de los pasos el hombre se despertó y quiso gritar; mas apénas abrió la boca Perlino le arrojó en ella el oro potable exponiéndole á morir ahogado. Ahora bien, el carcelero léjos de quejarse, se puso á dormir y volvió á caer en su silla cerrando los ojos y alargando las manos. En un instante Perlino se apoderó del manojo de llaves, abrió la reja, la cerró bien cuando hubieron pasado, y lanzó al abismo aquellas llaves de perdicion á fin de encerrar para siempre á la codicia dentro de su cárcel. El pobre Perlino no contaba con el agujero de la cerradura, el cual basta y sobra para que la codicia se escape de su retiro é invada el corazon humano.

Por fin ya están en camino, entrambos en la misma montura, Perlino delante y Violeta en ancas. Violeta asia á Perlino con inquietud y le ponia la mano sobre el corazon para cerciorarse de que palpitaba; y Perlino volvia sin cesar la cabeza para admirar aquella sonrisa que tenia miedo de volver á olvidar. Y á todo esto corrian sin

© Biblioteca Nacional de España

prudencia. Si la ardilla mas de una vez no hubiese tirado de las bridas para que el caballo no tropezara ó se perdiera, ¡quién sabe si los dos viajeros no seguirian corriendo todavía!

No hay para qué hablar de la alegria del buen Cecco cuando vió á su hija y á Perlino. Era el mas alborotado de la casa; se reia todo el dia sin saber por qué, y queria bailar con todo el mundo; en suma, se habia trastornado hasta tal punto que dobló los sueldos á sus dependientes

© Biblioteca Nacional de España

y señaló una pension á su cajero que no tenia mas de treinta y seis años de servicio. Nada ciega como la felicidad. Las fiestas de la boda fueron magníficas; pero esta vez tuvieron buen cuidado en la eleccion de los amigos. De veinte leguas en contorno vinieron abejas que trajeron un hermoso panal de miel, y el baile concluyó con una tarantela de ratones y un saltarello de ardillas que dieron mucho que hablar y durante largo tiempo á la gente de Pæstum. Cuando el sol dispersó á los convidados, Violeta y Perlino bailaban todavía y no habia modo de detenerlos. Cecco, apelando á su antigua cordura, les echó un buen sermon para probarles que ya no eran niños, sino personas formales unidas en matrimonio; y ellos, por toda contestacion, se arrojaron en sus brazos riendo. El corazon paterno siempre es débil y así fué que el buen Cecco les tomó de la mano y se puso á bailar con ellos hasta por la tarde.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

XII

LA MORAL.

— Tal es la historia de Perlino, digna de contarse, me dijo levantándose la posadera, muy conmovida con la relacion de aquellas aventuras.

— ¿Y en qué vino á parar la dama de los Escudos Sonantes? pregunté yo.

— ¡Quién lo sabe! respondió la Palomba; á nadie le importa que llorase ó se arrancase el cabello; los malvados acaban siempre así, cogi-

© Biblioteca Nacional de España

dos en sus propios lazos y todo el mundo lo celebra. La harina del diablo se convierte en salvado, tanto peor para el que sirva al diablo y tanto mejor para la gente honrada.

— ¿Y la moral?

— ¿Qué moral? exclamó la Palomba mirándome con sorpresa. Si Vuecencia quiere moral, son las dos de la tarde y á esta hora predica á vísperas en la catedral un padre capuchino.

— No, lo que yo busco ahora es la moral del cuento.

— Señor, me dijo recalcando mucho la pronunciacion, la sopa está á punto, el pollo frito y los macarrones cocidos. En cuanto á mi historia está concluida. A los niños se les mece para dormirlos con canciones, y á los hombres con cuentos; ¿qué mas quereis?

Me senté á la mesa, pero no estaba satisfecho. Miéntras mellaba el cuchillo con un ala de pollo, dije á la posadera:

— La historia que me acabais de contar es interesante y esos macarrones exhalan un admi-

© Biblioteca Nacional de España

rable olorcillo ; pero el caso es que cuando cuente yo á los niños de mi pais las aventuras de Perlino, como no les daré de comer al mismo tiempo, reclamarán la moraleja.

— Pues bien, Excelencia, si en vuestro pais hay de esos delicados que no se atreven á reirse por temor de enseñar los dientes, que vengan á probar mis macarrones. Enviadlos á Amalfi y que pidan la Luna. En un solo plato les serviremos mas moral de la que podria dar todo Paris.

Y sobre esto añadió cambiando de tono :

— A propósito, os están esperando para marchar, se levanta el viento y los marineros temen que Vuecencia sufra otra vez las molestias de esta mañana. Se diria que la noticia os entristece. ¡Animo pues! El mal que ha pasado, pasado está, y aunque el mal futuro tenga los brazos largos, lo cierto es que no nos estrecha todavia. No pensabais en ello hace un instante.

— Gracias, buena mujer, me habeis proporcionado lo que buscaba. Un momento de olvido entre largos pesares, un poco de reposo en medio

© Biblioteca Nacional de España

del viento y de la mar, trabajo y enojos, hé ahi lo que dan los cuentos y los sueños, siendo bien loco todo aquel que les pide otra cosa. *Ecco la moralità*.

© Biblioteca Nacional de España

LA ESCLAVA BLANDINA

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA ESCLAVA BLANDINA

RELACION HISTORICA.

La mas bella y hermosa de todas las virtudes que pueden adornar á la mujer es la piedad, puesto que contiene en si todas las restantes, caridad, sacrificio, modestia, valor, amor á la justicia y á la verdad. Las mujeres de Francia se han distinguido siempre por su piedad, desde la reina Batilde y la madre de san Luis hasta Juana de Arco, desde santa Genoveva hasta la esposa de Luis XV, la reina Maria Leckzinska, se pueden citar, lo mismo cerca del trono que en con-

© Biblioteca Nacional de España

diciones oscuras, muchas mujeres que se hicieron célebres por su santidad no ménos que por su valor y su inteligencia. Pero entre tantos nombres como han llegado hasta nosotros rodeados de la veneracion de los siglos, no hay uno que merezca conservarse con mas respeto que el de la pobre esclava Blandina, la primera víctima de la persecucion pagana en las Galias, la primera mártir de Lyon.

Sabido es que el cristianismo penetró pronto en las Galias, traido por los discípulos de san Juan procedentes de Oriente para difundir entre los galos la *buena nueva*. A mediados del siglo II despues de Jesucristo, en la época del emperador Marco Aurelio, habia ya en Lyon una iglesia floreciente por mas que estuviese oculta, siendo su jefe Potino, anciano de mas de noventa años que habia debido oir en Efeso al amado discípulo del Señor. La nueva comunion se componia de los cristianos venidos de Grecia y de Asia, de los romanos y de los galos convertidos, y nada faltaba entre ellos, ni áun los esclavos instruidos por el

© Biblioteca Nacional de España

amo. Tal era el espectáculo desconocido hasta entónces que daba el cristianismo: por primera vez el esclavo era tratado como un hombre y no como un animal; por primera vez el rico y el poderoso respetaban en el pobre y el oprimido un alma inmortal, rescatada por Jesucristo.

Los paganos odiaban á los cristianos porque decian que su religion era contraria á las leyes del imperio. No se engañaban en esto; las leyes del imperio sometian la conciencia al soberano, y el emperador y el senado decidian cuáles eran los dioses que debian ser adorados. No es dudoso que los cristianos no reconocian esta tirania: ninguno de ellos queria envilecerse ante aquellos dioses de piedra y de madera que unos hombres tan corrompidos como perversos imponian á la credulidad popular; los fieles preferian la muerte á la mentira y la deshonra, y por esto eran santos y grandes.

Otra causa de odio y menosprecio, era que los cristianos, al decir de los paganos, no se mostraban sociables. Nunca se les veia en las fiestas pú-

© Biblioteca Nacional de España

blicas, jamas tomaban parte en aquellos espectáculos que los emperadores prodigaban al pueblo para hacerle olvidar su servidumbre. Tambien en este punto tenian razon. Aquellos juegos que regocijaban á los romanos, las monstruosidades del circo donde soltaban fieras para que matasen á desdichados sin defensa, los combates de gladiadores donde los esclavos se mataban entre si para diversion de la ociosidad romana, todo esto horrorizaba á los cristianos, que vivian léjos de aquel mundo cruel y licencioso, se reunian entre ellos como hermanos, comulgaban á la misma mesa y no buscaban otro placer que el de amarse recíprocamente y el de servir á Dios con igual corazon.

Lo mas aborrecible para los hombres, y sobre todo para los grandes, es que se rechacen sus ideas y sus diversiones. Comenzaron por desdeñar á los cristianos y muy luego quisieron obligarlos á que hiciesen como la muchedumbre y adorasen los caprichos del emperador. Los cristianos se resistieron y esta resistencia fué consi-

© Biblioteca Nacional de España

derada como un crimen de lesa majestad, pues en todo el imperio no debia haber mas voluntad que la del soberano, ni otro pensamiento. Marco Aurelio fué un hombre eminente, severo consigo mismo, sobrio, animoso; reunia todas las virtudes del soldado y del filósofo; pero era emperador, y por lo tanto estaba imbuido de todas las preocupaciones inherentes á su poderio. La ley prohibia existir á los cristianos, y Marco Aurelio no se cuidó de examinar si la ley era injusta y cruel, bien convencido de que tenia derecho para mandar á su antojo. En su derredor tenia sabios consejeros que le repetian diariamente esta máxima despótica : el emperador era un dios y el romano un esclavo que debia obedecer y sacrificarlo todo hasta su conciencia. De este modo Marco Aurelio acabó por decidirse á perseguir á los cristianos, no obstante sus excelentes prendas y su caracteristica mansedumbre.

La persecucion comenzó en Lyon en 177, y comenzó, segun costumbre, no por una acusacion regular sino por alborotos. El populacho cono-

© Biblioteca Nacional de España

cia perfectamente á los cristianos; eran hombres severos y tristes que no se presentaban en los templos, ni en juegos, ni en fiestas; cada cual podia señalarlos con el dedo como impios ó ateos, pues jamas se les veia adorar á los dioses patrios. Insultaron á los cristianos en las calles, los arrojaron de la plaza pública, donde segun el uso romano se reunian los ciudadanos diariamente, les prohibieron la entrada en los baños públicos y les obligaron á encerrarse en sus casas y á vivir escondidos como criminales. Si por casualidad los encontraban fuera, la multitud rabiosa los apedreaba, saqueaba sus casas y los maltrataba; toda injuria, toda violencia eran legítimas cuando la víctima llevaba el odioso nombre de cristiano.

Parece á primera vista que los magistrados habrian debido proteger á inocentes contra tales ultrajes, pues en los países civilizados no se permite emplear la violencia ni áun contra los criminales, ni áun contra los asesinos convictos y confesos; pero para los cristianos no habia justicia, estaban fuera de la ley. El pueblo que los

© Biblioteca Nacional de España

apedreaba los arrastraba ante el magistrado despues de haberlos insultado y con gran vocerio reclamaba su muerte. El procónsul, fuese cual quisiera su opinion, no podia vacilar en castigar á los desdichados que llevaban á su presencia, pues la conmiseracion y la indulgencia le habrian hecho sospechoso al emperador. Castigaba pues, como si fuesen asesinos á aquellos hombres, sin otra causa que la de que no querian sacrificar á los falsos ídolos. No era difícil hacer constar el crimen, en razon á que este crimen consistia simplemente en llamarse cristiano, y jamas ningun fiel retrocedia ante esta confesion. Por lo comun olvidaba su patria, su nacimiento y condicion y á todas las preguntas que le hacia el procónsul respondia con estas palabras : *Soy cristiano : soy esclavo de Cristo*. Eran su sentencia de muerte.

El suplicio á que se condenaba, era el tormento con todos sus horrores. Dar la muerte á un cristiano equivalia para el magistrado á reconocerse vencido ; el que moria se convertia en mártir, en testigo muerto para dar testimonio á Jesucristo.

© Biblioteca Nacional de España

El ejemplo de su valor engendraba nuevos deseos de sacrificio, y á veces, en presencia de la crueldad de los verdugos, de la injusticia del magistrado y de la entereza de los fieles, mas de un pagano se declaraba cristiano públicamente y pedia los mismos suplicios. *La sangre de los mártires es semilla de cristianos*, decia el fogoso Tertuliano, Padre de la Iglesia. Por tanto, lo que importaba no era dar la muerte al prisionero, sino hacerle sufrir tales torturas que el dolor le obligase á retractarse. Tal era la triste victoria que buscaba el magistrado, á fuerza de amenazas y violencias. Que la víctima vencida por el dolor pronunciase una palabra, que quemase un grano de incienso á la estatua del divino emperador y quedaba libre y á veces recibia recompensa; pero si preferia la verdad á la afrenta, agotaban contra el cristiano todas las invenciones de la rabia humana para arrancar de su boca dolorida un suspiro que pudiesen interpretar como una confesion. El hierro, el fuego, todo lo empleaban los verdugos; miéntras palpitaba todavía un miembro,

© Biblioteca Nacional de España

miéntras tenian delante otra cosa que un cadáver, se encarnizaban en el mártir; no habia salvacion para él sino en la muerte que le hacian esperar tanto y que tan cara le vendian.

Es de concebir el terror que sobrecogió á los cristianos de Lyon cuando la multitud emprendió á perseguirlos y á llevarlos ante el magistrado. No solo les espantaban la tortura y la muerte, sino el temor de que entre los fieles hubiese algunos sin bastante valor y energia para resistir á los verdugos. A esto se reducia siempre la gran inquietud: la retractacion de un cristiano y su vuelta al paganismo, era la verdadera y única derrota que temiesen los discípulos de Cristo.

Existia particularmente una clase de cristianos entre la cual la sensacion de ceder era muy fuerte: la clase de los esclavos. Con efecto, si adoraban la estatua imperial y se volvian contra sus amos, les ofrecian corrientemente dinero y la libertad. Por esta razon, en todas las persecuciones comenzaban por prender esclavos, paganos y cristianos, que llevaban al tormento para obli-

© Biblioteca Nacional de España

garles á declarar contra sus amos. Así lo efectuaron en Lyon y seguidamente se produjeron aquellas estúpidas acusaciones que en todos tiempos se han imputado á las personas perseguidas por el odio público. Decian los esclavos : « Los cristianos se reunen en banquetes comunes, donde degüellan un niño para beberse su sangre. » Era lo que llamaban festines de Tieste en recuerdo de este personaje fabuloso á quien su hermano Atreo por una venganza abominable, presentó en la comida la carne de su propio hijo. Semejantes calumnias son tan odiosas que parece imposible creerlas; pero el odio no raciocina.

Entre los esclavos presos en Lyon se encontraba una mujer llamada Blandina, convertida por su ama al cristianismo. Era baja de estatura, endeble y delicada; y su ama, que valerosamente habia sufrido el tormento, temia que la pobre esclava no tuviese suficientes fuerzas para combatir con el verdugo. No dominaba otra preocupacion á los hermanos (como se llamaban los cristia-

© Biblioteca Nacional de España

nos entre sí), y todos, cautivos ó no, asistian al terrible espectáculo para animarse unos á otros á morir por la verdad.

Blandina fué entregada pues á los verdugos; era una esclava y no tenian consideraciones que guardar con aquella criatura que tanto desdeñaba el orgullo antiguo. Los romanos hacian ménos caso de un esclavo que nosotros hoy de un caballo ó de un buey. Cuando pusieron á Blandina en el tormento, se hubo de creer que al primer golpe se romperian sus miembros delicados y la infeliz pediria perdon; pero la animaba el espíritu de Jesucristo y resistió con un valor heróico y unas fuerzas sobrenaturales. Desde el amanecer hasta la caida de la tarde se sucedieron suplicios y verdugos; se encarnizaron sobre aquel cuerpo destrozado á golpes y que ya no tenia forma humana; le laceraron con uñas de hierro, le acribillaron, mas de una vez el caballete se rompió al esfuerzo de las cuerdas que tendian los miembros de la víctima, y nada pudo someter á la noble mártir. « Era como un generoso atleta, dice la relacion

© Biblioteca Nacional de España

contemporánea. El dolor no hacia otra cosa que reanimar su energía y su denuedo; habriase dicho que olvidaba sus padecimientos y encontraba el reposo y nuevas fuerzas en estas palabras que repetia sin cesar: *Soy cristiana, y entre nosotros no se hace mal alguno.*

Entrada ya la noche la arrojaron en confusion con los demas mártires en un calabozo oscuro y sin aire, la pusieron los piés en un cepo á fin de que la pobre víctima no lograse hallar descanso para su quebrantado cuerpo, y se propusieron reservarla para un suplicio mas notable. Con efecto, ya que habia desafiado al procónsul y vencido la amenaza de las leyes humanas, serviria de pasto á los sangrientos placeres del pueblo y moriria en el anfiteatro en un dia de fiesta.

El procónsul dispuso juegos extraordinarios para apresurar la venganza y para animar la rabia popular. Queria que la multitud se divirtiera, y bajo este concepto cada mártir debia sucumbir en distinto suplicio. Léjos de amedrentarse ante tan terrible prueba, los hermanos veian llegar

© Biblioteca Nacional de España

con gozo la hora de los tormentos, que les iban á libertar para siempre de sus crueles perseguidores. Aquellos variados suplicios que debian reunirlos en una misma muerte, eran, decian, como otras tantas flores de diversos colores que formaban una sola corona de inmortalidad, ofrenda que seria grata á los ojos del Señor.

Habian elegido los mas valerosos de todos los mártires para arrojarlos á las fieras del anfiteatro, aquellos que, despues de haber cansado á los verdugos, sabrian arrostrar mejor el suplicio de las garras de los leopardos y los leones. En primera línea figuraban dos romanos, Maturus y Sanctus, con un griego venido de Pergamo, Atalo, que llamaban columna y piedra angular de la Iglesia lionesa; y á su lado, quebrantada y mutilada, pero siempre indómita, estaba la desdichada Blandina.

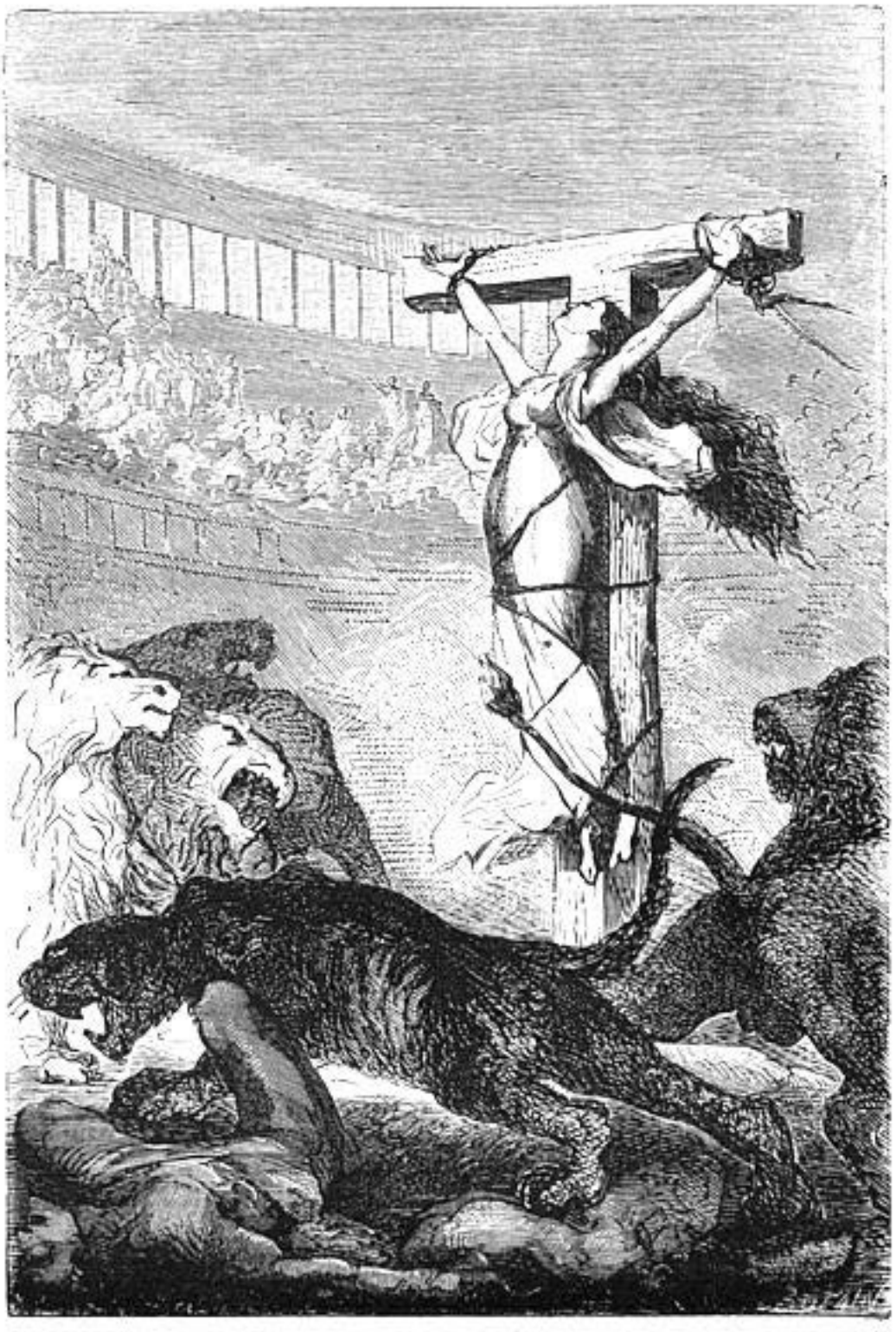
Maturus y Sanctus, atormentados ya repetidas veces, lo fueron de nuevo en el anfiteatro para saciar la crueldad de una multitud insensata. Los apalearon y los arrojaron á las fieras que los

© Biblioteca Nacional de España

desgarraron; pero el pueblo queria una muerte mas cruel, y á los gritos de la asamblea, les sacaron de la arena medio muertos para sentarlos en una silla de hierro que enrojecieron al fuego. Y sin embargo, no lograron quebrantar su constancia: Maturus no exhaló ni siquiera un suspiro y Sanctus no pronunció otras palabras que las que dirigió el primer dia al procónsul y que le sostuvieron siempre en los suplicios: *Soy cristiano*. Furioso el pueblo al verse burlado por la energia de aquellos hombres indefensos, ordenó que estrangularan á entrambos mártires. Despues le llegó el turno á Blandina.

Atáronla á un madero con los brazos extendidos y asi la abandonaron á las fieras. En su cansado semblante brillaba como un resplandor divino; moria rebosando fe y esperanza, pues moria por Jesus y en el mismo suplicio. Los hermanos que la contemplaban se regocijaban profundamente admirando el valor de su hermana; todos pensaban en el divino mártir del Calvario y todos, bendiciendo al Señor, hacian votos por

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

la gloria de Blandina; pero las fieras, ménos feroces que los hombres, no quisieron tocar al cuerpo de la santa, y todo cuanto se hizo para excitarlas fué inútil, pues se volvieron rugiendo á sus jaulas. Con gran sentimiento de los espectadores fué preciso descolgar á Blandina y llevarla otra vez al encierro donde esperaria otra fiesta de degüello y sangre.

Atalo quedó para el fin, y era el mas odioso por causa de su indómito valor y energia. Verosimilmente era un misionero venido de Oriente, y despues del obispo Potino el principal apóstol de la Iglesia de Lyon. El pueblo pidió con grandes voces que Atalo fuese arrojado á la arena; y con efecto, alli apareció sereno, con la frente erguida, sostenido por su conciencia y dispuesto al combate como un soldado de Cristo. Le hicieron dar la vuelta al anfiteatro para que la multitud pudiese insultarle á su gusto, y delante de él marchaba un soldado con un letrero que decia: *Este es Atalo el cristiano*. No obstante los clamores del pueblo, el procónsul no pudo entregar aquel mis-

© Biblioteca Nacional de España

mo dia el mártir al suplicio; Atalo era un ciudadano romano, no un esclavo como Blandina, y se necesitaba la órden del emperador para aplicarle la muerte. Pero habian escrito á Roma y no se podia dudar de la contestacion de Marco Aurelio. El emperador filósofo escribia un hermoso libro lleno de nobles máximas sobre la justicia y la humanidad; mas un cristiano no tenia derechos, no era un hombre, sino el enemigo del género humano.

Blandina no permanecia en la inaccion miéntras esperaba en su encierro la carta de César que la permitiese morir. Dicen los coetáneos que era como una madre que reune á sus hijos y les da la vida nuevamente. A fuerza de súplicas y de dinero conseguian los fieles que se abriesen las cárceles y todos acudian á Blandina para saludarla con el nombre de mártir. Su humildad rechazaba tan honroso título, y decia: « Solo son mártires aquellos que Jesus llamó á su lado, y la muerte que valerosamente sufrieron es el sello de su gloria; nosotros no somos mas que pobres y humildes confesores. »

© Biblioteca Nacional de España

Predicaba á todos la resignacion, el valor, la union, y con lágrimas en los ojos pedia á los hermanos que elevasen á Dios sus oraciones para que ella obtuviera la muerte que debia libertarla.

Tampoco faltaban paganos que venian á seducir á los presos con bellas promesas ó á insultar lo que ellos llamaban sus vanas esperanzas. Blandina les hablaba con dulzura, pero con la fe mas profunda y una completa libertad; y los paganos conmovidos debian comprender que aquella mujer no temia nada de los hombres y lo esperaba todo de Dios. Preguntábanse en vista de esto, de dónde procedia aquella fuerza que ellos no tenian, y cómo era que aquella débil criatura, sola y sin apoyo, desafiaba á la injusticia y la violencia con mas firmeza y energia que demostraron nunca sus Escipiones y sus sabios sostenidos por un ejército. En el espectáculo de la grandeza moral hay un contagio sagrado; entre aquellos paganos que se presentaban alli por curiosidad, quizas hubo mas de uno que entró en presencia de

© Biblioteca Nacional de España

Blandina como enemigo de la fe y salió ya cristiano de corazon.

Por fin llegó la carta de Marco Aurelio que ordenaba la muerte, y el procónsul, queriendo honrar al emperador y que la venganza fuese mas solemne, esperó uno de los dias en que se congregaba la asamblea de la provincia. Sentado en su tribunal, rodeado de sus lictores y de sus guardias en medio de una pompa teatral, hizo comparecer á los cristianos, y despues de dirigirles nuevas amenazas y nuevas súplicas, leyó á cada uno de ellos su sentencia de muerte. En el acto decapitaron á los ciudadanos romanos, y en cuanto á los demas, contándose entre estos Blandina, se reservaron para las fieras. Atalo tambien fué reservado para el anfiteatro, no obstante su condicion de ciudadano romano, á fin de que la ignominia del suplicio fuese un castigo mas para lo que el procónsul llamaba loca obstinacion, y nosotros llamamos hoy la fe de un cristiano.

El dia prefijado, el pueblo invadió el vasto anfiteatro gritando para que entregasen los cristia-

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

nos á los leones. Cuando abrieron las rejas se hizo un profundo silencio y entónces aparecieron Atalo, Blandina y un niño de quince años llamado Póntico. Como los que le habian precedido, Atalo sufrió todos los tormentos que pidió el capricho ó la sangrienta embriaguez de la muchedumbre. Tambien él, despues de haber sido apaleado y entregado á las fieras, debió sentarse en la silla de hierro enrojecida, y áun en medio del suplicio le perseguian la injuria y la calumnia. Echáronle en cara que devoraba criaturas; y él, volviéndose desdeñosamente hácia los cobardes que le ultrajaban y mostrándoles sus tostados miembros, les decia : « Aquí teneis lo que se llama devorar hombres. En cuanto á nosotros, léjos de devorar criaturas, no hacemos daño á nadie. » Y como le preguntaran el nombre de su Dios, respondió : « Dios no tiene nombre como le tenemos los mortales. » Despues de esto murió.

Reservaron para el fin á Póntico y á Blandina, una mujer y un niño. Entrambos habian debido asistir á todos los suplicios, pues los verdugos se

© Biblioteca Nacional de España

prometian que la vista de tamaños dolores espantaria y dominaria á unas almas tan tiernas y sensibles; sin contar con que les suplicaban que jurasen por las imágenes de los dioses, pues comprendian toda la odiosidad de ensañarse asi al mismo tiempo con la flaqueza y la inocencia. Todo fué inútil; la mujer y el niño eran cristianos. La muchedumbre acabó por enfurecerse y no quiso tener consideraciones ni con la edad ni con el sexo. Principiaron por el niño y el pueblo pidió que le aplicaran todos los suplicios. Resistió á todas las pruebas, á los palos y á los animales, y en medio de los tormentos que le destrozaban, se oia la voz de Blandina que animaba á su jóven hermano á sufrir dolores de un instante para conquistarse una gloria que no se acabaria nunca. Ni amenazas ni golpes contenian á la cristiana: era una madre que queria dar á su hijo la vida eterna. Póntico resistió todo el tiempo que se lo permitieron sus fuerzas y exhaló el postrer suspiro sonriendo á Blandina.

Muerto el niño y en el seno de Dios, vieron á

© Biblioteca Nacional de España

Blandina dirigirse hácia las fieras del anfiteatro, no como una cautiva que va á la muerte, sino como una desposada que va á ocupar su puesto en el festin nupcial. Por órden del pueblo la colgaron en una red y así la expusieron á un toro furioso. Tres veces el animal con sus terribles astas lanzó por los aires á la pobre Blandina, y tres veces la pisoteó para saciar su rabia sobre la víctima que le entregaban; pero no por eso se oyeron quejas ni lloros, y si solo algunas palabras de oraciones, una invocacion al Cristo salvador. Por fin la sacaron de la red medio muerta y la degollaron como se degüella á un cordero en el altar.

Habia concluido el espectáculo; pero habia cesado con él la embriaguez de la muchedumbre, y el pueblo salió en silencio, sin arrojar al cielo el nombre de César. Todos se decian que jamas ninguna mujer habia soportado tales suplicios con un valor tan indómito, y el procónsul, que temblaba ante los servidores de César, se preguntaba qué era pues la nueva religion, que liberta la

© Biblioteca Nacional de España

conciencia, quita todo miedo, da la libertad en medio de los hierros, y pone á una esclava á un nivel mas alto que el del emperador.

Blandina no tenia ya nada que temer de los hombres, y al contrario, ella era quien hacia temblar ahora á los ministros de César. Aquellos sangrientos despojos, aquellos restos de carne y de huesos que se habian librado de la voracidad de las fieras y del hierro de los verdugos, hé ahí lo que temia el procónsul, pues eran tesoros que se disputaban los cristianos. Habia fieles que ofrecian su fortuna para obtener aquellas santas reliquias, y si se las negaban, se deslizaban en la sombra de la noche para arrebatar lo que valia para ellos mas que el oro. No ignoraban los magistrados que si no podian conseguir el cadáver, se disputarian cada uno de los cabellos de Blandina y que todo poseedor de un cabello seria un nuevo amigo de la verdad, un nuevo enemigo del despotismo imperial. Este era el gran peligro para todos aquellos verdugos, á quienes asustaba el pálido semblante de la desdi-

© Biblioteca Nacional de España

chada mujer que habian despedazado horriblemente.

Durante seis dias expusieron los restos de los mártires á todas las injurias del tiempo y á todos los ultrajes de los hombres, y el séptimo dia los quemaron y arrojaron sus cenizas al Ródano. De este modo creian los paganos que desafiaban á Dios é impedian la resurreccion que los cristianos esperaban; querian arrebatar á los fieles toda esperanza, quitándoles al mismo tiempo todo recuerdo. ¡Oh fuerza impotente! Sus violencias eran hijas del temor. Han trascurrido siglos, el paganismo cayó, el nombre de los verdugos ha desaparecido en la execracion pública, y se conserva vivo y glorioso el de Blandina. La Iglesia ha hecho una santa de la bondadosa y esforzada víctima, y en tanto que haya fieles en el mundo, el grito de Blandina continuará siendo la divisa de la sociedad cristiana: *Somos cristianos y no hacemos mal ninguno*, bellas y santas palabras dignas de meditarse siempre.

De esta manera pues, la pobre esclava Blandi-

© Biblioteca Nacional de España

na, gracias á su fe, á su amor á la verdad y á su sacrificio, ha merecido vivir en la historia; y miéntras haya mujeres cristianas, todas respetarán su memoria, admirarán el ejemplo de la heroina cristiana que del seno de su debilidad y de sus miserias nos grita que cumpliendo con el deber la criatura se eleva siempre; que la verdadera grandeza del hombre reside en su alma, y que jamas debe uno envilecerla, porque está hecha por Dios y á su imágen y solo á Dios pertenece.

© Biblioteca Nacional de España

LA SABIDURIA

DE LAS NACIONES

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA SABIDURIA

DE LAS NACIONES

ó

LOS VIAJES DEL CAPITAN JUAN

I

EL CAPITAN JUAN.

Cuando yo era niño (largo tiempo hace de esto), habitaba en una hermosa casa de campo que poseia mi abuelo á orillas del Sena. Recuerdo muy bien que teniamos en la vecindad un singular personaje á quien llamaban el capitan Juan, marino retirado que, segun decian, habia dado cinco ó

© Biblioteca Nacional de España

seis veces la vuelta al mundo. Aun se me figura que le estoy viendo. Era un hombre grueso y rechoncho, de semblante amarillo y arrugado, de nariz engarabitada como el pico de un águila, bi-

gotes canos y grandes pendientes de oro. Vestia siempre del mismo modo: en el verano de blanco de piés á cabeza, con un ancho sombrero de paja, y en el invierno de azul, con sombrero de hule, zapatos con hebilla y medias jaspeadas. Vivia

© Biblioteca Nacional de España

solo, sin mas compañía que la de un perrazo negro y jamas hablaba con nadie. Asi era que le miraban como un espantajo para los chiquillos. Cuando yo no era juicioso mi criada me amenazaba con el horrible vecino, y ante esta amenaza recobraba como por encanto la obediencia.

Y á pesar de esto, me sentia yo atraido por el capitan. No me atrevia á mirarle á la cara, pues me parecia que salia una llama de sus ojillos escondidos entre sus gruesas cejas mas blancas aún que sus bigotes; pero le seguia á cierta distancia, y sin saber cómo, siempre me encontraba en su camino. Consistia esto en que el marino no era un hombre como todos los demas. Pasaba las mañanas en un prado de mi abuelo sentado á la orilla del agua, pescando con caña y contentísimo en esta ocupacion solitaria; y miéntras él estaba allí, inmóbil, espiando los pececillos, lanzaba yo suspiros de envidia porque me tenian prohibido que me acercase al Sena. ¡Qué gozo para mi cuando el capitan llamaba á su perro, le ponia en la boca un fósforo encendido y arreglaba tranqui-

© Biblioteca Nacional de España

lamente su pipa mirando á Fiel que se asustaba de lo lindo! Era este un espectáculo que me divertia mucho mas que el de aprender mis lecciones.

A los diez años se deja conocer lo que se siente, y el capitan observando mi admiracion, adivinó la ambicion que me devoraba. Un dia pues, que levantado de puntillas, miraba yo por encima del hombro del pescador, conteniendo mi aliento, y seguia los movimientos de la caña que paseaba por la corriente, el capitan me dijo con una voz que resonó en mi oido como un cañonazo :

— Niño, acércate; me parece que eres aficionado. Si me respondes de estarte quieto durante quince minutos, toma esta caña y vamos á ver cómo te las gobiernas.

Dificil me seria explicar lo que pasó en mi alma ; otros placeres he tenido en mi vida; pero jamas una emocion como aquella. Me sonrojé y acudieron lágrimas á mis ojos, en tanto que me sentaba en la yerba y tomando la caña que me habia lanzado el marino, me quedaba mas inmó-

© Biblioteca Nacional de España

bil que Fiel y mirando á su amo con una gratitud no menor que la del perro. Arrojado el anzuelo tembló el corcho.

— ¡Atencion! me dijo en voz baja el capitan, algo ha caido. Despacito ahora, alarga y tira poco á poco, que se canse ese huésped.

Obedeci y muy luego saqué fuera del agua un hermoso barbo con bigotes tan blancos y casi tan largos como los del capitan. ¡Dia glorioso, victoria incomparable, ningun otro triunfo te ha podido borrar de mi memoria!

Desde aquella hora afortunada me hice amigo del capitan. El dia siguiente se empeñó en que yo le tuteara y me llamaba su marinero. Eramos inseparables; ántes le habrian visto sin su perro, que sin mi compañia. Mi madre notó esta pasion naciente, y como el marino era un buen hombre, sacó partido de mi amistad. Cuando daba mal mi leccion de lectura, cuando echaba faltas de ortografia en lo que escribia, me impedian que fuese á ver á mi amigo; y lo mas cruel era que al dia siguiente tenia yo que explicarle la causa de mi

© Biblioteca Nacional de España

ausencia. ¡Dios sabe de qué manera juraba contra mi! Gracias á tan saludable terror, hice rápidos progresos, y si no cometo muchas faltas cuando escribo, lo debo al excelente hombre, que en cuanto á ortografía sabia ménos que yo.

Un dia que, no sin trabajo obtuve permiso para reunirme con él, y que llegaba con el corazon oprimido todavia por la reprimenda que acababa de recibir, le pregunté :

— Dime, capitan, ¿cuándo lees y escribes tú?

— Nunca, me respondió, por la sencilla razon de que no sé leer ni escribir.

— ¡Qué feliz eres! repuse; no tienes maestros, te entretienes todo el tiempo que te agrada y lo sabes todo sin haberlo aprendido.

— Eso de que no lo he aprendido, no te lo imagines, me dijo; lo que sé me cuesta caro y no quisieras tú mi sabiduria por el mismo precio.

— Si; pero el caso es que á tí no te han regañado nunca y que siempre has hecho lo que te ha parecido.

— Te engañas, hijo mio, me contestó suavi-

© Biblioteca Nacional de España

zando su bronca voz y mirándome con aire bondadoso; yo he tenido que hacer lo que otros han querido, y me ha cabido en suerte una maestra terrible que no da sus lecciones de balde, la experiencia. Te aseguro que tu madre es mucho mejor.

— ¿De modo que la experiencia te ha dado la sabiduría?

— No, porque yo no soy un sabio, pero me ha enseñado lo poco que sé. Tú, hijo mio, cuando lees un libro te aprovechas de la experiencia ajena, en tanto que yo lo he debido aprender con el sudor de mi cuerpo. Es verdad que no leo, lo cual es una desgracia para mi; mas poseo una biblioteca que tiene su valor, y está aquí, añadió pegándose en la frente.

— ¿Y qué es lo que hay en tu biblioteca?

— Un poco de todo; viajes, industria, medicina, proverbios, cuentos... ¿te ríes? Pues has de saber, hombrecillo, que suele haber mas moral en un cuento que en todas las historias romanas. La sabiduría de las naciones los ha inventa-

© Biblioteca Nacional de España

do y á todo el mundo ofrecen lecciones buenas y provechosas con aplicacion á grandes y chicos, á jóvenes y viejos.

— Si me quisieras contar uno ó dos, capitan, yo tambien me aprovecharia muy gustoso de tales lecciones.

— Pues sí, en verdad, respondió el marino; pero te advierto que yo hablo como Dios me da á entender, sin entretenerme en hacer frases; te diré mis cuentos segun me los contaron, añadiendo con qué motivo fué y qué utilidad saqué de ellos. Escucha la historia de mi primer viaje.

© Biblioteca Nacional de España

II

PRIMER VIAJE DEL CAPITAN JUAN.

Doce años tenia yo y residia en Marsella mi ciudad natal, cuando me embarcaron en clase de grumete á bordo de un hermoso bergantin mercante que llamaban la *Bella Emilia*. Ibamos al Senegal con un cargamento de esa tela azul que llaman guinea, y debiamos volver con oro en polvo, colmillos de elefante y cacahuetes. En los quince primeros dias no ocurrió en el viaje nada

© Biblioteca Nacional de España

de particular; apénas me acuerdo de otra cosa que de los garcetazos que me administraban sin contarlos, diciéndome que asi se me formaria el carácter y se despertaria mi inteligencia. Hácia la tercera semana el bergantin se aproximó á las costas andaluzas, y una tarde echaron el ancla á corta distancia de Almeria. Al anochecer el segundo comandante tomó la escopeta para entretenerse en tirar á las golondrinas que yo no veia porque el sol se habia puesto hacia rato. Por casualidad habia otros cazadores no ménos obstinados que se paseaban á lo largo de la playa y de tiempo en tiempo disparaban contra las invisibles golondrinas. De repente echan el bote al mar, me arrojan dentro y me ocupan en recibir y arreglar fardos que nos trasladaban del buque, despues de lo cual tienden la vela y se dirigen hácia tierra sin meter ruido. No comprendia lo que significaba aquel paseo en una noche oscura; pero un grumete no debe hacer reflexiones, sino obedecer sin chistar, pues en otro caso la garceta siempre está pronta.

© Biblioteca Nacional de España

El bote arribó á una playa desierta léjos del puerto de Almería. El segundo, que nos mandaba, empezó á silbar, le respondieron y muy luego pude oir pisadas de hombres y de caballos. Desembarcaron los bultos, los cargaron en caballos, asnos y mulas que se encontraban allí muy oportunamente, y nuestro jefe, despues de haber dicho á los marineros que le esperasen hasta el amanecer, emprendió la marcha y me mandó que le siguiera. Efectivamente, encaramado en una mula entre dos cestos, marché yo tambien sin saber adonde.

Al cabo de una hora divisaron una lucecita y á ella se dirigieron. Una voz gritó : *¡Quién vive!* y respondieron : *Los ancianos*. Se abre una puerta y entramos en una posada habitada por gente que no tenia una traza muy católica. Muy luego supe que eran gitanos y contrabandistas. Asi pues, haciamos un comercio prohibido que nos exponia á la pena de presidio; pero lo que es á mi no me habian consultado.

El capitan entró con los gitanos en una sala

© Biblioteca Nacional de España

baja cuya puerta cerraron y me dejaron solo con una vieja que preparaba la cena, la bruja mas fea que he visto en toda mi vida. Me asió de un brazo, me miró con fijeza miéntras temblaba yo en todos mis miembros, y cuando me hubo examinado bien me habló, y observé sorprendido

que su galimatías se parecia mucho al dialecto marsellés. Me ató una servilleta de cocina en torno del cuerpo, me hizo sentar á su lado en un banquillo y arrojándome un pollo me mandó que le desplumara.

Un grumete debe saberlo todo si no quiere ser apaleado; y así fué que me puse á arrancar plu-

© Biblioteca Nacional de España

mas al animal imitando lo mejor posible á la vieja que se ocupaba en lo mismo. De tiempo en tiempo me animaba con una sonrisa, enseñándome cada vez tres grandes dientes amarillos y mellados, único tesoro que la quedaba en la boca. Desplumados los pollos, hubo que picar cebollas, mondar ajos y preparar el pan y la carne. Yo me apliqué todo lo que pude, tanto por amistad como por amor á la vieja.

Cuando se concluyeron todos los preparativos pregunté á la horrible mujer si estaba contenta.

— Si, me contestó, eres un buen muchacho y mereces premio.

Me tomó la mano, la dió vueltas, y estudió todas las lineas como si me fuese á decir la buenaventura.

— Basta, basta, exclamé; yo soy cristiano y no creo en brujerias.

— Pues haces mal, hijo mio, porque yo te habria dicho muchas cosas; pobre y vieja como soy, pertenezco á un pueblo que todo lo sabe. Los gitanos oimos voces que se os escapan; hablamos

© Biblioteca Nacional de España

con los animales de la tierra, con los pájaros del cielo y con los peces del mar.

— ¿De modo que me podriais contar la vida y milagros de ese pollo que acabo de desplumar? la pregunté sonriendo.

— No, contestó la vieja, no me he tomado el trabajo de escucharle; pero si quieres, te contaré la historia de su hermano, y aprenderás en ella que tarde ó temprano el pecado no se queda sin castigo, y que es una cosa muy mala la ingratitud.

Pronunció estas últimas palabras con una voz tan sombría que me estremeci, y seguidamente comenzó su cuento.

© Biblioteca Nacional de España

III

HISTORIA DE QUIQUIRIQUI (1).

Érase una hermosa gallina que vivia como una señorona en el corral de un rico labrador, rodeada de numerosa familia, que piaba en su derredor, siendo el mas chillon de todos y el que la arrancaba mas pronto la comida de la boca, un

1. Esta historia muy popular en España, se encuentra con algunas diferencias en *la Gaviota*, una de las mas bonitas novelas de Fernan Caballero.

(*Nota del Autor.*)

© Biblioteca Nacional de España

polluelo estropeado y disforme. Justamente este polluelo era el preferido de la madre, porque asi son todas, eligen por favoritos á los mas feos. El aborto en cuestion no tenia enteros mas que un ojo, una pata y un ala; parecia que Salomon hubiese ejecutado la memorable sentencia sobre Quiquiriqui (que asi se llamaba el triste animalejo) cortándole en dos mitades con el filo de su famosa espada. Diriase que el individuo cojo, tuerto y manco debe aprovechar la ocasion para ser modesto; pero es el caso que Quiquiriqui era mas orgulloso que su padre, el gallo mejor armado, mas soberbio y galano de todos cuantos han podido verse de Búrgos á Madrid. Creiase un dechado de gracia y de hermosura y pasaba largas horas mirándose en el arroyo. Cuando alguno de sus hermanos le tropezaba por casualidad, al momento buscaba contienda, le llamaba envidioso y ruin y exponia en la pelea el único ojo que le quedaba; y cuando las gallinas piaban al verle, decia que era para ocultar su despecho, porque él no se dignaba ni mirarlas siquiera.

© Biblioteca Nacional de España

Un dia que su vanidad se le subió á la cabeza mas que de costumbre, dijo á su madre :

— Escúchame, madre mia; yo me aburro en España y quiero trasladarme á Roma para ver al papa y á los cardenales.

— ¡Qué ocurrencia, hijo mio ! exclamó la pobre gallina ; ¿ quién te ha metido en la cabeza esa locura? Jamas ningun individuo de nuestra familia ha salido del pais y por eso somos la honra de nuestra raza ¡y podemos enseñar nuestra genealogía. ¿En dónde encontrarás tú un corral como este, con moreras para abrigarte, un estercolero magnífico, gusanos y granos por todas partes, hermanos que te aman y tres perros que te guardan del zorro? ¿Crees tú que hasta en Roma no echarás de ménos la abundancia y el descanso de la vida que aqui llevas?

Quiquiriqui hizo un movimiento como queriendo encoger el alon que le faltaba en señal de desden y contestó diciendo :

— Madre mia, eres una buena mujer y todo le parece insoportable al que jamas ha salido de

© Biblioteca Nacional de España

su estercolero; pero yo tengo ya bastante inteligencia para comprender que mis hermanos carecen de idea y que mis primos son unos palurdos de primer órden. Mi genio acabaria por ahogarse en este agujero y me propongo correr mundo y hacer fortuna.

— Pero, hijo mio, replicó con acento triste la infeliz madre, ¿te has mirado alguna vez en el charco? ¿Ignoras que te faltan un ojo, una pata y un ala? Para hacer fortuna se necesitan ojos de zorro, patas de araña y alas de buitre. En cuanto salgas de aqui eres perdido.

— Madre mia, repuso Quiquiriquí, cuando una gallina cria un pato, se asusta siempre que le ve correr al agua. Asi eres tú: no me conoces. Está en mi naturaleza el progresar por mi talento y mi ingenio, yo necesito un público capaz de comprender lo que valgo; no he nacido yo para vivir entre gente de poco más ó ménos.

Cuando vió la gallina que todos los sermones eran inútiles, dijo á Quiquiriquí:

— Hijo mio, escucha siquiera los últimos con-

© Biblioteca Nacional de España

sejos de tu madre. Si vas á Roma, trata de no pasar por delante de la iglesia de San Pedro, pues parece ser que el santo bendito no quiere mucho á los gallos, sobre todo cuando cantan. Huye tambien de ciertos personajes que llaman cocineros y pinches, que reconocerás por el gorro blanco que llevan, el delantal recogido y el cuchillo pendiente de la cintura. Son asesinos con diploma que nos persiguen sin piedad y nos retuercen y cortan el pescuezo sin darnos tiempo

para decir : *¡Miserere!* Y ahora, hijo mio, añadió levantando la pata, recibe mi bendicion y que Santiago, el patron de los peregrinos, te proteja.

© Biblioteca Nacional de España

Quiquiriquí hizo como que no veia una lágrima que asomaba por el ojo de su madre, y sin acordarse tampoco de su padre, que sin embargo enderezaba la cresta y parecia llamarle; sin cuidarse para nada de los que dejaba en el corral, se deslizó por la puerta entreabierta, sacudió su ala y cantó tres veces para celebrar su libertad: *¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!*

Corriendo por el campo á saltos y á vuelos, llegó al cauce de un Arroyo que el sol habia secado. Sin embargo, áun se veia en medio de la arena una hebrita de agua, pero tan delgada que la detenian al paso dos hojas caidas.

Cuando el Arroyo distinguió al viajero le habló este lenguaje:

— Amiguito, ya ves como me encuentro; no me quedan fuerzas ni para arrastrar estas hojas que atajan mi camino, y ménos puedo dar un rodeo porque estoy extenuado. De un picotazo, si quieres, me devolverás la vida. No soy ingrato, y si me prestas este servicio puedes contar con mi gratitud el primer dia de lluvia, cuando el

© Biblioteca Nacional de España

agua del cielo me haya restituido toda mi fuerza.

— ¡Te burlas de mi! exclamó Quiquiriqui; ¿tengo yo la traza de un barrendero de arroyo? Anda á pedir favores á gente de tu especie.

Y con la pata que tenia buena saltó por encima de aquel resto de agua, sin hacer caso de sus lamentaciones.

— Te acordarás de mi cuando ménos lo pienses, murmuró el Arroyo; pero con voz tan débil que no le oyó el orgulloso.

Un poco mas allá nuestro gallito se encontró con el Viento que estaba jadeante y abatido.

— Querido Quiquiriqui, le dijo, acude en mi auxilio, en el mundo nos necesitamos unos á otros. Ya ves como me tiene el calor del dia, me mata la canícula, á mi, que en tiempos mejores arranco los olivos y alboroto los mares. Me he dormido con el aroma de estas rosas que me sirvieron de

BIBLIOTECA NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

juguete, y hé aquí que me encuentro casi desmayado. Si quisieras alzarme á dos pulgadas del suelo con tu pico y darme un poco de aire con tu ala, recobraria fuerzas para levantarme hasta esas nubes blancas que van por allá arriba impelidas por uno de mis hermanos y recibiria de mi familia algun socorro para vivir hasta que sobrevenga el primer huracan.

— Monseñor, respondió el maldito Quiquiriquí, Vuecencia se ha divertido mas de una vez en jugarme malas pasadas; áun no hace ocho dias que se deslizó Vuecencia como un traidor por detras de mi; se divirtió en abrirme la cola en abanico y me cubrió de confusion y de vergüenza á la faz de las naciones. Paciencia pues, amigo mio, á cada cual su turno, y es bueno que los burlones hagan penitencia y aprendan á respetar á ciertos personajes que por su nacimiento, su hermosura y su inteligencia deberian estar al abrigo de las bromas de un necio.

Y sobre esto Quiquiriquí, pavoneándose, se puso á cantar tres veces con su voz mas bronca :

© Biblioteca Nacional de España

¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí! y pasó adelante con fiereza.

En un campo recien segado donde los labradores habian quemado cizaña y otras yerbas acabadas de arrancar, se elevaba una columnilla de humo del monton de cenizas que habia quedado. Quiquiriquí se acercó á picotear y vió una llamita que ennegrecia algunos tallos verdes aún sin poder encenderlos.

— Amigo mio, gritó la Llama á Quiquiriquí, llegas á propósito para salvarme la vida, pues me muero por falta de alimento. No sé qué es lo que hace mi primo el viento que á menudo descuida su obligacion; tráeme algunas pajas secas para reanimarme, y cuenta con que no soy ingrato.

— Voy á darte el pago que mereces, insolente que te atreves á dirigirte á mí, pensó Quiquiriquí.

Y hé aquí que se le ve saltar sobre el monton de cenizas y de yerbas húmedas y pisotea tan fuerte, que no se vuelve á oir el chisporroteo de

© Biblioteca Nacional de España

la Llama ni sale ya mas humo. Despues de esto el gallito, siguiendo su costumbre cantó tres veces : *¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!* y dió las aletadas como si hubiese llevado á cabo las hazañas de Amadis.

Corriendo y cantando llegó á Roma, adonde conducen todos los caminos, y una vez dentro de la ciudad marchó en derechura á la hermosa iglesia de San Pedro. No pensó por cierto en admirarla, sino que se plantó enfrente de la puerta principal y aunque en medio de la columnata, no pareciese mas grueso que una mosca, se alzó sobre su espolon y lanzó su eterno *¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!* nada mas que por hacer rabiar al santo y por desobedecer á su madre.

No habia concluido cuando un suizo de la guardia del Padre Santo que le oyó cantar, echó

© Biblioteca Nacional de España

mano al insolente y se lo llevó á su casa para hacer con él su cena.

— Dame agua hirviendo, dijo el suizo enseñando el gallo á su ama de llaves, que voy á desplumar al instante á este penitente.

— ¡Agua mia, exclamó el gallo, Agua tan bondadosa y tan bella, la cosa mejor que hay en el mundo, ten piedad de mí y no me escaldes!

— ¿La tuviste tú de mi cuando te imploré en vano, ingrato? exclamó el Agua que hervia de ira.

Y de un golpe le inundó de arriba abajo y no le dejó en el cuerpo ni señales de pluma.

El suizo tomó entónces al desdichado gallo y le plantó en las parrillas.

© Biblioteca Nacional de España

— ¡Fuego, no me abrases, exclamó Quiquiriqui, tú tan brillante, hermano del sol, primo del diamante, modera tu ardor, suaviza tu llama, ten compasion de un desgraciado!

— ¿La tuviste tú de mí cuando te imploré en vano, ingrato? exclamó el fuego que chisporroteaba de ira.

Y de una llamarada le carbonizó.

Cuando el suizo le vió en tan triste estado, agarró al pollo de una pata y lo tiró á la calle. El viento se lo llevó hasta un monton de basura.

— ¡Oh Viento! murmuró Quiquiriqui que respiraba todavía, céfiro bienhechor, soplo protector, estoy bien arrepentido de mis locuras; déjame reposar en el estercolero paterno.

— No mereces reposo, contestó el Viento; y vas á ver cómo yo trato á los ingratos.

Y de un soplo le envió tan alto por los aires, que Quiquiriqui, cuando cayó, se quedó enganchado en la punta de un campanario.

Allí le esperaba San Pedro. Con sus propias manos el santo clavó á Quiquiriqui en el campa-

© Biblioteca Nacional de España

nario mas alto de Roma. Aun en el dia es un objeto de curiosidad para los forasteros, y por alto que esté, todos le desprecian porque gira al menor viento. Se le ve negro, seco, desplumado, azotado por la lluvia, y no se llama ya Quiquiriqui, sino Veleta; de cuyo modo paga y pagará eternamente su desobediencia á su madre, su vanidad, su insolencia, y sobre todo la maldad de que siempre hizo alarde.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

IV

LA GITANA.

Cuando la vieja concluyó su cuento llevó la cena al jefe y á sus amigos, y yo, ayudándola en su tarea, puse sobre la mesa dos botas llenas de vino, despues de lo cual me volví á la cocina con la gitana y comimos.

Hacia rato ya que habiamos acabado y conversaba yo amistosamente con la vieja, cuando de repente oimos ruido, imprecaciones y juramentos

© Biblioteca Nacional de España

en la sala donde cenaban. El jefe apareció luego teniendo en la mano el hacha que llevaba colgada del cinto y amenazando á sus compañeros de mesa, todos ellos con el puñal medio escondido en la mano. Disputaban por sus cuentas, pues uno de los contrabandistas no queria entregar un talego de duros, y la codicia y la embriaguez impedian que se pusieran de acuerdo.

Lo mas singular es que venian á buscar á la vieja para que allanara la cuestion. La vieja tenia sobre todos aquellos hombres mucha autoridad, debida seguramente á su fama de bruja: la despreciaban, pero la temian. La gitana escuchó todos aquellos gritos que se cruzaban, luego contó por los dedos los fardos y los duros, y por fin declaró que no tenia razon el jefe.

— ¡Maldita! exclamó este; tú vas á pagar por todos esos ladrones.

Y levantó su hacha. Yo me interpuse para detener su brazo y recibí un golpe que me estropeó el dedo pulgar para todo lo restante de mi vida. Primera leccion que me vendia la experiencia y

© Biblioteca Nacional de España

que me inspiró el horror á la embriaguez que he conservado siempre.

Furioso porque no acertó á su víctima me sacudió una patada que me envió á rodar por el suelo; y ya se arrojaba de nuevo sobre la vieja, cuando de repente se detiene, se lleva las manos al vientre, se saca de él un largo puñal ensangrentado, y cae exclamando que es un hombre muerto.

Esta terrible escena fué instantánea.

Un rato hubo silencio en torno del cadáver; pero luego se repitieron los gritos, aunque en una lengua que yo no entendia, la lengua de los gitanos. Uno de los contrabandistas señalaba el talego de dinero, otro me sacudia por el cuello como si quisiera ahogarme, otro me asia del brazo y me tiraba hácia él, y en medio del alboroto la vieja iba y venia, gritaba mas que nadie, se llevaba las manos á la cabeza y luego levantaba mi mano y mostraba mi dedo pulgar chorreando sangre y casi desprendido. Entónces comencé á comprender. Seguramente habia allí contraban-

© Biblioteca Nacional de España

distas deseosos de aprovechar la ocasion, y queriendo hacerse con baratura de todo lo que llevábamos, proponian desembarazarse de mi persona y quedarse con la plata. Iba yo á pagar con pena

de muerte la falta de encontrarme, á pesar mio, entre mala gente : otra leccion que me salió cara, pero que me sirvió de escarmiento.

Por fortuna la vieja ganó la partida. Uno de los bribones que por su figura patibularia se ha-

© Biblioteca Nacional de España

bria dado á conocer entre aquellos hombres de bien, se constituyó en mi defensor, me puso á su lado con la gitana, y empuñando el hacha del jefe pronunció un discurso que escuché muy atento sin entender palabra, aunque no obstante le habria podido traducir asi : « Ese muchacho ha salvado á mi madre y le tomo bajo mi amparo : el primero que le toque morirá á mis manos. »

Era la única elocuencia que me podia salvar. Un cuarto de hora despues de todo aquel ruido me habian curado la herida con pólvora y aguardiente y me habian montado en una mula; en uno de los serones iba el talego de duros y delante de mi habian puesto unas alforjas que colgaban por ambos lados. Mi salvador me acompañaba armado con un par de pistolas.

Llegados á la playa el gitano llamó al capitan que estaba en el bote y tuvo con él en tierra una conversacion viva y animada. Despues me abrazó, me entregó el dinero y me dijo :

— El *rumí* (1) paga el bien con el bien y el

1. Tal es el nombre que se dan entre sí los gitanos.

© Biblioteca Nacional de España

mal con el mal; no digas una palabra de lo que has visto si quieres conservar tu pellejo.

Entónces entré en el bote con el capitan que mandó arrojar á un rincon el talego que le llevaron dos marineros. Una vez á bordo, me enviaron á la cama, donde me costó trabajo dormirme, hasta que al fin y al cabo el cansancio venció á la agitacion y me quedé como un tronco. Al otro dia eran las doce cuando me desperté. Temí que me castigaran, pero supe que no habian levantado el ancla por causa de una desgracia acaecida á bordo: me dijeron que el segundo comandante se habia muerto repentinamente de un ataque de apoplegía por haber bebido aguardiente con exceso, y que aquella misma mañana le habian arrojado al mar cosido en un saco y con una bala de cañon á los piés. Nadie sintió su muerte porque era un hombre malvado y aprovecharon todos de la parte que le correspondia en la expedicion. Una hora despues se daban á la vela con rumbo á Málaga y á Gibraltar.

© Biblioteca Nacional de España

V

CUENTOS NEGROS.

En lo restante del viaje no ocurrió nada. Seguro de mi discrecion el capitan me cobró amistad, y cuando saltamos á tierra en San Luis del Senegal, me conservó á su servicio y vivia con él.

Nada descuidé de cuanto podia instruirme miéntras permaneci en aquel pais nuevo. Los negros que nos rodeaban hablaban una lengua que nadie queria tomarse el trabajo de aprender.

© Biblioteca Nacional de España

— Son salvajes, repetia mi capitan.

Y con esto estaba dicho todo.

Yo que siempre andaba dando vueltas por la ciudad, pronto me hice amigos entre aquellos negros mansos. A médias palabras y con señales acabábamos por entendernos, y charlaba con ellos tan á menudo de una cosa y otra que llegué á hablar su jerigonza, lo mismo que si hubiese venido al mundo con una piel de topo. Dice un proverbio que el hombre que se embarca sin saber la lengua del pais adonde va, no va de viaje, sino á la escuela. El proverbio tenia razon, y la experiencia me hizo comprender que no son tontos los negros como el capitan suponia.

Entre los que veia yo con mas frecuencia se contaba un sastre muy aficionado á charlar y que no perdia ninguna ocasion de demostrarme que los negros eran mas astutos que los blancos.

— ¿Sabes cómo me he casado yo? me preguntó un dia.

— No, le respondí; sé que tu mujer es una de

© Biblioteca Nacional de España

las mejores obreras de San Luis, pero ignoro las circunstancias de tu eleccion.

— Fué ella quien me eligió á mi, replicó el negro, y esto solo te probará la sensatez de que gozan nuestras mujeres. Escucha mi historia que te interesará.

La historia del sastre.

Un sastre (mi futuro suegro) tenia una hija casadera tan guapa, que la solicitaban todos los mozos. Dos rivales (uno de ellos conoces) se presentaron un dia delante de la muchacha y la dijeron :

— Por ti estamos aquí.

— ¿Y qué me quereis ? exclamó ella sonriendo.

— Los dos te amamos, prosiguieron los jóvenes, y cada uno de nosotros desea casarse contigo.

Como era una chica bien educada, llamó á su padre que escuchó á entrambos pretendientes y les dijo :

© Biblioteca Nacional de España

— Retiraos ahora porque es tarde ya, y volved mañana, que entónces sabreis cuál de los dos se llevará mi hija.

El dia siguiente al amanecer los dos mancebos estaban otra vez en casa del sastre.

— Aqui nos teneis, le gritaron; venimos á recordaros lo que nos habeis prometido ayer.

— Esperad un poco, contestó; tengo que ir al mercado á comprar una pieza de paño, y cuando la traiga sabreis lo que espero de vosotros.

Efectivamente volvió el sastre, llamó á su hija y habló en estos términos á los dos pretendientes:

— Sois dos y yo no tengo mas que una hija. ¿A quién se la doy? ¿A quién se la niego? Vamos á hacer una cosa: de esta pieza de paño cortaré dos vestidos enteramente iguales, cada uno de vosotros coserá uno y el que primero concluya será mi yerno.

Los rivales tomaron la tarea y se dispusieron á coser en presencia del maestro. El padre llamó á su hija y la dijo:

© Biblioteca Nacional de España

— Aquí tienes hilo, prepáralo para esos dos obreros.

La muchacha obedeció á su padre, tomó el hilo y se sentó al lado de los jóvenes.

Pero la chica era astuta : el padre no sabia á quien amaba ni los mozos tampoco, pero ella si

lo sabia perfectamente. Salió el sastre; ella preparó el hilo y los pretendientes se pusieron á coser. Mas hé aquí lo que sucedia : la muchacha daba hebras cortas á aquel á quien amaba (ya me entiendes) y largas al que no queria. Lo que es ellos cosian con furor; á las once apénas llega-

© Biblioteca Nacional de España

ban á la mitad de la tarea; pero á eso de las tres de la tarde, el mozo de las hebras cortas tenia concluida su obra, en tanto que al otro le faltaba mucho que hacer todavía.

Cuando volvió el sastre el vencedor le presentó el vestido terminado, en tanto que su rival seguia dando puntadas.

— Hijos mios, exclamó el padre, no queriendo favorecer ni al uno ni al otro de vosotros, corté mi pieza de paño en dos porciones iguales y os dije: El que primero acabe ese será mi yerno. Asi lo comprendisteis, ¿no es verdad?

— Padre, respondieron los dos jóvenes, comprendimos tu palabra y aceptamos la prueba; lo hecho bien hecho está.

El raciocinio del padre habia sido este: el que acabe primero será el mas diestro y por lo tanto sostendrá mejor la casa; pero no habia podido sospechar que su hija daria hebras cortas al que amaba y largas al otro. Con su malicia decidió la prueba, y ella fué quien se eligió el esposo.

Y ahora, ántes de referir mi historia á las be-

© Biblioteca Nacional de España

llas damas de Europa y de América, pregúntalas lo que habrian hecho en lugar de la negra, y mas de una se verá en apuro para contestarte.

Miéntras el sastre me contaba su historia, habia entrado su mujer y trabajaba sin decir palabra, como si no se tratase de ella en el cuento.

— No me parecen tontas las mozas del pais, la dije yo riendo; hasta creo que tienen mas astucia que sus maridos.

— Es porque nuestras madres nos dan buenas lecciones, me respondió; todas nosotras conocemos el cuento de la comadreja.

— ¿Qué cuento es ese? Quisiera oirle y se le contaria á mi mujer, si es que me caso.

— Pues le vais á oir, escuchadme.

La comadreja y su marido.

La Comadreja dió á luz un hijo y llamando á su marido le dirigió estas palabras:

— Búscame pañales como á mi me gustan y tráemelos.

© Biblioteca Nacional de España

El marido oyó á su mujer y la preguntó:

— ¿Qué pañales son esos que á ti te gustan?

Y respondió la Comadreja:

— Quiero una piel de elefante.

El pobre marido se quedó estupefacto ante semejante exigencia y hubo de preguntar á su cara mitad si por acaso, no habia perdido la cabeza. La Comadreja, á guisa de contestacion, le arrojó la criatura á los brazos y salió inmediatamente. Fué á buscar al Gusano, y le dijo:

— Compadre, mi tierra está llena de yerba; ayúdame á removerla un poco.

Y cuando vió al Gusano escarbando, la Comadreja llamó á la Gallina y la dijo:

— Comadre, mi yerba está plagada de gusanos y necesito tu auxilio.

La Gallina echó á correr, se comió el Gusano y se puso á rascar el suelo.

Un poco mas allá la Comadreja encontró al Gato y le dijo:

— Compadre, andan gallinas en mi tierra;

© Biblioteca Nacional de España

bien pudieras, en mi ausencia, dar una vuelta por ese lado.

Un instante despues el Gato habia devorado á la Gallina.

Miéntras el Gato comia á sus anchas, la Comadreja dijo al Perro :

— Patron, ¿vas á dejar al Gato en posesion de esa tierra?

El Perro furioso corrió á matar al Gato, porque no queria que hubiese allí mas amo que él.

Pasó por aquellos lugares el Leon, y la Comadreja le saludó con respeto y le dijo :

— Señor mio, no os acerqueis á ese campo pues pertenece al Perro.

Al oir esto el Leon, rabioso de envidia, se arrojó sobre el Perro y le hizo añicos.

© Biblioteca Nacional de España

Por fin asomó el Elefante; la Comadreja le pidió auxilio contra el Leon, y el Elefante entró como protector en la tierra de la que le imploraba. Pero ignoraba la perfidia de la Comadreja que habia abierto un hoyo muy grande cubriéndolo con ramas. El Elefante cayó en el lazo y se mató, y el Leon que temia al Elefante huyó á la selva.

La Comadreja arrancó la piel al Elefante y se la presentó á su marido diciéndole :

— Te pedí una piel de elefante; mediante Dios, la he obtenido y aquí la tienes.

El marido de la Comadreja no habia adivinado que la hembra era mas astuta que todos los animales del mundo; y ménos áun habia pensado que lo fuese mas que él. Pero entónces lo comprendió, y por esto decimos hoy : Es mas astuto que la Comadreja.

Y aquí se acabó el cuento.

No solo aprendí cuentos en mi roce con los negros, sino que supe tambien cómo traficaban, conocí sus ideas, sus costumbres, su moral, sus

© Biblioteca Nacional de España

proverbios, y encontré en muchas cosas lecciones provechosas.

Por ejemplo, aquellos negros que como yo, no saben leer ni escribir, tienen como los árabes y los indios un modo particular de grabar las cosas en la memoria de sus hijos, haciéndoles adivinar acertijos ó enigmas; y muchos de estos son curiosos y notables por la enseñanza que encierran.

— Adivina este, me dijo el capitan pegándome una palmada en la cabeza, lo cual era señal de gran amistad :

« Dime qué es lo que yo quiero, lo que me quiere, y lo que hace siempre lo que me agrada. »

— Tu perro, capitan ; le miraste cuando hablabas.

— ¡Bravo, muchacho ! Continuemos :

« Dime qué es lo que tú quieres un poco, lo que te quiere mucho y lo que hace siempre lo que me agrada. »

— Tú das tu lengua al perro; es tu madre, muchacho; no crees que ella haga siempre lo

© Biblioteca Nacional de España

que tú quieres, y la experiencia te enseñará que jamas ella piensa en ella cuando se trata de ti.

« Dime qué cosa es la que tu padre quiere mucho, que le quiere mucho y que le hace hacer todo lo que le agrada. »

— Capitan, á papá no se le hace hacer lo que no quiere, mamá lo está repitiendo todos los dias; pero mi hermana mal educada se rie cuando mamá dice esto.

— Es que tu hermana ha adivinado el acertijo, muchacho. ¡Ah! Si yo hubiese tenido una hija la habria obligado á que me impusiera su capricho por mañana y tarde.

— Queda otro por acertar:

« ¿Qué es lo que se quiere ó no se quiere, que nos quiere ó no nos quiere, pero que nos hace hacer siempre lo que le agrada? »

— No lo sé, capitan.

— Pues pregúntaselo luego á tu padre, me dijo con aire irónico.

No dejé de hacerlo. Conté estando á la mesa todo lo que habia aprendido en el dia; los cuen-

© Biblioteca Nacional de España

tos negros divirtieron mucho á mi madre, y muchísimo tambien los acertijos; pero cuando llegué al último mi padre se echó á reir exclamando :

— No es dificil de adivinar, hijo mio; voy á decirtelo...

En esto mi madre miró á mi padre; no sé lo que leyó en sus ojos, pero lo cierto es que se calló.

— Dimelo pues, papá, deseo saberlo.

— Si no te callas, prorumpió mi madre con severidad, te levantarás de la mesa sin postres.

— ¡Ah! dijo mi padre.

Esta exclamacion me devolvió el valor, y pegando con el puño en la mesa pedí á mi padre que hablara.

Mi madre hizo ademan de levantarse; pero mi padre se adelantó y un minuto despues me hallaba yo en el jardin llorando con un pedazo de pan seco en la mano.

Y hé ahi por qué no he sabido nunca lo que queria decir el último acertijo. El que sea mas

© Biblioteca Nacional de España

hábil que yo puede adivinarlo, y si no que se vaya al Senegal, donde quizas la mujer del sastre le revelará el secreto que mi madre se empeñó en no revelarme á mi.

© Biblioteca Nacional de España

VI

SEGUNDO VIAJE DEL CAPITAN JUAN.

Mis conversaciones con los negros me habian trasformado en intérprete y en corredor; el capitan confiaba mucho en mi celo, y á pesar de mi edad, yo era quien trataba con todos los traficantes. Muy luego hicimos el cargamento á buenas condiciones, y á mi regreso tuve en Marsella un gran regalo de los navieros, ademas de mi parte correspondiente. Comenzaba á cobrar fama y al

© Biblioteca Nacional de España

cabo de algunos viajes por el Mediterráneo me ofrecieron el empleo de sobrecarga á bordo de un bergantin que salia para Oriente. Aun no habia cumplido los veinte años.

A mi trabajo debia estos progresos. En todos los países recorridos habia hecho conocimientos con los marineros griegos, levantinos, dálmatas, rusos, italianos, y chapurreaba un poco las lenguas de todos ellos. El buque iba á cargar cereales en el mar Negro, á la embocadura del Danubio; y como se necesitaba un hombre que conociera muchos dialectos, me hallaron á la mano y me tomaron, aunque todavia no tuviese pelo de barba.

Sali pues, al mar, y esta vez era por mi cuenta, empleado en un comercio leal y no siendo esclavo mas que de mi deber. Tomé muy á pechos la defensa del interes de mis armadores. Al llegar á Constantinopla pude despachar nuestro cargamento de diversos artículos á buenas condiciones, y seguidamente marchamos á Galata bien provistos de duros españoles y de letras de cambio.

© Biblioteca Nacional de España

Al entrar en el mar Negro nuestro buque tenia á bordo pasajeros de todas las naciones. Uno de los mas singulares era un dálmata que se volvia á su patria por el Danubio. Todo el santo dia lo pasaba sentado á proa teniendo entre sus piernas un violin muy largo y de una sola cuerda que los servios llaman *guzia;* no se cansaba de rascar la cuerda con un arco y cantaba en tono lastimero y en una lengua suave y sonora sus canciones nacionales. Me acuerdo de una de aquellas canciones que entonaba á la claridad de las estrellas, y que decia asi :

El canto del soldado.

« Soy un soldado jóven, siempre, siempre en tierra extranjera.

— Cuando dejé á mi buen padre, la luna brillaba en los cielos.

— La luna brilla en los cielos, y oigo á mi padre que llora.

— Cuando dejé á mi buena madre, el sol brillaba en los cielos.

© Biblioteca Nacional de España

— El sol brilla en el cielo, y oigo á mi madre que llora.

— Cuando dejé á mis queridos hermanos, las estrellas brillaban en los cielos.

— Las estrellas brillan en los cielos, y oigo á mis hermanos que lloran.

— Cuando dejé á mis queridas hermanas, las peonias estaban en flor.

— Aquí está la peonia en flor, y oigo á mis hermanas que lloran.

— Cuando dejé á mi amada, florecian en el jardin las azucenas.

— Aquí está la azucena en flor, y oigo á mi amada que me llora.

« Quiero enjugar tantas lágrimas, mañana saldré de aquí.

« Soy un soldado jóven, siempre, siempre en tierra extranjera. »

El canto del novio.

« Estoy viendo un halcon que se eleva muy alto en los aires. ¡Si pudiera cogerlo y encerrarle en mi aposento!

© Biblioteca Nacional de España

« Halcon, de hermoso plumaje, tráeme alguna noticia.

— Si; pero no te diré nada que te alegre. Tu prometida se ha desposado con otro.

— Palafrenero, ensilla mi alazan, yo tambien quiero estar presente.

« Cuando entró en la iglesia era todavia una señorita; ahora sentada en ese banco magnifico, es una señorona.

« Estoy viendo la luna que se eleva entre dos estrellas. Es mi amada entre sus dos hermanas.

« Cuando va á los desposorios la detengo al paso. Querida niña, devuélveme el anillo que te compré.

— Ahora, sigue adelante, nada te echo en cara; mi pobre corazon llora; mas no es de ti de quien se queja. »

El mar Negro no es de lo mejor que se conoce. Mas de una vez he cruzado los dos Océanos donde me ha sorprendido la tormenta; pero temo mucho ménos sus largas oleadas que se es-

© Biblioteca Nacional de España

trellan contra el buque, que ese oleaje menudo y prieto que cansa á la embarcacion y que de repente se entreabre como un abismo. Dos dias y dos noches nos consideramos como perdidos y nadie podia tenerse en el puente excepto el dálmata, que se habia atado por la cintura á uno de los bancos y que empapado como una sopa, seguia entonando sus cantares.

— Señor dálmata, le dije en un momento de respiro que nos dieron el viento y la mar, veo que sois valiente, que no temeis el naufragio.

— ¿Quién puede impedir que se cumpla el

© Biblioteca Nacional de España

destino? exclamó rascando su violin; el hombre cuerdo lo que hace es resignarse.

— Así hablan los turcos, le respondí; un cristiano no es tan paciente.

— ¿Y por qué el cristiano no se habria de resignar á la voluntad divina? dijo el dálmata. Dios nos promete el cielo si somos hombres de bien; nunca nos ha prometido salud, riquezas, la salvacion en el mar y otras cosas transitorias. Todo esto se halla abandonado á una potencia secundaria que solo tiene imperio en la tierra, y los que la han visto la llaman el *Destino*.

— ¿Qué es eso de haber visto á la tal potencia? pregunté; ¿creeis por acaso que el Destino existe?

— ¿Y por qué no? dijo muy sereno. Si lo dudais, escuchad esta historia cuyos principales actores viven todavía en Cattara, y por mas señas que son primos mios; los vereis al retorno.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

VII

EL DESTINO.

Dos hermanos vivian juntos en la misma casa, y en tanto que el uno lo hacia todo, el otro muy indolente no pensaba mas que en comer y beber. Las cosechas eran siempre magníficas, y poseian en abundancia bueyes, caballos, carneros, cerdos, abejas y todo lo necesario.

El primogénito, que era el laborioso, se dijo un dia :

© Biblioteca Nacional de España

— ¿Por qué trabajo yo tanto para ese indolente? Mas vale que nos separemos, yo trabajaré para mi solo y él se las gobernará como se le antoje.

Y sobre esto habló á su hermano.

— Hermano mio, es injusto que yo me ocupe de todo miéntras tú no quieres ayudarme en nada y solo piensas en comer y beber; es preciso que nos separemos.

El otro trató de disuadirle de su plan con estas palabras:

— Hermano, no te empeñes en eso, porque así como estamos vivimos muy bien. Tú dispones de todo, de lo tuyo y lo mio y sabes que siempre me doy por contento con lo que haces y lo que mandas.

Pero el mayor persistió en su resolucion y el segundo debió ceder, y le dijo:

— Ya que ha de ser así, no te querré mal por eso; reparte los bienes á tu capricho.

Hecho el reparto, cada cual escogió un lote. El indolente tomó un boyero para sus bueyes, un

© Biblioteca Nacional de España

mozo de cuadra para sus caballos, un pastor de ovejas y otro de cabras, un porquero para sus cerdos, un guarda para sus abejas, y les dijo á todos :

— Os confio mis bienes; que Dios os vigile.

Y continuó viviendo en su casa sin mas cuidados que ántes.

El primogénito, por el contrario, trabajó ahora que no tenia mas que la mitad, lo mismo que cuando tenia que atender á todo : guardaba sus ganados y no abandonaba un punto la vigilancia. Y sin embargo de esto, todo se le volvian quebrantos y perjuicios; todo le salia mal y las cosas fueron empeorando hasta el extremo que cayó en la pobreza y andaba descalzo porque no se podia comprar ni un par de *opancos* (1). Entónces se dijo :

— Iré á casa de mi hermano para ver cómo se las gobierna.

En el camino halló un prado donde pacian

1. Calzado de correas que usan los servios.

© Biblioteca Nacional de España

ovejas y cuando se acercó, vió que estaban sin pastor y que sentada á su lado, habia una hermosa doncella hilando hilo de oro.

Despues de haber saludado á la jóven con un « Dios te proteja, » la preguntó que á quién pertenecia aquel ganado.

— A quien pertenezco yo pertenecen tambien estas ovejas.

— ¿Y quién eres tú?

— Soy la fortuna de tu hermano, respondió la niña.

Entónces él se encolerizó de envidia y exclamó :

— ¿Y la fortuna mia, en dónde está?

La jóven respondió :

© Biblioteca Nacional de España

— Muy léjos de tí.

— ¿Podria encontrarla?

— Sí, todo consiste en buscarla bien, dijo la jóven.

Al oir estas palabras y cuando vió que las ovejas de su hermano eran tan hermosas que no las podia haber mas hermosas en todo el mundo, no quiso pasar adelante para ver los demas ganados y se fué á su hermano en derechura. Así que este le distinguió, movido á lástima y llorando le preguntó:

— ¿En dónde has estado hace tanto tiempo?

Y como notara que andaba descalzo y haraposo, le dió un par de opancos y algun dinero.

Tres dias pasó en casa de su hermano y luego se volvió á la suya; mas una vez en ella se echó una alforjilla al hombro, tomó un palo en la mano y salió á buscar fortuna por el mundo.

Habiendo andado algun tiempo se vino á hallar en una frondosa selva, donde vió una abominable vieja que dormia debajo de una zarza. Escarbó la tierra con el palo y queriendo despertar á la

© Biblioteca Nacional de España

vieja la tocó en el hombro; la vieja se movió aunque con esfuerzo, y abriendo á médias sus ojos legañosos le dijo :

— Da gracias á Dios que yo me haya dormido, pues si hubiese estado despierta, no habrias tú tenido esos opancos.

Entónces él la preguntó :

— ¿Y quién eres tú que me habrias impedido tener estos opancos?

La vieja respondió :

— Soy tu fortuna.

Al oir estas palabras se pegó golpes de pecho exclamando :

— ¿Conque eres tú mi fortuna? ¡Pues ojalá te extermine el Señor! ¿Por qué te has encargado de mí?

— Porque así lo ha querido el Destino, contestó la vieja.

— ¿En dónde está el Destino? preguntó.

— Anda á buscarle, respondió la vieja volviéndose á dormir.

Se puso en marcha para buscar al Destino, y

© Biblioteca Nacional de España

al cabo de un viaje largo, larguísimo, llegó por fin á una selva en la cual encontró á un ermitaño á quien preguntó si no le podia indicar el paradero del Destino.

— Sube á la montaña, le dijo el ermitaño, y llegarás en derechura á su castillo; pero cuando te halles al lado del Destino guárdate de hablarle; no hagas mas que remedar lo que le veas hacer hasta tanto que te interrogue.

El viajero dió las gracias al ermitaño y tomó el camino del monte. ¡Qué cosas tan hermosas des-

cubrió en el castillo del Destino! Era un lujo regio; habia allí una infinidad de criados y de sirvientas siempre en movimiento y que no hacian

© Biblioteca Nacional de España

nada. El Destino sentado á la mesa, estaba cenando. Al ver esto, el viajero se sentó tambien á la mesa y cenó con el amo. Despues de la cena el Destino se acostó y el otro hizo lo mismo. Mas hé aquí que á eso de las doce se oyó un ruido terrible en el castillo y en medio del ruido resonaba una voz gritando :

— ¡Destino! ¡Destino! tantas y tantas almas han venido hoy al mundo; podrias regalarlas alguna cosa á tu antojo.

El Destino se levanta, abre un arca dorada y siembra por el suelo muchos ducados brillantes diciendo :

— Tal como soy yo en el dia de hoy, asi sereis vosotros toda vuestra vida.

Al amanecer habia desaparecido el hermoso castillo, y en su lugar se veia una casa ordinaria, aunque con todo lo necesario. Llegada la noche el Destino se puso á cenar y su huésped le imitó : nadie desplegó los labios. Despues de la cena se acostaron como la noche anterior. A eso de las doce se repite aquel

© Biblioteca Nacional de España

ruido terrible y en medio del ruido resonaba una voz gritando :

— ¡Destino! ¡Destino! tantas y tantas almas han venido hoy al mundo; podrias regalarlas alguna cosa á tu antojo.

El Destino se levanta y abre un arca de plata; pero aquí no habia ducados, sino monedas de plata con algunas piezas de oro. El Destino sembró el dinero en el suelo diciendo :

— Tal como soy yo en el dia de hoy, así sereis vosotros toda vuestra vida.

Al amanecer tambien esta casa habia desaparecido y en su lugar se veia otra mas pequeña. Todas las noches sucedia lo mismo, y cada mañana la casa iba menguando hasta que por fin se redujo á una miserable choza. El Destino tomó una azada y se puso á cabar la tierra; su huésped le imitó y trabajaron todo el dia. Llegada la noche, el Destino tomó un pedazo de pan, le partió y dió la mitad á su compañero. Fué toda su cena, y concluida que fué se acostaron.

© Biblioteca Nacional de España

A eso de las doce, otra vez el terrible ruido y la voz que dice :

— ¡Destino! ¡Destino! tantas y tantas almas han venido hoy al mundo; podrias regalarlas alguna cosa á tu antojo.

El Destino se levanta, abre un arca y empieza á sembrar guijarros entre los cuales rodaban algunas monedillas y entre tanto decia :

— Tal como soy yo en el dia de hoy, así sereis vosotros toda vuestra vida.

Cuando amaneció la choza se habia cambiado en un gran palacio como el del primer dia. Entónces el Destino dijo á su huésped :

— ¿Por qué has venido aquí?

El huésped contó circunstanciadamente su miseria, y luego dijo que habia venido para preguntar al Destino en persona, por qué le habia elegido tan mala fortuna. El Destino le contestó :

— Ya has visto como la primera noche sembré ducados y lo que sucedió. Tal como soy yo la noche en que nace un hombre, tal será ese hombre toda su vida. Tú has nacido en una no-

© Biblioteca Nacional de España

che de pobreza y toda tu vida serás pobre. Tu hermano, por el contrario, vino al mundo en una noche feliz y feliz será hasta que se muera. Pero ya que te has tomado el trabajo de buscarme, te daré un remedio. Tu hermano tiene una hija llamada Miliza, tan afortunada como él; cásate con ella cuando estés de vuelta en tu pais, y ten cuidado de decir que todo cuanto adquieras pertenece á tu mujer.

El huésped dió gracias al Destino repetidas veces, y de regreso en su tierra se fué derecho á casa de su hermano y le dijo :

— Hermano, dame á Miliza por esposa; ya ves que sin ella estoy solo en el mundo.

© Biblioteca Nacional de España

Y el hermano respondió :

— Me agrada la idea; cásate con Miliza.

El recien casado llevó á su vivienda á la hija de su hermano, y llegó á ser muy rico; pero nunca se olvidaba de decir :

— Todo lo que tengo es de Miliza.

Un dia se fué al campo á ver sus trigos, tan hermosos que no habia en la comarca otros mejores.

Un viajero acierta á pasar por allí y le pregunta :

— ¿De quién son esos trigos?

Y él, sin pensar, responde :

— Son mios.

No habia acabado de pronunciar estas dos palabras cuando los trigos se pegan fuego y arden por todas partes. El marido de Miliza corre tras el viajero y le grita :

— Detente, amigo, esos trigos no me pertenecen, son de Miliza, la hija de mi hermano.

Inmediatamente se apaga el fuego y desde

© Biblioteca Nacional de España

aquel instante nuestro hombre fué dichoso, gracias á Miliza.

— Señor dálmata, dije yo al narrador, el cuento es bonito, aunque tiene mucho de turco. En mi país dominan otras ideas; léjos de entregarnos ciegamente á la fortuna, contamos con nosotros mismos, con nuestra inteligencia mas aún que nuestro brazo, con nuestra prudencia mas que con nuestra osadía. Así es que en mi patria se paga muy caro un buen consejo.

— Pues lo mismo sucede en mi país, repuso el dálmata arreglándose su gorra de piel que le caia sobre los ojos; escuchad lo que le pasó el año último á un vecino mio.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

VIII

EL LABRADOR PRUDENTE.

Vivia cerca de Ragusa un labrador que se ocupaba tambien en cosas de comercio. Un dia marchó á la ciudad cargado con todo su dinero porque queria hacer algunas compras, y llegado á una encrucijada preguntó á un anciano que estaba allí, cuál era el camino que debia tomar.

— Te lo diré si me das cien escudos, respon-

© Biblioteca Nacional de España

dió el anciano, no hablo por ménos, cada consejo que doy vale cien escudos.

— ¡Diablo! pensó el labrador observando la traza de zorro que tenia aquel hombre; ¿qué será un consejo que vale cien escudos? Debe ser algo muy singular, pues comunmente los consejos se dan de balde; es verdad que tambien valen poco.

Y dirigiéndose al anciano le dijo:

— Vaya, pues dame el consejo, aquí están los cien escudos.

— Muy bien, voy á decirte: ese camino que va derecho es el de hoy, y ese que hace un recodo es el de mañana. Tendria que hablar mas, conti-

© Biblioteca Nacional de España

nuó el anciano; pero me has de pagar otros cien escudos.

El labrador reflexionó un buen rato y por fin se decidió.

— Ya que he pagado el primer consejo bien podré pagar el segundo.

Y dió los cien escudos.

— Muy bien, prosiguió el anciano. Cuando estés de viaje y entres en una posada, si el posadero es viejo y el vino es nuevo, echa á correr de allí, pues debe sucederte alguna desgracia. Tengo algo mas que decirte, dame otros cien escudos.

El labrador reflexionó.

— ¿Qué será el nuevo consejo? En fin, ya que he comprado dos, compraré otro.

Y dió sus últimos cien escudos.

— Muy bien, continuó el anciano. Si alguna vez te encolerizas, reserva la mitad de tu cólera para el dia siguiente, no la uses toda en el mismo dia.

El labrador volvió á tomar el camino de su casa sin dinero y vacias las manos.

© Biblioteca Nacional de España

— ¿Qué has comprado? le preguntó su mujer.

— Tres consejos, respondió, que me han costado cada uno cien escudos.

— Eso es, malgasta el dinero, arrójalo al viento como lo tienes de costumbre.

— Querida esposa, replicó con dulzura el labrador, no sientas el dinero, pues vas á saber cuáles son las palabras que he pagado.

Y refirió lo que le habian dicho, sobre lo cual la mujer se encogió de hombros, le llamó loco y le dijo que arruinaria su casa y sus hijos tendrian que pedir limosna.

Pasado algun tiempo se paró á la puerta del labrador un traficante con dos carros llenos de mercancías: habia perdido su socio en el camino y ofreció al labrador cincuenta escudos si queria encargarse de uno de los carros y acompañarle á la ciudad.

— Pienso que no dirás que no, dijo la labradora á su marido; siquiera esta vez ganarás alguna cosa.

Pusiéronse en marcha. El traficante guiaba el

© Biblioteca Nacional de España

primer carro y el labrador el segundo. Hacia mal tiempo, los caminos estaban pésimos y adelantaban con mucho trabajo. Por fin llegaron á los dos caminos y el traficante preguntó que cuál de ellos debian tomar.

— El de mañana, respondió el labrador; es mas largo, pero tambien mas seguro.

El traficante quiso tomar el de hoy.

— Aun cuando me dieseis cien escudos, dijo el labrador, no tomaria yo ese camino.

Y se separaron. El labrador, que habia elegido el mas largo, llegó mucho ántes que su compañero, sin que su carro sufriese averías. El traficante no llegó hasta la noche; su carro se habia caido en un pantano, todo el cargamento se habia echado á perder, y para fin de fiestas el traficante estaba herido.

El posadero del primer parador en que se apearon era viejo, y un ramo verde que tenia colgado á la puerta anunciaba que alli se vendia vino nuevo barato. El traficante quiso pasar la noche en aquel parador, pero el labrador le dijo :

© Biblioteca Nacional de España

— Lo que es yo no duermo ahi, áun cuando me dierais cien escudos.

Y salió á toda prisa dejando á su compañero.

Al caer la tarde, algunos mancebos ociosos que habian vaciado algunos jarros de vino nuevo, se disputaron por una futilidad cualquiera. Sacaron las navajas, y el posadero, paralizado por los años, no tuvo fuerzas para separar ni para calmar á los combatientes. Resultó un hombre muerto, y como temieran á la justicia ocultaron el cadáver en el carro del traficante.

Este que habia dormido sin oir nada, se levantó de madrugada para enganchar sus caballos. Asustado al encontrar en su carro el cadáver, quiso huir para no verse comprometido en la causa criminal; pero la policía austriaca le prendió, y miéntras los jueces ponian en claro el asunto, arrojaron al hombre dentro de una cárcel y confiscaron toda su hacienda.

Cuando supo el labrador lo que le habia sucedido á su compañero, quiso siquiera poner á buen recaudo su carro y volvió á tomar el camino de

© Biblioteca Nacional de España

su casa. Acercábase ya á su huerto y hé aquí que á la luz del crepúsculo descubrió á un soldado mozo subido en las ramas de un hermoso ciruelo, y que con mucha calma se entretenia en robarle su fruto. El labrador preparó su escopeta para matar al ladron; pero reflexionó y se dijo:

— Cien escudos me ha costado el saber que el hombre no debe desahogar toda su cólera en un dia. Esperemos á mañana, que ya volverá el ladron.

Dió un rodeo para entrar en su casa por otra parte, y cuando llamaba á la puerta, el soldado mozo se precipita en sus brazos exclamando:

— Padre mio, he aprovechado mi licencia para venir á daros un abrazo.

El labrador dijo entónces á su esposa:

— Te voy á contar lo que me ha sucedido y verás si me han salido caros los tres consejos.

Refirió toda la historia; y como el pobre trafi-

© Biblioteca Nacional de España

cante murió en la horca, no obstante su inocencia, el labrador recogió la herencia de aquel imprudente. Viéndose rico, repetia todos los dias que nunca es caro un buen consejo, y por primera vez la mujer opinaba como el marido.

© Biblioteca Nacional de España

IX

LAS TRES HISTORIAS DEL DÁLMATA.

— Señor dálmata, le dije yo cuando hubo concluido su historia, el cuento es muy bonito, pero debe tenerse presente que el sabio labrador no debió la fortuna al Destino, sino al buen cálculo y á la razon. El segundo cuento destruye el primero, lo que es de celebrar, pues seria muy triste que los perezosos hiciesen fortuna y que los hombres activos que siembran el grano cosechasen viento.

© Biblioteca Nacional de España

— A veces salen adelante los perezosos, me dijo con gravedad; sé un ejemplo que asi lo prueba.

— ¿De modo que para cada cosa teneis un cuento? exclamé.

— Cuentos y canciones, á eso se reduce toda la vida, me respondió friamente.

La perezosa.

Una madre tenia una hija muy perezosa y sin aficion á ninguna clase de trabajo. Para corregirla la llevó á un bosque, y parándose en una

encrucijada emprendió á golpes con ella. Pasó por casualidad un señor, y habiendo preguntado

© Biblioteca Nacional de España

á la madre por qué imponia á la niña tan duro castigo, aquella contestó diciendo :

— ¡Ay! señor, es porque mi hija trabaja tanto que se hace insoportable; figuraos que se empeña en hilar hasta el musgo que cubre las paredes.

— Confiádmela, dijo el señor, que yo la daré trabajo.

— Pues tomadla, llevàosla, que yo no quiero verla mas.

Y el señor se la lleva á su casa contentísimo con tan preciosa adquisicion.

Aquella misma tarde encierra á la jóven sola en un cuarto donde habia un tonel lleno de cáñamo. En buen apuro se encontraba.

— ¿Qué haré? se decia; ni quiero ni sé hilar.

Mas hé aquí que al cerrar la noche tres brujas ancianas llaman á la ventana y la muchacha se apresura á abrir.

— Si quieres convidarnos á tus bodas, la dijeron, nosotras te ayudaremos á hilar.

— Pues si, podeis poner manos á la obra, os

© Biblioteca Nacional de España

convido á mis bodas, respondió la jóven con presteza.

Las tres brujas emprenden la tarea, y miéntras la perezosa dormia á pierna suelta hilan todo el cáñamo del tonel.

Por la mañana cuando el señor entró en el cuarto vió toda la pared llena de hilo y la muchacha durmiendo. El señor salió de puntillas y prohibió que entraran en el cuarto para que la jóven pudiese descansar de su inmensa obra. Sin embargo, esto no impidió que el mismo dia mandase llevar allí otro tonel lleno de cáñamo; pero las brujas volvieron á la misma hora y sucedió lo de la noche ántes.

El señor estaba atónito, y como ya no habia mas que hilar en la casa, dijo á la jóven :

— Quiero casarme contigo, porque eres la reina de las hilanderas.

La víspera de las bodas, la novia dijo al novio :

— Deseo convidar á mis tias.

— Que vengan enhorabuena, respondió el señor.

© Biblioteca Nacional de España

En cuanto entraron las tres brujas se agruparon en torno de la estufa. Eran horribles; cuando el señor las hubo visto en toda su fealdad, dijo á la jóven :

— Tienes tias que no son hermosas.

Luego se acercó á la primera bruja y la preguntó por qué tenia una nariz tan larga.

— Querido sobrino, respondió, á fuerza de hilar. Cuando una está hilando siempre, y menea

la cabeza todo el dia, insensiblemente se alarga la nariz.

El señor pasó á la segunda y la preguntó por qué tenia los labios tan abultados.

— Querido sobrino, respondió, á fuerza de hilar. Cuando una está hilando siempre, y tiene

© Biblioteca Nacional de España

que mojar la hebra todo el dia, insensiblemente se ponen gruesos los labios.

Entónces preguntó á la tercera por qué era jorobada.

— Querido sobrino, respondió, á fuerza de hilar; cuando una pasa los dias sentada y encorvada, insensiblemente echa joroba.

Al oir estas cosas, temió el señor que su mujer no se pusiese tan horrible como aquellas á fuerza de hilar, y arrojó al fuego la rueca y el huso. Juzguen si se enfadaria la perezosa y aquellas que se la parecen; á su juicio me atengo.

— Veo con placer, dije yo al narrador, que en Dalmacia las mujeres saben triunfar de todo sin trabajo y sin talento.

— No por cierto, exclamó el hombre de las historias, no hay pais en el mundo que tenga mu-

© Biblioteca Nacional de España

jeres mas sagaces y astutas. ¿No sabeis, pues, cómo la hija de un mendigo se casó con el emperador de Alemania, y se mostró mas hábil y mejor que él?

— ¡Otro cuento! dije yo.

— No es un cuento, repuso, es la pura verdad, y por mas señas que encontrareis el lance relatado por los primeros historiadores.

Historia de una doncella mas lista que un emperador.

Un hombre muy pobre que vivia en una choza, no tenia consigo mas que una hija, pero tan lista,

que iba por todas partes buscando socorros, y al propio tiempo enseñaba tambien á su padre á hablar con sensatez y á obtener lo que necesi-

© Biblioteca Nacional de España

taba. Sucedió un dia que el anciano acudió al emperador y le suplicó que le diera alguna cosa. Sorprendido el emperador con el modo de hablar de aquel pordiosero, le preguntó quién era y quién le habia enseñado á explicarse de aquel modo.

— Mi hija, respondió el anciano.

— ¿Y quién ha instruido á tu hija? añadió el emperador.

— La ha instruido Dios, y tambien nuestra miseria, dijo el pobre anciano.

Entónces el emperador le dió treinta huevos y le dijo:

— Lleva estos huevos á tu hija, y la dirás que saque pollos de ellos, y que si no los saca algo malo la sucederá.

El desdichado anciano entró llorando en su choza y contó lo ocurrido á su hija. La muchacha reconoció al instante que aquellos huevos estaban cocidos; pero dijo á su padre que se fuera á descansar, pues ella cuidaria de todo. El padre siguió el consejo de su hija y se durmió, y entón-

© Biblioteca Nacional de España

ces ella tomando un cucharon, le llenó de agua y de habas y le puso á la lumbre. Llegado el dia siguiente, cuando las habas estaban cocidas, la jóven llamó á su padre y le pidió que tomase los bueyes y el arado y fuese á labrar la tierra á orillas del camino por donde debia pasar el emperador.

— Cuando veas llegar al emperador, añadió la jóven, toma puñados de habas y siémbralas exclamando : « Vamos, bueyes mios, que Dios me proteja y haga nacer estas habas cocidas. » Y si el emperador te pregunta cómo puede ser que nazcan las habas cocidas, le responderás : « Es tan fácil como que nazcan pollos de los huevos duros. »

El pobre anciano obedeció á su hija : salió, labró la tierra y cuando vió al emperador se puso á gritar :

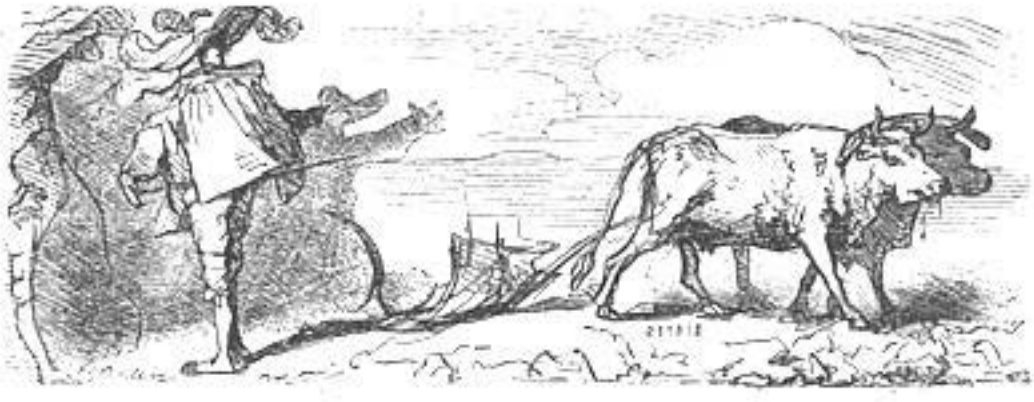
— Vamos, bueyes mios, que Dios me proteja y haga nacer estas habas cocidas.

Así que el emperador oyó estas palabras, se paró en el camino y preguntó :

© Biblioteca Nacional de España

— Pobre loco, ¿cómo es posible que nazcan en la tierra las habas cocidas?

Y el anciano respondió :



— Poderoso emperador, es tan fácil como que nazcan pollos de los huevos duros.

El emperador adivinó que el padre hacia todo aquello por consejo de la hija ; mandó á sus criados que trajeran á su presencia el anciano, y le entregó un poco de cáñamo diciéndole :

— Con esto me has de hacer velas, cuerdas y todo lo que se necesita para un barco, y si no lo hicieres peligra tu vida.

El pobre hombre, muy turbado, tomó el cáñamo y se volvió llorando á su casa para contar á

© Biblioteca Nacional de España

su hija lo que habia ocurrido. La muchacha dijo á su padre que se fuera á descansar, pues ella cuidaria de todo. El dia siguiente despertó á su padre, y entregándole un pedacito de madera le habló en estos términos :

— Lleva esto al emperador y pídele que saque de ahí un huso, una rueca y un telar, despues de lo cual haré lo que él ha pedido.

El anciano siguió tambien esta vez el consejo de su hija; se fué al emperador y cumplió el encargo.

El emperador al oir esto se sorprendió, reflexionó sobre lo que aún podria hacer; y luego, tomando una copa, se la dió al pobre diciéndole :

— Darás esta copa á tu hija para que con ella saque toda el agua del mar, y despues preparará en su lugar un campo de labranza.

El pobre hombre obedeció llorando y entregó la copa á su hija repitiéndola exactamente las palabras del emperador. Su hija le contestó que esperase hasta el dia siguiente, que ella se cuidaba

© Biblioteca Nacional de España

de todo. De madrugada llamó á su padre, le dió una libra de estopa y le dijo :

— Lleva esto al emperador para que tape todas las bocas de las fuentes y rios de la tierra, despues de lo cual yo sacaré el agua del mar.

Y el anciano cumplió el encargo.

El emperador hubo de comprender que la muchacha era mas lista que él, la llamó á su presencia, y cuando compareció con el padre y ambos hubieron saludado al emperador, este último preguntó á la jóven :

— Adivina qué es lo que se oye de mas léjos.

Y la jóven contestó :

— Poderoso emperador, lo que se oye de mas léjos es el trueno y la mentira.

Entónces el emperador se cogió la barba con sus manos y dirigiéndose á sus consejeros les preguntó :

— ¿Seriais capaces de adivinar cuánto vale mi barba?

Todos la tasaron, cada cual en un valor distinto, y cuando hubieron concluido, la jóven sos-

© Biblioteca Nacional de España

tuvo que ninguno de ellos habia adivinado el valor verdadero, y dijo :

— La barba del emperador vale tanto como tres lluvias en un estio seco.

El emperador celebró la idea y exclamó :

— La muchacha es quien ha adivinado mejor.

Y la preguntó si queria ser su esposa, añadiendo que no la dejaria hasta que consintiera. La jóven se inclinó diciendo :

— Poderoso emperador, cúmplase tu volun-

tad. Lo único que te pido es que me escribas de tu puño y letra, en una hoja de papel, que si un dia te portas mal conmigo y quieres arrojarme de tu lado fuera de tu palacio, yo tendré derecho para llevarme aquello que mas me guste.

© Biblioteca Nacional de España

El emperador consintió en ello y la dió un escrito sellado de encarnado con las armas del imperio.

Efectivamente, pasado algun tiempo el emperador se portó tan mal con su mujer y se hizo con ella tan malvado, que acabó por decirla:

— No quiero que seas ya mi esposa; sal de mi palacio y vete adonde te parezca.

Y la emperatriz contestó:

— Te obedeceré, ilustre emperador; permiteme que pase aqui otra noche y mañana me pondré en camino.

El emperador accedió; la emperatriz ántes de la cena echó aguardiente y yerbas aromáticas en el vino, y luego convidó al emperador con aquella bebida diciéndole:

— Bebe, emperador, y alégrate, que mañana nos separaremos, y puedes creer que yo estaré mas contenta que el dia que nos casamos.

En cuanto el emperador apuró su copa se durmió; y entónces la emperatriz mandó que le metieran en un carruaje que estaba preparado y se

© Biblioteca Nacional de España

le llevó á una gruta abierta en un peñasco. Cuando el emperador se despertó en aquella gruta y reconoció el lugar en que se encontraba, preguntó :

— ¿Quién me ha traido aqui?

— He sido yo, respondió la emperatriz.

— ¿Y por qué? repuso el emperador; ¿no te he dicho que habias acabado de ser mi esposa?

Pero ella entónces le entregó el papel y se expresó de este modo :

— Verdad es que me lo dijiste, pero aqui tienes lo que me has concedido ántes de las bodas : al separarme de ti tengo derecho para llevarme de palacio lo que mas me guste.

Al oir esto el emperador la dió un abrazo y se volvió á palacio con ella decidido á no abandonarla nunca.

— El cuento es maravilloso, exclamé yo en-

© Biblioteca Nacional de España

tónces; retracto mis palabras acerca de las mujeres de Dalmacia, y por el contrario digo ahora que las mujeres mandan en la casa, lo mismo á orillas del Adriático que en el Senegal y quizá en otras partes. No hay mal en ello. Dichosas aquellas que ejercen tan benigna influencia, y mas dichosos aún los que se dejan gobernar.

— Pues no es así, replicó el dálmata siempre dispuesto á desmentirme: entre nosotros el amo de casa es el hombre; comemos solos á la mesa, y la mujer, en pié á nuestra espalda, nos sirve.

— Nada prueba eso, respondí; mas de un hombre, casado ó no, obedece á quien le sirve; no siempre es el esclavo el que lleva la cadena.

Y el incorregible dálmata añadió:

— Si quereis una prueba, escuchad lo que me ha contado mi padre; y ante todo diré que siempre he sospechado que me contaba aquí su propia historia.

— ¡Cómo! ¿No se acabarán nunca los cuentos? exclamé con impaciencia.

— Señor mio, me contestó, es el último y el

© Biblioteca Nacional de España

mejor de todos. Estamos á la vista de las bocas del Danubio, mañana nos separaremos para no volvernos á ver. Escuchad pues con paciencia esta postrera leccion.

El lenguaje de los animales

Un pastor servia á su amo hacia largo tiempo con tanto celo como fidelidad. Un dia que guardaba el rebaño, oyó un silbido que salia de la selva, y no sabiendo lo que era entró en los árboles siguiendo el ruido para descubrir la causa. Muy pronto vió que la yerba y las hojas se habian prendido fuego y en medio de un circulo de llamas distinguió á una serpiente silbando. El pastor se paró á ver lo que hacia la serpiente, pues todo era fuego en su derredor y las llamaradas se la iban acercando.

En cuanto la serpiente divisó al pastor le gritó :

— ¡ Por Dios, pastor, librame de este fuego !

El pastor alargó su garrote por encima de la llama ; la serpiente se enroscó en el palo y subió

© Biblioteca Nacional de España

hasta la mano del pastor y de la mano se deslizó hasta el cuello y se enroscó en la garganta. El pastor tuvo miedo y dijo á la serpiente :

— ¡Ay de mi! ¿Conque te he salvado para que me ahogues?

El animal respondió :

— Nada temas; pero llévame á casa de mi madre que es la reina de las serpientes.

El pastor quiso escusarse diciendo que no podia dejar solo su rebaño; pero la serpiente replicó á esto :

— No pases cuidado por tus carneros que nada les sucederá ; lo que si te pido es que andes lo mas ligero que puedas.

El pastor echó á correr por la selva con la

© Biblioteca Nacional de España

serpiente en la garganta hasta que por fin llegó á una puerta hecha de culebras entrelazadas. La serpiente silbó para que se separasen las culebras y luego dijo al pastor :

— Cuando estemos en palacio, mi madre te ofrecerá todo lo que puedas desear, plata, oro,

alhajas, todo lo mas precioso de la tierra ; no aceptes nada de todo esto, y pide únicamente que te haga comprender el lenguaje de los animales ; te negará largo tiempo este favor, mas al fin y al cabo accederá.

Hablando así llegaron al palacio, y la reina de las serpientes preguntó á su hija con mucha afliccion :

© Biblioteca Nacional de España

— Pero, hija mia, ¿en dónde has estado?

La serpiente contó cómo la rodearon las llamas y el pastor la salvó la vida. La reina se volvió entónces al pastor y le dijo :

— ¿Qué quieres que te dé por lo que has hecho?

— Enséñame el lenguaje de los animales, respondió el pastor, pues quiero conversar, como tú, con toda la tierra.

— Eso no valdria nada para ti, repuso la reina de las serpientes, pues si yo te enseño el lenguaje de los animales y tú descubres el secreto á quien quiera que sea, morirás inmediatamente. Pideme otra cosa que te sirva mas y te la daré.

Pero el pastor, firme en su empeño, replicó :

— Si deseas pagarme haz lo que te pido, y si no, adios, y que el cielo te proteja ; no quiero ninguna otra cosa.

Y se dispuso á salir. Entónces la reina le detuvo diciéndole :

— Vamos, ven aquí y cumpliré tu voluntad

© Biblioteca Nacional de España

puesto que no puedo pagarte de otro modo. Abre la boca.

El pastor abrió la boca, la reina de las serpientes sopló en ella y le dijo :

— Ahora sopla tú en la mia.

Y cuando el pastor hubo hecho lo que le pedian, la reina de las serpientes le sopló de nuevo y él á ella, y asi hasta tres veces.

— Ya sabes el lenguaje de los animales, añadió la reina de las serpientes ; que Dios te acompañe ; mas si quieres conservar tu vida, guárdate de descubrir este secreto, porque morirás á la primera palabra que pronuncies.

El pastor se volvió y cuando cruzaba por el bosque oyó lo que decian los pájaros y el césped y todo lo que está sobre la tierra. Llegó al lado de sus carneros y viendo que no faltaba ninguno y que todo estaba en órden se tendió en el suelo á dormir. Apénas se habia tendido, vienen dos cuervos á posarse en un árbol y en su lenguaje dicen lo siguiente :

— ¡Si ese pastor supiera que en el sitio en

© Biblioteca Nacional de España

que está aquel cordero negro, hay debajo de la tierra una cueva llena de oro y de plata!

Así que el pastor oyó esto, corrió á buscar á su amo, éste tomó un carro, cavaron, encontraron la puerta de la cueva y se llevaron el tesoro.

El amo era un hombre de bien y dejó todas aquellas riquezas al pastor diciéndole:

— Hijo mio, ese tesoro es tuyo, Dios te le ha dado.

El pastor recogió el tesoro, se edificó una casa, y habiendo tomado esposa vivió alegre y contento. Muy luego fué el mas rico, no solo de la aldea, sino de la comarca en diez leguas en contorno. Tenia en abundancia carneros, bueyes y caballos y para cada ganado su pastor, y ademas poseia muchas tierras y cuantiosos caudales.

Un dia, justamente la víspera de Navidad, dijo á su esposa:

— Prepara vino, aguardiente y todo lo demas que haga falta, pues mañana vamos á la granja y llevaremos todo eso á los pastores para que se diviertan.

© Biblioteca Nacional de España

La mujer, en cumplimiento de esta órden, lo dispuso todo; y el dia siguiente, cuando estuvieron en la granja, el amo habló asi á sus pastores:

— Amigos, reunios, comed, bebed y divertios, que yo velaré para guardar los ganados.

Y asi lo hizo. A eso de las doce aullaron los lobos y ladraron los perros. Los lobos decian en su lenguaje:

— Dejadnos acercar, haremos presas y habrá carne para vosotros.

Y los perros respondian en su lenguaje:

— Si, acercaos, que nosotros tambien queremos hartarnos siquiera una vez.

Pero entre aquellos perros habia un alano viejo que no tenia ya mas que dos colmillos en la boca, y este decia á los lobos:

— Miéntras me queden mis dos dientes en la boca, no permitiré que devoreis el ganado de mi amo.

El padre de familia habia oido y comprendido todos estos discursos; y en cuanto amaneció, man-

© Biblioteca Nacional de España

dó que mataran todos los perros ménos el alano. Los criados muy sorprendidos decian :

— Amo, ¡qué lástima!

Pero el padre de familia insistia :

— Haced lo que mando.

Preparáronse para volver á casa y el marido y la mujer se pusieron en camino, él montado en un hermoso caballo tordo y ella sentada en una yegua que cubria enteramente con los largos pliegues de su vestido.

Andando sucedió que el marido tomó la delantera y la mujer se quedó rezagada. El caballo se volvió y dijo á la yegua :

— ¡Vamos! ¡Mas de prisa! ¿Por qué aflojas el paso?

La yegua respondió :

— Lo que es tú puedes andar ligero sin otra carga que la del amo; pero yo, con el ama, llevo collares, brazaletes, faldas y enaguas, llaves, sacos y no sé qué mas; se necesitarian cuatro bueyes para arrastrar este cargamento de cosas femeninas.

© Biblioteca Nacional de España

El marido se echó á reir, la mujer lo notó, hizo apretar el paso á la yegua y despues de haberse reunido con su esposo, le preguntó por qué se habia reido.

— Por nada; una tonteria que me ha pasado por la cabeza.

La mujer no se satisfizo con la contestacion, y volvió á preguntar la causa de la risa. Pero el hombre se resistió diciendo :

— Déjame en paz, mujer : ¿qué te importa? Y á la verdad, ni yo mismo sé por qué me he reido.

Pero cuanto mas se negaba, mas insistia ella en el asunto. Por fin el marido, cansado de aquella porfiada, exclamó :

— Ten entendido que si revelara lo que me ha hecho reir, quedaria muerto en el acto.

Pero ni esto fué bastante para contener á la mujer que siguió atormentando á su marido.

Llegaron á casa. Al apearse del caballo, el marido mandó que le hiciesen un ataud, y una vez

© Biblioteca Nacional de España

que se lo trajeron, se plantó delante de la caja y dijo á su mujer :

— Mira, me voy á meter en ese ataud y entónces te diré lo que me hizo reir; pero á la primera palabra seré cadáver.

Y se metió en la caja. Echaba ya la última mirada en su derredor, cuando hé aquí que el fiel alano de la granja se acerca á él y llora. El pobre hombre al ver esto, dice á su mujer :

— Trae un pedazo de pan y dáselo al perro.

La mujer arroja un mendrugo al perro, que ni siquiera le mira; y entre tanto el gallo de la casa acude á toda prisa y picotea el mendrugo.

— ¡Maldito gloton! le dice el perro; ¿conque te pones á comer cuando estás viendo que va á morir el amo?

Y el gallo responde :

— Que muera, ya que es tonto. Yo tengo cien hembras, las llamo á todas cuando encuentro el mas ínfimo grano y en cuanto llegan me lo trago. Si alguna se enfadara la corregiria con mi pico;

© Biblioteca Nacional de España

y el amo, sin mas que una mujer, ¡no tiene valor para enmendarle la plana!

Así que el marido oye esto, salta del ataud, coge un palo, y llama al cuarto á su esposa.

— Ven aquí y te diré lo que tienes tantos deseos de saber.

Y la sacude una buena felpa, diciendo:

— ¡Ahí tienes, mujer mia, ahí tienes!

De este modo la respondió; y jamas desde entónces la dama volvió á preguntar á su esposo por qué se habia reido.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

X

CONCLUSION.

Este fué el último cuento del dálmata, y el último tambien de los que me contó aquel dia el capitan. Luego hubo otros y otros, porque el marino tenia razon : su biblioteca era inagotable, su memoria no le fallaba nunca, y jamas tampoco se cortaba su palabra; pero

© Biblioteca Nacional de España

tanto cuento cansa al lector, y ademas, bueno es reservar algo para el porvenir. Quizas volveremos á encontrarnos con el capitan y podremos seguir aprovechando las lecciones de su experiencia.

Entre tanto, querido lector, me separo de ti con las palabras que, á guisa de adios, me dirigia cotidianamente el anciano marino : « Amiguito, sé juicioso, obedece á tu madre, estudia bien, para que mañana te permitan oir mis cuentos; el placer continuado cansa, la diversion no es buena sino despues del trabajo. Y ahora, añadia estrechándome la mano, te recomiendo á Dios. »

Adios pues, amigo lector, como dicen los libros antiguos; adios, amiga lectora : deseo que la sabiduria del capitan Juan os aproveche lo suficiente para que cada uno de vosotros sea tan bueno, tan laborioso como lo es su padre, tan afable y digna de elogio como lo es su madre. Es el último voto que hace en vuestro favor el que se llama vuestro

© Biblioteca Nacional de España

buen amigo y ha querido instruiros y divertiros con los cuentos y leyendas que encierra esta obra.

BIBLIOTECA NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

INDICE DE MATERIAS

Mi prima María 3

Perlino. 47

I. La señora Palomba 49
II. Violeta. 57
III. Nacimiento y desposorios de Perlino. . . . 67
IV. El rapto de Perlino 77
V. La noche y el dia. 85
VI. Los tres encuentros. 91
VII. El castillo de los Escudos Sonantes. . . . 97
VIII. Nabucodonosor. 103

© Biblioteca Nacional de España

IX. Tricché varlacché. 117
X. Patatin, patatan. 125
XI. El reconocimiento. 135
XII. La moral. 145

La esclava Blandina. 149

La sabiduría de las naciones ó los viajes del capitan Juan. 179

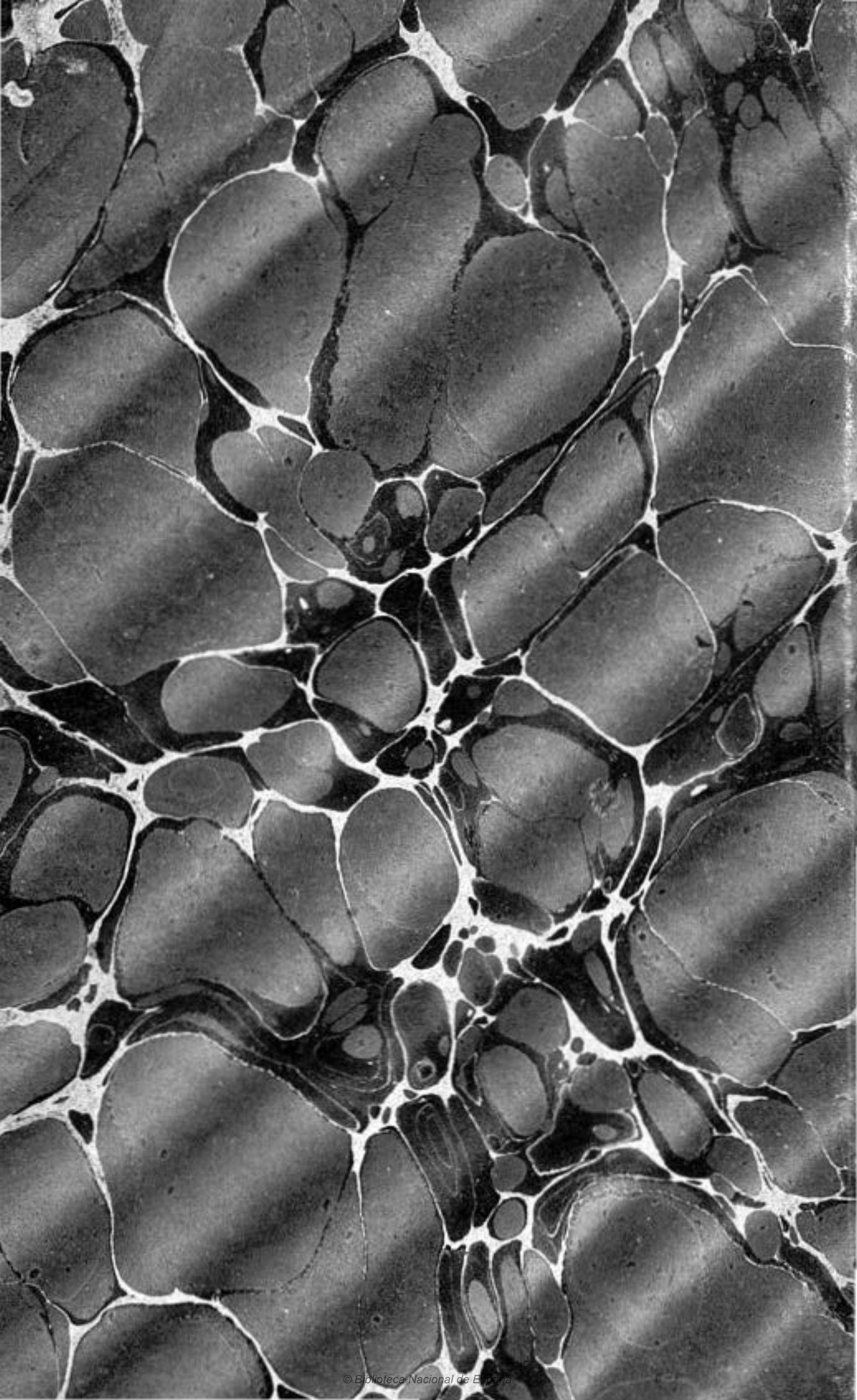
I. El capitan Juan. 181
II. Primer viaje del capitan Juan 189
III. Historia de Quiquiriquí. 195
IV. La gitana. 209
V. Cuentos negros. 215
VI. Segundo viaje del capitan Juan. 229
VII. El Destino. 237
VIII. El labrador prudente. 251
IX. Las tres historias del dálmata. 259
X. Conclusion. 287

FIN DEL ÍNDICE.

Paris. — Typ. Ch. Unsinger, 83, rue du Bac.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España


© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
1103294624

© Biblioteca Nacional de España